

Henry Bonilla

Congresista de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos

2 de septiembre de 2008.

Henry Bonilla es el fundador de The Normandy Group LLC, una muy respetada empresa bipartidista de relaciones internacionales con sede en Washington, D.C. Es un excongresista que representó al vigesimotercero distrito electoral del estado de Texas en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. Bonilla es el primer hispano republicano elegido por el vigesimotercero distrito electoral como representante ante el Congreso. Un distrito que había sido demócrata desde su creación, en 1967. Antes de pasar quince años trabajando en la política, Bonilla trabajó quince años en el ramo de las noticias de televisión, como productor ejecutivo y productor de programación de noticias y asuntos públicos para los mercados de San Antonio, Austin, Nueva York y Filadelfia. En 1992, Bonilla dejó su carrera en el mundo de la televisión y se postuló para un cargo público, inspirado por el ejemplo de Newt Gingrich, el entonces líder de la minoría republicana.

Nacido y criado en San Antonio, Texas, Bonilla creció en un edificio de vivienda subvencionado por el gobierno, en un barrio de habla hispana en la zona oeste de San Antonio. Se graduó de la South San Antonio High School (Secundaria Media Superior del Sur de San Antonio) en 1972, y recibió su licenciatura en Periodismo de la Universidad de Texas en Austin en 1976. Hoy en día, utiliza su experiencia de vida para inspirar a los jóvenes a seguir sus sueños.

Nací en un edificio de vivienda subvencionado por el gobierno, en un barrio de habla hispana en la zona Oeste de San Antonio. Los años siguientes fueron difíciles para mi familia. A menudo, mi abuela materna tenía que trabajar como empleada de limpieza en el Baptist Memorial Hospital (Hospital Bautista Memorial) del centro de San Antonio; ella tomaba el autobús para ir a trabajar, todos los días, durante treinta años. Eso estableció un ejemplo de trabajo duro, de hacer las cosas para nosotros mismos, y de tratar de valerse por uno mismo.

Mi padre fue un gran ejemplo de trabajo duro. Pero mi madre, que era la única de la familia que tenía un certificado de secundaria, entendía que si los niños permanecían en la escuela tendrían una oportunidad de vivir el sueño americano. Cuento mis bendiciones todos los días: fui muy afortunado al nacer en un país que permite que alguien proveniente del entorno en que yo crecí, pueda llegar a ser exitoso.

Antes de pasar quince años trabajando en la política a nivel federal, pasé quince años en el ramo de las noticias de televisión, como productor ejecutivo y productor de noticias y asuntos públicos en los mercados de televisión de San Antonio, Austin y Filadelfia. En el pico de mi carrera en esa industria, fui responsable de las noticias de las 11:00 p.m. del canal de televisión WABC en Nueva York, que, en promedio, tenía entre dos y trece millones de espectadores cada noche. En ese tiempo, solía pellizcarme para comprobar que no estaba soñando cuando hablaba por teléfono con mi madre en mi departamento de Nueva York. Las llamadas de larga distancia a San Antonio eran muy costosas, pero yo extrañaba las tortillas y el chorizo, y todos los platillos que ella preparaba allá en casa. Tuve que aprender, al teléfono con ella, cómo hacer y enrollar tortillas. No salieron perfectamente redondas, pero, al menos, tenía tortillas; una probada de la cultura en la que crecí.

Ser parte de una comunidad hispana es algo a lo que siempre quieres aferrarte. Hay aspectos maravillosos de la cultura, independientemente de la comunidad hispana de la que vengas. Pero primero y, ante todo, despertar cada día orgulloso de ser estadounidense y orgulloso de lo que este país tiene para ofrecer.

Cuando me mudé, años más tarde, para postularme para el Congreso, mucha gente me dijo: “Oye, no puedes postularte para la oficina del Congreso”. Esto fue en 1992. “Nunca te postulaste ni siquiera para el consejo estudiantil, ¿cómo puedes postularte para un cargo público en un área donde el 70 % de la población pertenece a alguna minoría, y que tiene un congresista en funciones que ha estado en el cargo durante ocho años y quien, además, cuenta con alrededor de veinticinco años de experiencia en la política? No hay manera de que ganes”. Todo lo que tenía que pasar era que alguien me dijera que no podía hacerlo, y entonces no me sería negado.

Algunos de los mejores momentos, cuando ya tenía el cargo en la oficina del Congreso, era cuando hablaba con estudiantes universitarios y de secundaria, dándoles ejemplos de mi vida para que pudieran verse reflejados en ella y lograran tener éxito también. Siempre me iba pensando que si en una determinada tarde o noche, llegaba al menos a un solo estudiante al contarle mi historia de lucha y, afortunadamente, de éxito, él o ella podría decir: “¿Sabes qué?, si ese tipo puede hacerlo, viniendo de donde viene, tal vez yo también tengo una oportunidad”.

Quienes hemos tenido éxito le debemos a los jóvenes el compartirles nuestra historia de lucha y éxito; de conocer el fracaso y levantarnos de nuevo; de ser derribados y seguir avanzando. Les debemos el brindarles esa oportunidad de poder llegar a ser exitosos ellos también.

Nunca sabes cuándo regresará a ti. Al pasar el tiempo, yo podría estar en medio de una multitud y un joven estudiante universitario me daría un pequeño golpe en el hombro y me diría: “Sr. Bonilla, recuerdo lo que me dijo hace un par de años. Ahora, estudio la universidad en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés). Nunca pensé que tendría la oportunidad de hacerlo”. O: “Estoy estudiando en una universidad local. Nunca hubiera pensado que yo realmente era material universitario”. Te vas pensando, ¡vaya!, has hecho la diferencia.

A medida que avanzaba en el Congreso, algunos días me decía a mí mismo “No puedo creer que tengo la oportunidad de hacer lo que hago”. Fui copresidente de las dos últimas convenciones. Tuve la oportunidad de ser presidente del Comité de Asignaciones que procuró fondos para todo el gobierno federal durante mis catorce años en el cargo. Luego recuerdo los días cuando teníamos que vivir temporalmente en una pequeña casa móvil de metal, en el patio trasero de la casa de mi abuela, porque no teníamos donde vivir entre las mudanzas, mientras crecía en la zona sur de San Antonio. Y pienso en lo lejos que he llegado.

Quiero dejar un legado de oportunidades para mis hijos y sus nietos en el futuro. No quiero que algún día despierten y digan “¿Qué le pasó a mi país? ¿Cómo se ha vuelto tan diferente de aquel lugar en el que creció mi padre y que le brindó oportunidades?” Así que, todos esos días que estuve en el cargo en la oficina del Congreso, y también en mis actividades actuales, trabajo por esos principios, y continuaré hasta el día en que muera, para proteger las condiciones que este país ha provisto para que muchos de ustedes y yo prosperemos y crezcamos, si están dispuestos a trabajar duro, no meterse en problemas, seguir trabajando y aplicarse. Eso es lo que estoy comprometido a hacer hasta mi último día en esta tierra.

Susan Castillo

Superintendente Estatal de Escuelas del Estado de Oregón

16 de mayo de 2007.

Susan Castillo es una funcionaria del estado de Oregón que se desempeñó como superintendente de instrucción pública de 2003 a 2012. Miembro del Partido Demócrata, también fungió como senadora en la legislatura del estado de Oregón de 1997 a 2003. Antes de entrar a la política, Castillo empezó a hacer carrera en el periodismo de radio y televisión; primero para Oregon Public Broadcasting (sistema público de difusión de radio y televisión de Oregón) y, más tarde, para la cadena de televisión KVAL-TV en la ciudad de Eugene. Cuando Castillo renunció al cargo de superintendente para buscar una oportunidad en el sector privado, esa posición fue eliminada como un cargo electo.

Castillo nació en 1951 en la zona este de Los Ángeles, California, y creció en el sur del estado siendo parte de una numerosa familia extendida. Sus abuelos eran inmigrantes de primera generación en los Estados Unidos, provenientes de México. Su padre se convirtió en oficial de la oficina del alguacil. La madre de Castillo abandonó la escuela en octavo grado y pasó gran parte de su vida trabajando en una fábrica. Castillo más tarde citaría este como un ejemplo primordial al defender la educación como ruta a las oportunidades.

La travesía de Castillo, de autodenominada “estudiante mediocre” y desertora universitaria, a administradora principal de la educación pública, responsable de más de medio millón de estudiantes en mil doscientas escuelas, demuestra que nunca es demasiado tarde para perseguir tu pasión y ser altamente exitoso. Al igual que muchos estudiantes latinos de primera generación, cuyos padres no pueden proporcionarles la orientación que necesitan para buscar

cursar la educación superior, Castillo encontró una mentora increíble en una mujer, que era su jefa, quien vio algo en ella y la animó a alcanzar el éxito.

Yo era una estudiante mediocre. Estaba desmotivada y era una soñadora. Dudo que muchos de mis maestros siquiera recuerden a Susan Castillo. Pero hoy, soy superintendente de instrucción pública de Oregón. Superviso el sistema de escuelas públicas con más de medio millón de estudiantes y mil doscientas escuelas; con un presupuesto de educación superior a los seis mil millones de dólares. Estados Unidos; qué país, ¿no?

Soy una latina de la costa oeste, nacida en la zona este de Los Ángeles y nieta de inmigrantes mexicanos. Mi padre era oficial de la oficina del alguacil. Mi madre trabajaba en una fábrica. Ella abandonó la escuela en octavo grado. Siempre nos animó, a mis hermanos y a mí, a ganarnos la vida con nuestros cerebros, en lugar de con nuestras espaldas, como ella tuvo que hacerlo. Cuando yo era una niña pequeña, nos mudamos a un suburbio de clase media mayoritariamente blanco, porque mis padres querían que tuviéramos oportunidades que probablemente no tendríamos en los vecindarios de Los Ángeles en los que ellos crecieron. Fui a la secundaria a finales de los 60, una época bastante loca para ser una adolescente. Pero no era una gran rebelde porque mi padre era oficial de policía, así que no podía meterme en muchos problemas.

La única demostración en la que participé, fue una pequeña “sentada pacífica” en la escuela, para protestar contra la oposición de la administración a que el grupo de rock Steppenwolf actuara en nuestra escuela. ¿Recuerdan *Born to be Wild*? Esos éramos nosotros. En fin; ese fue, más o menos, el alcance de mi activismo estudiantil radical: una huelga sentada.

Después de graduarme de secundaria, verdaderamente no creía que la universidad fuera para mí. Por supuesto que mis padres se aseguraron de que mis hermanos y yo completáramos la educación secundaria. Pero en casa, mientras crecía, no teníamos conversaciones sobre a qué universidad iba a ir. Nadie en mi escuela secundaria me habló de ir a la universidad, o siquiera de la posibilidad de ir a la universidad. Sin embargo, me inscribí en una universidad junior. Tomé algunas clases y dejé la escuela. Me faltó tener una dirección clara, como a muchas personas en la adolescencia y principios de los veinte. Unos años más tarde, me mudé a Oregón y trabajé como secretaria en la Universidad Estatal de Oregón. Yo florecí de manera tardía, por llamarlo así. Mi vida dio un giro brusco cuando me asignaron trabajar como secretaria de una mujer increíble llamada Pearl Spears Gray, que en ese momento era la directora del programa de acción afirmativa de la universidad.

Pearl era una mujer afroamericana maravillosamente dinámica y franca. Era una intrépida e incansable defensora de la justicia. Movi6 a personas e instituciones con su valentía e inteligencia. Ella me asombraba todos los días. Pearl vio algo en mí que la mayoría de mis maestros probablemente pasaron de largo. Vio potencial. Pearl era mi mentora. Me animó a ir a la escuela y obtener mi título. Durante un tiempo en mi vida en el que no sabía lo que quería ser o hacer, Pearl creía en mí. En ese momento, eso era todo lo que necesitaba.

Quiero enfatizar el importante papel que desempeñamos como líderes cuando ejercemos de mentores en favor de otros, y lo poderosas que son las palabras “tienes potencial” cuando las dices a alguien más. “Déjame ayudarte a establecer metas altas para ti mismo. Tú puedes tener éxito en la universidad”. Esas palabras pueden cambiar la vida de alguien. Las palabras de Pearl ciertamente cambiaron la mía.

Como estudiante en la Universidad Estatal de Oregón, todo cambió. Estaba motivada a estudiar y ansiosa por aprender. Me encantó. Era como una esponja. Obtuve mi título y empecé mi carrera de periodismo como reportera de noticias de una estación de televisión local en Eugene, Oregón. Estaba muy contenta con mi carrera en televisión, cubriendo noticias de la legislatura del estado, del gobierno estatal y de temas de educación, cuando me abordaron para convertirme en senadora estatal. Pasé muchos años cubriendo la política desde el exterior, con la objetividad de una reportera, pero también quería tratar de marcar la diferencia en el ámbito de la política pública. Cuando decidí hacerlo, recuerdo haber estado en casa sentada frente a mi computadora, escribiendo mi primer discurso político sobre los asuntos públicos más importantes y mi postura sobre ellos y, además, contando la historia de mi contexto familiar. Al leer el primer borrador, apenas pude terminarlo, porque me emocioné mucho. Estaba sentada frente a mi computadora y llorando. Estaba sollozando, y no entendía por qué me emocionaba tanto.

Y entonces me llegó de golpe: estaba cumpliendo el sueño de mis abuelos. Ellos vinieron a este país con muy poco. Trabajaron. Lucharon. Se esforzaron por ganarse la vida y criar familias. Verdaderamente creían que esta es la tierra de las oportunidades.

Aquí estaba yo viviendo ese sueño. Tengo que decirles que ese fue un momento profundo y poderoso en mi vida. Es el núcleo de lo que me impulsa en el trabajo de servicio público que hago hoy; porque todos deberían tener la oportunidad de vivir el sueño. Eso es lo que me motiva.

Como la primera mujer hispana elegida para la legislatura en Oregón, tenía algo que probar. Trabajé muy duro, sumergiéndome en temas que abarcaban la política, los derechos de los trabajadores agrícolas y la protección del medio ambiente. Serví en el Comité de Educación del Senado y sentí una fuerte conexión con ayudar a nuestras escuelas. Unos años más tarde, cuando los demócratas buscaban a alguien que se postulara para superintendente escolar, que es

un puesto electo del estado de Oregón, fui tras él y gané. Actualmente estoy en mi quinto año de servicio, después de ganar la reelección. He afrontado todo tipo de problemas y he tenido mi buena cantidad de discusiones y controversias. Pero desde el principio, mi máxima prioridad siempre ha sido cerrar la brecha de rendimiento de los estudiantes pobres y minoritarios.

A lo largo y ancho de este país, ves a estudiantes pobres, ves a estudiantes minoritarios —millones de ellos— rezagados en lectura y matemáticas; reprobando y abandonando escuela, y perdiendo ese sueño. Durante mucho tiempo, la sociedad y las escuelas catalogaron a estos niños y niñas como incapaces de aprender y fuera de nuestro alcance. Ha habido excusas de sobra. Se culpó a muchas situaciones: la pobreza, el crimen, las drogas, las familias disfuncionales. Bueno, yo no creo en poner excusas, especialmente cuando se trata de nuestros niños y niñas. Creo en asumir la responsabilidad, y eso es lo que sucede al trabajar para cerrar la brecha de rendimiento. De eso se trata todo: de asumir la responsabilidad de nuestros niños y niñas.

El grupo demográfico infantil más grande y de más rápido crecimiento son las niñas y niños hispanos. Más de uno de cada cinco niñas y niños escolarizados en este país es hispano. Eso es un aumento de más del 50 % desde principios de los 90. Ahora, Oregón no es California, Texas o Florida, pero, como muchos estados, también estamos experimentando un boom. Hoy en día, los latinos representan el 15 % de los estudiantes en Oregón y se espera que dupliquemos nuestros números para 2020. A nivel nacional, los estudiantes latinos son más propensos a provenir de contextos de pobreza. Tres de cada cuatro niños y niñas latinos califican para recibir almuerzo escolar gratuito o a precio reducido. A los estudiantes latinos no les va tan bien en las pruebas de lectura y matemáticas. Tienen menos probabilidades de ir a la universidad, y es más probable que la abandonen cuando están inscritos. Cuando sumas a los otros estudiantes que

están aprendiendo inglés, alrededor de cinco millones de niños y niñas en este país, es evidente que tenemos mucho trabajo por delante en las escuelas de Estados Unidos.

Pero aquí están las buenas noticias. A nivel nacional, y en Oregón, estamos empezando a reducir la brecha de rendimiento. Ciertamente tenemos un largo camino por recorrer. No estamos donde tenemos que estar. Pero nuestro progreso, aunque constante, es lento. Tenemos que abordar este trabajo con sentido de urgencia en todo el país.

Lo más sorprendente, al menos en Oregón, es que pudimos avanzar en este tema durante un tiempo en que nuestro presupuesto estatal estaba en una grave recesión y las escuelas se estaban viendo obligadas a hacer recortes devastadores, eliminar programas y aumentar el tamaño de los grupos en los salones de clase. Ahora, el dinero no lo es todo, si así fuera, no habríamos sido capaces de lograr este avance. Pero una financiación adecuada es muy importante. Tenemos que asegurarnos de que nuestras escuelas en Oregón tengan grupos de alumnos de tamaño razonable, y puedan ofrecer a nuestros niños y adolescentes programas de calidad de arte y música, así como enseñar las habilidades necesarias para tener éxito en el siglo XXI.

Entonces, ¿cómo se está logrando? Bueno, no hay una fórmula mágica. No hay libro de texto con instrucciones paso-a-paso para cerrar la brecha de rendimiento. Pero puedo decirte lo que sí está funcionando en Oregón, al menos cuando volteamos a ver a nuestras exitosas escuelas y el trabajo que están haciendo. Todo comienza con altas expectativas sobre lo que los estudiantes pueden lograr; todos los estudiantes. Solo porque un menor vive en la pobreza, o sus padres están demasiado cansados de trabajar tres trabajos para ayudarlo con la tarea, eso no significa que él no sea inteligente o que ella no pueda aprender. ¿Haces todo lo posible para

ayudar a ese niño o niña a encarar los desafíos que enfrenta fuera de la escuela? Totalmente. Pero ¿bajas tus estándares porque sientes pena por ese niño o niña? De ninguna manera.

Permíteme hablarte de una de nuestras maravillosas directoras en Oregón. Su nombre es Enedelia Schofield. Ella es la directora de la W. L. Henry Elementary School (Escuela Primaria W. L. Henry), donde tres de cada cuatro alumnos son latinos, y la mayoría provienen de contextos de pobreza. Ella practica esta especie de juego de pregunta y respuesta cuando visita a sus estudiantes. Ella pregunta: “¿Cuál es tu trabajo?” Los estudiantes le responden: “Aprender”. Entonces ella pregunta: “¿Así cuando crezcas puedas ir a dónde?” Y todos estos hermosos niños y niñas responden: “A la universidad”. Me encanta porque la mayoría de los padres y madres de estos chicos no llegaron a graduarse de la escuela secundaria. Estos menores ya están pensando en ir a la universidad. Ese es, justamente, el sueño americano.

A continuación, inviertes en educación preescolar. Creo que la educación pública, desde preescolar hasta la universidad no se financia de manera suficiente en este país. Si deseas hacer una inversión inteligente a largo plazo, que te de un gran retorno en el futuro, gasta en educación preescolar. Jardines de infantes de tiempo completo y ayuda adicional para nuestros estudiantes de primer grado, para que estos niños aprendan a aprender cuando sus cerebros todavía se están desarrollando, y así, tengan el más fuerte inicio en su educación.

Las escuelas también necesitan hacer un mejor trabajo involucrando a los padres y las comunidades. Se ha dicho que la cultura y el idioma levantan barreras difíciles de escalar. Muchos padres no tienen mucha educación, o la experiencia con el sistema los ha dejado sintiéndose desconfiados y agotados. Todo esto puede ser cierto, pero no podemos rendirnos, porque todos los padres, en su corazón, quieren lo mejor para sus hijos.

Las escuelas necesitan ser más creativas para llegar a ellos, ofreciendo programas después del horario escolar, clases nocturnas y eventos sociales. Necesitamos más capacitación para que nuestros maestros sepan la mejor manera de instruir a niños y niñas de contextos diversos. Todos los maestros quieren que sus alumnos tengan éxito. Tenemos que ayudarlos a lograrlo. También creo que las escuelas deben ser más emprendedoras a la hora de gestionar sus relaciones con los gobiernos locales, las organizaciones no lucrativas, y las grandes y pequeñas empresas. Afuera hay recursos; solo tenemos que hacer un mejor trabajo para aprovecharlos.

Por último, necesitas una manera de rendir cuentas. Ya mencioné a los maestros que tienen grandes expectativas con respecto a los niños y niñas. Bueno, también necesitamos tener grandes expectativas con respecto a nuestras escuelas. Hoy en día, tenemos mucha información para realizar el seguimiento del desempeño de los estudiantes. Nosotros debemos presionar para provocar el progreso. No todo lo que pasa en un salón de clases se puede capturar en una hoja de cálculo, pero necesitas saber cómo te estás desempeñando, ya seas una escuela, un maestro o un estudiante.

Cuando una escuela tiene bajo rendimiento, necesitamos entender por qué y abordar esos problemas rápidamente, ya sea que eso signifique fortalecer el liderazgo o cambiar el plan de estudios. Y no jugamos el juego de culpar. Cuando una escuela sobresale, que realmente está alcanzando metas con todos sus estudiantes, también necesitamos entender qué está pasando allí, para que podamos hacer que eso suceda en más escuelas.

En Oregón, inicié el evento Celebrando el Éxito Estudiantil. Es una conferencia y banquete para honrar a las escuelas que están marcando la diferencia. Tengo que decirte que esa noche se ha convertido en el acontecimiento más importante de mi año. Hemos reconocido escuelas de las zonas urbanas y de pequeños pueblos agrícolas, y, lo que es más importante, los

asistentes se reúnen para compartir estrategias que realmente funcionan para nuestros chicos. Cómo organizar horarios para aumentar la alfabetización, o cómo mejorar la asistencia. Se realiza mucho trabajo asombroso e innovador en nuestras escuelas. A menudo, nos centramos en los fracasos cuando tenemos tanto que aprender de los éxitos.

Espero que todos en esta sala se sumen conmigo, si no están ya participando en lo que sucede en nuestras escuelas públicas, ya sea recaudando dinero o creando conciencia, ofreciéndose como voluntarios en las aulas o simplemente siendo un defensor de la causa, porque sé lo que se siente ser una niña que no está conectada con la escuela. Pero también sé la emoción de finalmente conseguirlo; de descubrir el amor por el aprendizaje y cómo la educación puede transformar tu vida.

A partir del 11-S y la guerra de Irak, la educación se ha dejado de lado a nivel nacional. Si realmente nos preocupamos por el futuro de este país, necesitamos pensar a lo grande en nuestras escuelas. La educación necesita imperativamente regresar a la parte principal de la lista de prioridades de nuestra nación. Hoy, los expertos hablan de educación y de (la ley federal) Que Ningún Niño Se Quede Atrás. Hay muchas conversaciones sobre ello aquí en Washington D.C., pero no puedo creer que, en los dos debates recientes de candidatos presidenciales, ya fuera por los demócratas o por los republicanos, no se mencionó la educación. Eso tiene que cambiar.

Yo veo tres áreas clave donde tenemos que ponernos a trabajar de inmediato:

Una es hacer un llamado a la creación de un programa nacional para construir una plantilla de trabajadores de la educación que sea la mejor del mundo. Lo he visto una y otra vez: un gran libro de texto no hace una gran educación. Se necesitan profesores de calidad que realicen esa conexión uno a uno con los estudiantes. Así que, vamos a proporcionarles formación

de calidad y el apoyo que necesitan para ayudar a todos los estudiantes a tener éxito en esta economía global del siglo XXI. Desarrollemos un fuerte liderazgo en nuestras escuelas para que esos líderes tengan las habilidades necesarias para crear entornos de aprendizaje exitosos para nuestros estudiantes.

Dos, asegurémonos de que nuestros hijos comiencen la escuela listos para aprender. La brecha de rendimiento comienza antes que los niños entren a la escuela. Por lo tanto, necesitamos programas preescolares de calidad y capacitación de los padres para asegurar que cuando los niños comienzan el jardín de infantes, lo hagan de una manera efectiva. Si no, ya están atrasados. Es mucho más fácil obtener resultados favorables en una carrera en la que no estás jugando a ponerte al día desde el principio.

Tres, hagamos algunas inversiones específicas en nuestras escuelas secundarias (nivel medio y medio superior) para ayudar a nuestros estudiantes con dificultades. Podemos ayudar a los estudiantes que batallan en la escuela secundaria y encausarlos al éxito, si hacemos las inversiones correctas en nuestras escuelas secundarias. Creo que nosotros como nación podemos hacer algo mejor para nuestros hijos que lo que estamos haciendo. Creo que todos los niños y niñas, sin importar el color de su piel, el idioma que hablan en casa, o cuánto dinero ganan sus padres, tienen derecho a la mejor educación, porque cada niño tiene derecho a soñar.

Podemos hacerlo mejor. Y, trabajando juntos con inteligencia, dedicación y pasión, lo haremos. Hay tantos estudiantes que florecen tardíamente, como yo, que necesitan esa inspiración, que necesitan creer en sí mismos, y tener a alguien que les muestre el camino. Depende de nosotros brindar apoyo a su escuela y a sus maestros para que todos ellos tengan la oportunidad de vivir el sueño.

Henry G. Cisneros

Secretario del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano de los Estados Unidos

8 de septiembre de 2011.

Henry Gabriel Cisneros ha dedicado su vida al servicio público a nivel local y nacional. Se desempeñó como secretario de vivienda y desarrollo urbano en la administración del presidente Bill Clinton de 1993 a 1997. Anteriormente, fue el primer latino en servir como alcalde de San Antonio, Texas, en la época contemporánea, durante cuatro mandatos. De 1981 a 1989. Algunos de los logros del alcalde Cisneros fueron: haber aumentado la base económica de la ciudad, atrayendo industrias de alta tecnología y desarrollando el turismo, lo cual creó muchos empleos mmás para los ciudadanos de San Antonio. En la Secretaría de Vivienda y Desarrollo Urbano (HUD por sus siglas en inglés), Cisneros trabajó en revitalizar y aumentar la vivienda pública, así como promover políticas que lograron la tasa más alta de propiedad de viviendas en la historia de este país.

Después de servir en el gabinete presidencial, Cisneros se convirtió en el presidente y director de operaciones de la cadena Univision de 1997 a 2000. Posteriormente, fundó American City Vista (más tarde llamado CityView), una corporación dedicada a la construcción de viviendas para familias de ingresos moderados y bajos. Cisneros sigue participando activamente en la política, especialmente como demócrata y en apoyo de candidatos minoritarios para ocupar cargos públicos.

Mickey, gracias por este honor. Mickey Ibarra ha hecho muchas cosas notables en su vida, como crear la Latino Leaders Network (Red de Líderes Latinos) y traerla a la ciudad de Los Ángeles. Qué maravilloso montaje de amigos, compañeros y conocidos a lo largo de muchos años. Gracias por estar aquí. Y Mickey, gracias por unirnos a todos.

Mickey me pidió que compartiera algunas ideas personales hoy. Prometo hacer eso. Pero primero, permítanme decir que la historia personal de Mickey es inspiradora. Él y su hermano crecieron en Utah en hogares de acogida. Mickey era el hermano mayor, por once meses de diferencia. Batallaron duramente a través de la vida, y trabajaron mientras asistían a la escuela secundaria, practicaban fútbol y en la universidad. Con el tiempo, Mickey se convirtió en asistente del presidente de los Estados Unidos cuando Bill Clinton lo nombró para ese puesto, en la Casa Blanca. Su hermano ha tenido mucho éxito en los negocios. Ellos nunca se rindieron. Así que, damas y caballeros, reconozcamos a Mickey Ibarra por todo lo que ha hecho en su tiempo.

Mickey fue asistente del presidente al mismo tiempo que Janet Murguía estaba en la Casa Blanca, y cuando María Echaveste era la jefa adjunto del Estado Mayor. El presidente Clinton hizo un buen trabajo nombrando a algunas personas muy capaces para trabajar en la Casa Blanca. Quiero reconocer a Gloria Molina. Gloria, muchas gracias por tus años de servicio. Gloria es un ejemplo de honestidad, convicción y determinación. Ella ha hecho contribuciones especiales en todos los cargos que ha ocupado: la Asamblea Estatal de California, el Consejo Municipal de Los Ángeles, y como pionera supervisora del condado. Nadie podrá igualar lo que ha hecho a lo largo de estos años. Hablo literalmente. Nadie podrá igualarla porque todos los futuros supervisores tendrán límites de mandato, y Gloria ha servido durante casi veinte años y dejará un tremendo legado.

Quiero reconocer al alcalde Villaraigosa, que no pudo estar aquí. Uno de mis recuerdos de la vida pública en Los Ángeles involucra al alcalde Villaraigosa y Gloria Molina. Cuando el alcalde Villaraigosa y Xavier Becerra se reunían, parecía que se dirigían a una colisión, porque ambos tenían la intención de postularse a la alcaldía de Los Ángeles. Nos juntamos en la casa de Gloria, en un esfuerzo por tratar, como amigos, de explorar cómo una pelea dañina podría evitarse. Gloria me trajo a esa discusión. Nos reunimos un domingo por la mañana, alrededor de las 7:30 a.m., a comer pan dulce en su casa. Y es asombrosa la forma en que las cosas se resolvieron. Hoy, en este mismo momento, el Super Comité se está reuniendo en Washington; compuesto por seis senadores y seis congresistas, trabajando juntos para abordar una pregunta que está justo en el corazón del futuro de nuestro país: “¿Cómo vamos a hacer frente a la magnitud de la deuda nacional y el déficit?” Y esta noche, en Washington, entre la audiencia del discurso del presidente Obama sobre el déficit y la deuda, sobre la economía y el empleo, está el alcalde de Los Ángeles, Antonio Villaraigosa, quien es el presidente de la Conferencia Estadounidense de Alcaldes, y que esta noche es un invitado especial del presidente de los Estados Unidos. Así que, es muy alentador, Gloria, que hace tantos años trabajamos para evitar una colisión política destructiva y ustedes dos han hecho contribuciones muy importantes; una historia de nuestra comunidad y nuestro progreso.

Quiero agradecer, de una manera muy sincera, por sus años de ayuda y colaboración, a mi esposa Mary Alice, quien en los últimos cuatro años ha servido en el Ayuntamiento de la ciudad de San Antonio. Ella ha ocupado el mismo escaño que yo ocupé de 1975 a 1981, y ha hecho un gran trabajo proporcionando servicios a los constituyentes y mejorando nuestra comunidad. Ahora es presidenta de una organización sin fines de lucro que creamos en nuestro vecindario hace unos diez años: American Sunrise.

Vivimos en la casa que perteneció a mis abuelos. Nuestro barrio de la zona oeste de San Antonio es el equivalente a la zona este de Los Ángeles. Queríamos hacer algo sobre el hecho de que los niños y niñas de nuestro vecindario tienen menos oportunidades en la vida. Compramos una casa adyacente y la instalamos como un centro de aprendizaje después del horario escolar. Ahora se ha convertido en la base de una organización sin fines de lucro que opera en un área de una milla cuadrada de la zona oeste de San Antonio. Tenemos niños y niñas que vienen todas las tardes después de la escuela para recibir instrucción adicional en matemáticas, ciencias y lectura. Y continuamos con los chicos y chicas de secundaria (media y media superior), les ofrecemos preparación para presentar la prueba SAT (examen estandarizado para la admisión universitaria en los Estados Unidos) que no pueden encontrar otro lugar. Podemos mejorar sus puntajes de la prueba SAT para ayudarles a entrar a la universidad, así como involucrar a sus padres y madres en alfabetización y ciudadanía. Llamamos a nuestro programa American Sunrise, y la fuerza motriz es Mary Alice Cisneros. Quiero reconocerla y agradecerle por su trabajo.

Mi hija Teresa también está aquí esta noche, junto con su esposo, Sean Burton. Amigos, por favor conozcan a mi hija Teresa y Sean Burton, que viven aquí en Los Ángeles. Teresa es abogada, ha trabajado en la oficina del fiscal de la ciudad, y es madre de dos de nuestros cuatro nietos. Sean es el presidente de CityView, la empresa de la que soy director, y en donde él está haciendo un gran trabajo. Trataré de ser breve en mis comentarios, pero quiero cumplir con la exhortación de Mickey de ofrecer unas palabras de reflexión personal que encajen en el panorama más amplio del progreso de nuestra gente, de nuestra comunidad. Crecí en San Antonio. Mi abuelo fue exiliado de entre las inestables facciones de México. Llegó a San Antonio en 1926, bajo amenaza de ser ejecutado en México. Creó un negocio, una imprenta muy exitosa. Mi madre era una de siete hijos e hijas. Mi padre, de Nuevo México, fue soldado en la

Segunda Guerra Mundial, y pasó cuatro años en Nueva Guinea en la zona de combate del Pacífico. Allí contrajo malaria y fue enviado a San Antonio para recuperarse. Se alojó con un soldado que tenía una hermana, y esa hermana se convirtió en mi madre; el resto es historia. Mi abuelo, que era un patriarca al viejo estilo mexicano, le dijo a mi papá: “Puedes casarte con ella, pero no puedes sacarla de San Antonio”. Por eso somos de San Antonio y no de otro lugar del país. Mi padre se comprometió.

Crecimos en un barrio en el que todos eran mexicanos. Como mencioné anteriormente, piensen en un lugar como Boyle Heights, en la zona este de Los Ángeles. La mayoría de los hombres eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Vivíamos en un entorno idílico de clase media-baja. A veces he dicho que era como un cuadro de Norman Rockwell, excepto que todos los rostros eran morenos. Salía de la casa y silbaba, y dieciséis tipos, aproximadamente de mi edad y la de mi hermano, cinco años más joven, salían y empezábamos partidos de fútbol y béisbol en la calle a cualquier hora del día. Crecimos en un capullo de familiares y amigos. Fuimos protegidos de la discriminación y la segregación que seguía afectando a Texas en esa época.

San Antonio no sufrió tanto, como la mayoría de las ciudades de Texas, el tipo de segregación virulenta y discriminación contra mexicanos. Vivíamos entre personas que estaban orgullosas de su herencia y no iban a ser limitados. Trabajaban muy duro, y combinaban su orgullo étnico con un sentido de justicia social.

Entre las personas que crecieron en nuestro vecindario estaba uno de los fundadores del Mexican American Legal Defense and Education Fund (Fondo Mexicano de Defensa Legal y Educación. MALDEF, por sus siglas en inglés), Gregory Luna, y el fundador del Southwest Voter Registration Education Project (Proyecto para el Registro y Educación de los

Votantes del Suroeste), Willie Velásquez. La primera estación de radio en español en los Estados Unidos, la KCOR, fue establecida en San Antonio por la familia Cortez. La cadena de televisión KWX, piedra angular de la cadena Univision, fue fundada en San Antonio. La Association of Hispanic Colleges and Universities (Asociación de Escuelas de Educación Superior y Universidades Hispánicas) y la organización AVANCE se establecieron allí. Hoy está Sonia Rodríguez aquí, quien fue la presidenta de una organización fundamental llamada Communities Organized for Public Service (Comunidades Organizadas para el Servicio Público. COPS, por sus siglas en inglés), predecesora de United Neighborhoods Organization (Organización de Barrios Unidos. UNO, por sus siglas en inglés), en Los Ángeles, ambas creadas por Ernie Cortés, quien también creció en un barrio latino de San Antonio.

Crecí con una madre que tenía una profunda conciencia social. Recuerdo haber ido al médico con ella cuando era pequeño, en 1955, yo tenía alrededor de siete años; íbamos en un autobús sin aire acondicionado. En aquellos días, los políticos de Texas usaban trajes blancos. La primera vez que vi al alcalde, estábamos en un autobús y mi madre dijo: “Mira por la ventana. Ese es el alcalde, en la plaza”. Dijo que el alcalde debería avergonzarse de que en esa misma plaza había fuentes de agua que estaban identificadas como “blanco” y “de color”. Y la tienda Woolworth, junto a la plaza, tenía baños que decían “blanco” y “de color”. Los afroamericanos no podían usar el mostrador.

Así que bajo la tutela de mi madre ha sido imposible para mí, a lo largo de mi vida, no relacionarme con personas marginadas, que no han tenido oportunidades. Mi madre nos inculcó un profundo sentido de lo que es justo y lo que es injusto. Lo comparto con ustedes porque creo que esto también es verdad para muchos de ustedes en este recinto, y para mucha de nuestra gente. Creo que nuestra comunidad está excepcionalmente sensibilizada en la equidad por una

variedad de razones. Tal vez sea nuestra religión. Tal vez sea el recuerdo de nuestros familiares, de la familia extendida. Una cosa sé: que no importa qué otros éxitos logremos, nosotros recordamos nuestras raíces. Así que, no deseo únicamente resaltar ese atributo, sino también alentarlo. Nuestra comunidad necesita ese sentido de conexión con sus líderes y con aquellos que han sido más afortunados. Necesitamos ese sentido del recuerdo para que todos podamos progresar.

El año 1968, cuando me gradué de la universidad, fue uno de los años más agitados en la historia de los Estados Unidos. En marzo, el presidente Johnson decidió no presentarse como candidato a la reelección debido a los sentimientos de división en el país sobre la guerra de Vietnam. En abril, el Dr. (Martin Luther) King fue asesinado; recuerdo esa noche. En junio, el senador Kennedy fue asesinado aquí en Los Ángeles, en el Ambassador Hotel (Hotel Ambassador). Para el verano, varias ciudades estadounidenses estaban ardiendo, incluyendo Chicago durante la Convención del Partido Demócrata, que se convirtió en un motín policial. Fue en ese año cuando llegué a la conclusión de que lo que quería hacer con mi vida estaba en el ámbito del servicio público: tratar de mejorar el país. Sabía que quería servir, pero no sabía en qué capacidad. Y entonces, se me abrió la perspectiva de mejorar las ciudades de la nación. Como estudiante universitario, tuve la oportunidad de viajar a la costa este del país como delegado en una conferencia en *West Point* (la Academia Militar de los Estados Unidos). Vi que la ciudad de Nueva York tenía al alcalde John Lindsay tratando de hacer que la ciudad funcionara para todos sus residentes: negros, blancos y morenos, para que Nueva York no ardiera como Cleveland, Detroit, Washington y tantas otras ciudades.

Regresé a Texas y escuché, como nunca antes, los mensajes de Julian Bond y Andrew Young. Y de nuestra comunidad, las ideas de Raúl Yzaguirre, que estaba empezando en ese

momento, y César Chávez, por supuesto. Llegué a la conclusión de que lo que quería hacer estaba en el ámbito de las construcciones comunitarias, de las construcciones urbanas. Así que eso es lo que estudié. Fui a casa, y fui elegido para un puesto en el ayuntamiento; serví en el ayuntamiento, en un consejo general que atendía a toda la ciudad, durante dos mandatos. Cuando MALDEF interpuso una demanda, el Departamento de Justicia intervino para cambiar el sistema electoral. Había dos latinos de cada nueve, en una ciudad que era 60 % latina. Las siete personas que no eran latinas vivían a menos de una milla uno del otro, en la parte más rica de la ciudad. MALDEF interpuso una demanda para crear distritos de un solo miembro. Tuvimos un referéndum para cambiar el sistema, y a duras penas lo ganamos con el equivalente a diez votos por distrito en toda la ciudad. Pero lo ganamos, y en las siguientes elecciones, tuvimos un ayuntamiento de once miembros, en el que seis eran minorías. La ciudad pensó que había sucedido una revolución. Los líderes civiles pensaban que la ciudad se iba a derretir con seis miembros de minorías en el ayuntamiento: cinco latinos y un afroamericano en el consejo municipal. Todos éramos jóvenes y menores de treinta y cinco años. Yo era profesor en una escuela de educación superior. Otro miembro del consejo era un trabajador social. Y había otro profesor de nivel superior, además de mí. Éramos un grupo muy diferente al de la tradicional cámara de comercio: empresarios de sesenta años que habían servido en el ayuntamiento. La ciudad comenzó a tomar un rumbo distinto.

Debo decir que creo que el periodo entre esos años ha sido el más progresista que ha tenido San Antonio. Uso la labra “progresista” no sólo en la forma en que pensamos de la política de centroizquierda, sino en términos de creación de empleo e inclusión de todos los ciudadanos de San Antonio en la prosperidad resultante. La organización de la que Sonia fue presidenta, COPS, fue una parte muy grande de ese proceso.

Desarrollé una mentalidad que me ha servido bien durante el resto de mi vida, incluyendo el tiempo que pasé con el presidente Clinton en su gabinete, que es la de establecer la fórmula de cómo funcionan las ciudades. Puesto de una manera simple, solía decirle a la gente de San Antonio: “un buen boxeador debe tener dos golpes. No puedes tener solamente una mano derecha; debes tener izquierda también”. En mi fórmula, una ciudad debe tener dos golpes. Primero, debemos hacer crecer el empleo. Debemos aumentar los ingresos de las personas. Debemos apoyar las cosas prácticas para crear impulso económico.

El segundo golpe es que tenemos que aprovechar ese impulso económico y hacer que funcione para las personas que están en los márgenes de la sociedad. Esto incluye de todo: desde capacitación para el empleo, y educación superior y universitaria accesibles, con la ayuda de organizaciones comunitarias tipo COPS, hasta programas de empleo corporativo y esfuerzos por conseguir grandes proyectos de infraestructura pública. Eso es lo que se necesita para crear empleo. Eso es lo que se necesita para ampliar las oportunidades económicas. Ese ha sido el modelo que le ha servido bien a San Antonio.

Es también lo que compartí con el presidente Clinton cuando fui secretario de HUD. Estoy muy orgulloso de haber sido parte de la administración que produjo la mayor expansión económica en la historia de los Estados Unidos, generó las tasas de desempleo más bajas, resultó en las tasas de pobreza más bajas y alimentó la formación más alta de empleos y pequeñas empresas. Hicimos que funcionara para la gente.

Recuerdo la mañana en que estábamos en el jardín de rosas de la Casa Blanca cuando íbamos a tener un anuncio sobre un tema distinto. Al salir de la oficina de HUD para ir a la Casa Blanca, mi personal me entregó un pedazo de papel que mostraba, por primera vez desde que se mantenían registros sobre la distribución de los ingresos, que la brecha de distribución del

ingreso se estaba reduciendo. Uno de los desafíos más difíciles en la economía estadounidense es modificar la distribución de los ingresos y la riqueza. Siempre es el porcentaje superior que tiene la gran mayoría de los recursos, y las personas en el quintil inferior tienen 1 o 2 % de la riqueza total. Bajo la dirección del presidente Clinton, estábamos empezando verdaderamente a modificar los métricos económicos más difíciles. Le mostré los datos que me habían dado al presidente Clinton, y estaba eufórico.

Esa ha sido motivante. También ha sido el objetivo práctico de mi servicio público. Y ha sido una filosofía de vida para mí. Es por eso por lo que el actual revés económico que estamos atravesando es tan desalentador, porque hemos visto el despilfarro del superávit que se acumuló. Hemos visto fuerzas mundiales a punto de colisionar con respuestas imprudentes. Hemos visto nuevas formas de oposición implacable, incluyendo la retórica actual del *Tea Party* (movimiento político estadounidense de derecha). Es difícil para mí entenderlo. Estamos viendo desmantelarse programas que funcionan para ayudar a las personas. Desafortunadamente, es imposible escapar de la conclusión de que las motivaciones son, en una gran medida, antiminoría, incluyendo el sentimiento antiinmigrante que vimos el verano pasado en Arizona, y que vemos hoy en comunidades en Pensilvania, en Nebraska; en demasiados lugares a lo largo de nuestro país. Gracias a Dios por MALDEF y los otros defensores entre nosotros que luchan esta batalla.

Pero lo que todo esto me dice es que tenemos que seguir luchando con las herramientas que tenemos, y eso incluye el orgullo de nuestra comunidad y de nuestra gente, y seguir creyendo en aquello con lo que podemos contribuir en nuestro país. Seremos parte integral de un mejor futuro estadounidense. Esa es la tarea frente a nosotros.

Así que permítanme cerrar diciendo que, al pensar en ese futuro, estoy personalmente comprometido con tres cosas. La primera es actuar conforme a mi convicción de que los lugares

donde vivimos, nuestras comunidades, nuestras ciudades, son las plataformas por medio de las cuales vamos a crear una vida mejor para las personas. Por eso estoy en el ramo de negocios de la vivienda. En CityView estamos construyendo casas, tomando capital institucional y construyendo casas para familias trabajadoras en toda la nación. Sin embargo, debemos ir más allá de eso. Debemos construir verde. Debemos construir asequible. Debemos construir para las comunidades emergentes de nuevos estadounidenses que se esfuerzan. Debemos utilizar el capital de nuevas maneras. Debemos hacer que nuestra comunidad sea más fuerte.

En segundo lugar, creo que la mejor manera de utilizar mi tiempo en los años que me quedan — ahora tengo sesenta y cuatro años y, si Dios quiere, espero trabajar hasta al menos la edad de noventa años, o sea que me quedan escasos veintiséis años — es ayudar a nuestra gente, nuestra comunidad, la minoría más grande del país, a integrarse con éxito al estilo de vida estadounidense convencional. Si va a existir una clase media estadounidense duradera, la va a propiciar la movilidad de la gente que es pobre hacia la clase media.

Los números lo dicen claramente. Si vamos a tener excelencia académica en los Estados Unidos, serán los jóvenes que actualmente están abandonando la escuela quienes se conviertan en la fuerza de trabajo talentosa que el país va a necesitar. Si vamos a competir económicamente con China e India, va a ser con gente como los de Los Ángeles y San Antonio, minorías de todas las herencias culturales que llevarán esa carga sobre sus hombros.

Debemos aprovechar nuestras mejores prácticas en educación y empoderamiento económico. Este es un esfuerzo que no puede fallar. Como dijo el director de vuelo de la NASA en la película Apolo 13: “El fracaso no es opción”. Porque amamos a nuestro país, no debemos fallar. Esto no es una cuestión que atañe únicamente a las personas que se han quedado atrás; la compasión no es únicamente una cuestión de instintos humanitarios; esto es una cuestión del

futuro del país que estamos preparando para nuestra hijos e hijas. Gracias a Dios somos gente que tiene hambre; que tiene hambre de avanzar, gente comprometida a trabajar, que entienden el sacrificio de hoy para que sus familias estén mejor mañana. Estados Unidos tiene la suerte de tener a nuestros hermanos y hermanas latinos para ayudar a construir su futuro. Y lo mejor está por venir.

El compromiso personal final que hago es con la familia. En el sentido inmediato, por supuesto, es mi familia inmediata: mi esposa, mi hijas e hijo, a sus cónyuges, a mis nietos. Pero soy doblemente bendecido. Tengo la bendición de tener una amplia familia extendida. Esos son ustedes. Antonio Villaraigosa es como un hermano menor para mí. Es un hermano menor mejor parecido que yo. El otro día, estaba caminando por un quiosco en el aeropuerto y vi una portada de revista. Dije: “Vaya, esa es una buena foto de Antonio”. Pero era Mark Sánchez, el mariscal de campo de los Jets de Nueva York. No le digan a Antonio que les dije esto. Él es bien parecido, pero no tan bien parecido.

He tenido la suerte de interactuar con mucho talento joven. El concejal Cárdenas, que está aquí, y se ha postulado para el Congreso; eso es una cosa grandiosa. Lo he observado desde que empezó como servidor público. He observado cómo Julián Castro, actual alcalde de San Antonio, se ha convertido en una figura nacional. Así que, en este punto de mi vida, atesoro a una rica familia extendida: hombres y mujeres, personas en los negocios, personas en la política, más jóvenes y mayores. Mi corazón se desborda de buena voluntad y esperanzas al ver a nuestra comunidad latina ganarse su lugar de honor en esta bendita tierra, los Estados Unidos de América.

Lily Eskelsen-García

Presidenta de la Asociación Nacional de Educación

13 de marzo de 2012.

Lily Eskelsen-García es presidenta de la National Education Association (Asociación Nacional de Educación, NEA, por sus siglas en inglés), el sindicato más grande del país. Eskelsen-García comenzó su carrera en la educación como una empleada de cafetería escolar y ahora dirige una asociación profesional de tres millones de educadores. Ella es la primera latina en liderar la NEA y una de las docentes hispanas más influyentes del país. Su dedicación y pasión por la educación de los niños y niñas la han impulsado a lo largo de su carrera y su vida. Eskelsen-García cree en el deber sagrado de todos los educadores, ser profesionales e interesarse por los estudiantes de manera integral —mente, cuerpo y carácter— sin importar cómo lleguen los estudiantes y sin importar sus condiciones de aprendizaje, las condiciones de su hogar o sus condiciones de salud. También cree que el profesionalismo conlleva la responsabilidad de actuar, individual y colectivamente, hasta hacer realidad la promesa de la educación pública, y preparar al menor feliz y completo para lograr convertirse en un adulto feliz y completo.

Eskelsen-García se graduó *magna cum laude* en Educación primaria de la Universidad de Utah y más tarde completó una maestría en Tecnología Educativa.

Mi abuelo nació en Nicaragua. Nunca habló una palabra de inglés. Mi madre creció en Colón, Panamá. Conoció a mi padre cuando él era soldado en la Zona del Canal. Criaron a seis niños ruidosos y se mudaron cada dos o tres años, como lo hacen las familias militares. Nací en Fort Hood, Texas, y viví en El Paso, Texas; la Base de la Fuerza Aérea Robins, en Warner Robins, Georgia; Fort Wainwright, Alaska; y Fort Lawton en Seattle. Mis padres, cuando se jubilaron, decidieron mudar a su pequeña familia católica a, por supuesto, Brigham City, Utah; donde “diversidad” significa que usted se ha topado con un presbiteriano. Tenía 17 años y estudiaba en la escuela secundaria cuando mi futuro esposo me pidió que me casara con él. Él era mucho, mucho mayor; tenía dieciocho años. Nos casamos una semana después de graduarme de la secundaria.

Por supuesto, tuve que trabajar. Lo único que yo sabía era que quería trabajar con niños y niñas. Así que, presenté mi solicitud para trabajar como auxiliar de docente en muchas escuelas y guarderías. Finalmente, llegué a un centro Head Start (programa que prepara a niños y niñas pequeños y de edad preescolar de familias de bajos recursos para que no inicien la escuela en situación de desventaja). Me dijeron: “Bueno, solo tenemos una vacante en la cafetería, en la cocina”. Yo dije: “Trabajo es trabajo. Lo tomaré”.

Tengo que decirles que yo era una “Señora de la Comida” extraordinaria. Pero voy a admitir que llamarme a mí misma “La Señora de la Comida” en realidad es adornar mi currículum. Yo era la “Chica de la Ensalada”. No estaba a la altura de la comida caliente todavía, pero me encantaba estar cerca de los niños y las niñas. Les inventaba nombres cuando pasaban por mi fila, como: “Oye, novio, te vas a comer esos guisantes”; “Muy bien, hermosísimo, terminemos esa leche”. Se reían y les gustaba formarse en mi fila. Cuando hubo una vacante como auxiliar de docente en el jardín de infantes, el director me preguntó si la quería.

Tengo que decirles que yo era una auxiliar de docente extraordinaria. Llevaba mi guitarra al salón de clases. Enseñé a niños y niñas de 5 años a cantar toda la letra del clásico: “No te pongas el dedo en la nariz porque tu nariz sabe que no va ahí”, y la cantábamos con dignidad. Después de hacer eso durante un año, la maestra de jardín de infantes dijo: “Lily, eres muy buena con los niños. ¿Alguna vez has pensado en ir a la universidad y, tal vez, convertirte en maestra?” Yo tenía casi veinte años. Esa fue la primera vez en mi vida que alguien sugirió que tal vez yo quisiera ir a la universidad. Así que se plantó una pequeña semilla, y en mi cabeza creció un bosque de secuoyas. Me dije a mí misma: “Yo sería una maestra increíble. ¡Voy a ir a la universidad! Me pregunto cómo se hace eso. ¿Cómo vas a la universidad?”. Nadie me había hablado de ello porque no estaba en la experiencia de vida de mis padres. No se oponían a que yo fuera a la universidad, pero mi madre no había ido a la universidad; mi padre nunca terminó octavo grado. Cuando les dije que iba a ir a la universidad, estaban muy emocionados, pero yo no contaba con nadie para averiguar cómo hacerlo. En ese momento, mi esposo y yo teníamos un bebé de seis meses, y pensamos que podíamos afrontar los gastos de la universidad con su beneficio de la ley G.I. (prestación para los miembros de las fuerzas armadas y sus familiares para pagar gastos escolares y de capacitación) y cantando los fines de semana en cada uno de los bares de Salt Lake City: de ambas formas. Tendría a Jeremy en su cochecito y lo estaría empujando por el campus de la Universidad de Utah, mientras Ruel tomaba su clase de Biología. Después, yo metería el cochecito allí, y correría a mi clase de Ciencias Políticas. Hicimos eso durante cuatro años. Así que ambos fuimos a la universidad. Y, de hecho, nuestro pequeño bebé al final de cuatro años había pasado por cuatro años de universidad, qué niño superdotado.

Empecé a enseñar en el cuarto grado de la Orchard Elementary (Escuela Primaria Orchard) y, tengo que decirles, fui una maestra extraordinaria. De verdad lo fui. Creía en el

aprendizaje basado en proyectos. Hice que mis niños y niñas hicieran todo el trabajo; ese era el secreto de mi éxito. Crearon la feria de ciencias. Organizaron el evento de donación de sangre. Escribieron cartas de amistad a los residentes del centro de adultos mayores Golden Living preguntándoles sobre sus recuerdos de la Segunda Guerra Mundial.

Y resolvieron problemas reales. Lo más cerca que estuve de violar la separación iglesia-estado fue mi tablero de anuncios que decía: “No lloriquearás”. ¿Estamos? En mi clase, si ibas a quejarte de algo, las siguientes palabras que salieran de tu boca tenían que ser: “... y esto es lo que voy a hacer al respecto”.

Una vez, cuando una de mis amigas, la maestra Trautmann, que enseñaba en el aula junto a la mía, me dijo lo difícil que era para su esposo, Dave, que usaba silla de ruedas, competir con los automovilistas que no usaban silla de ruedas, por las plazas de estacionamiento marcadas para las personas en situación de discapacidad, mis niños y niñas decidieron hacer algo al respecto.

Celebramos una reunión en clase. Después de debatir por un rato, votaron unánimemente para formar pequeñas comisiones de vigilantes y sistemáticamente lanzar huevos a los coches estacionados ilegalmente. Bueno, como punto de información, les lancé algunas palabras de vocabulario nuevas, como “fianza”; y votaron, yo creo que sabiamente, por considerar otras alternativas. En su lugar, decidieron hacer que las personas fueran más conscientes de por qué debían dejar esas plazas de estacionamiento para las personas para quienes estaban destinadas. Escribieron un anuncio de servicio público en forma de canción de rap, desde el punto de vista de Dave (A estacionarte en mi espacio/ No te atrevas /O voy a atropellarte/ Con mi silla de ruedas). Lo publicamos en periódicos; lo enviamos a las estaciones de radio y lo tocaron; la estación de televisión local lo produjo como un anuncio de servicio público protagonizado por

Dave, y con todos mis niños y niñas haciendo un arresto ciudadano del villano (interpretado por el conserje de nuestra escuela) que se estacionó en el espacio para personas en situación de discapacidad. Arte de alto nivel.

Enseñé en la escuela Orchard durante doce años y decidí que quería un cambio. Solicité una asignación especial en el Salt Lake Homeless Shelter (Albergue para Personas Sin Hogar de la Ciudad de Salt Lake), que dirigía una escuela de un solo salón para estudiantes cuyos padres, por razones de seguridad, no les dejaban salir del refugio. Fue el mejor trabajo en todo el mundo; porque era toda una comunidad amorosa que se preocupaba por ese niño o niña de manera integral: salud, consejeros, personas que trabajaban con los padres, un dentista, un médico. El mundo de un maestro puede ser un mundo aislado. En el refugio, éramos una gran familia de profesionales que cuidábamos a familias que nos necesitaban.

Fue en esta escuela de albergue que empecé a entender realmente el don de un segundo idioma. Muchos de mis estudiantes y sus padres solo hablaban español. Mi madre no nos había criado hablando español. Pensé “Mi español es muy malo, pero la culpa es de mi madre”. Una vez, le reclamé: “Má, ¿cómo pudiste no enseñarme español mientras mi cerebro funcionaba?”. Dijo algo que no entendí. Dijo: “No pensé que sería bueno para ti”. Yo presioné: “¿De qué estás hablando? ¡El director estaría encerando mi auto si yo fuera bilingüe! ¡Los profesores bilingües son oro! ¿Cómo podría eso no ser bueno para mí?”. Empezó a llorar. “No sabes cómo era. Cuando llegué aquí, si la gente te escuchaba hablar español, eso no les gustaba. Se te quedaban viendo. No quería que la gente se les quedara viendo así a mis hijos, así que decidí no enseñarte. Sé que fue un error”. Entonces me regañó: “¡Pero sabes que puedes aprender! Puedes tomar lecciones. Deberías tomar clases por la noche”.

No soy una estudiante extraordinaria. Soy muy mala haciendo tarea. Culpo al maestro por no motivarme, por supuesto. Pero me inscribí en clases de español. Desvergonzadamente usé a todos mis estudiantes en el refugio para personas sin hogar, para practicar mi español. Usé a Julio. Julio tenía ocho años, era uno los estudiantes más grandes. Él era el ser humano más furioso que he conocido en mi vida. Odiaba a sus padres por su pobreza. Odiaba que lo estaban haciendo vivir en un refugio para personas sin hogar. Odiaba a los otros niños y niñas por ser más pequeños que él. Me odiaba a mí por hacerlo fingir que esa era una verdadera escuela.

Un día, yo estaba sentada en el patio de juegos, en el recreo; fingía vigilar a los chicos, pero en realidad estaba haciendo la tarea de español que debía entregar esa noche. Entonces oí a Julio gritar algo, al otro lado del patio de juegos, en español. En ese momento, tuve la mejor idea de maestra que he tenido en mi vida. Le dije: “Julio, ven, *te necesito ayudarme*”, lo que de verdad espero que signifique: “Ven aquí, necesito que me ayudes”. Él estaba intrigado. “Julio, mi mamá va a estar muy enojada conmigo si no puedo pasar esta clase. Tienes que ayudarme a hacer mi tarea”. Se sentó a mi lado. Empecé a leer mi trabajo. Empezó a corregirme. Él se mantuvo diciendo cosas útiles y animándome; cosas como: “Estúpida maestra loca”, lo cual, me dijo, significaba “Buen trabajo”.

Así que lo llamé “Maestro”. Le dije: “Maestro, se acabó el receso. Haz que los chicos se formen en una fila”. Hizo que los chicos se formaran en una fila. Después dije: “Maestro, voy a poner a los estudiantes de segundo grado en la computadora. Tú lleva a los de kínder al tapete de lectura y comienzas la historia”. Y él llevó a los de kínder al tapete de lectura y comenzó la historia. Al final de la semana, entró en la habitación y ni siquiera me preguntó si necesitaba ayuda. Simplemente entró y dijo: “Bien, ya estoy aquí”. Y yo dije: “Oh, buenos días, maestro.

¿Puedes repasar las tarjetas de colores con Chester?” Él agarró las tarjetas y dijo: “Hombre, ella no puede hacer nada sin mí”. Y luego repasó las tarjetas de colores con Chester.

Le dije: “Oh, maestro, eres un buen maestro. Deberías ir a la universidad, volver aquí y ser maestro conmigo”. Se rio y dijo: “Yo no pienso ser ningún maestro”. Después dijo: “Cuando vaya a la universidad, voy a ser luchador con la Federación Mundial de Lucha. ¡Lucha Libre!”.

Él dijo: “Cuando”.

“Cuando vaya a la universidad”. Esta es mi semilla. Tal vez en su cabeza crezca un pequeño bosque de secuoyas. Quizá no, pero creo que sí.

Mi trabajo ha sido una gran parte de mi vida, pero también lo es mi familia. Mi familia es una parte muy importante de mi historia. La historia de mi familia es material de película original de la cadena Lifetime hecha para la televisión esperando existir. Mis hijos, mis dos chicos, son seres humanos increíbles. Son hombres jóvenes que ganaron su lucha contra las drogas y que hoy son fuertes, saludables y felices con sus propias familias. Yo estuve casada con aquel muchacho de dieciocho años por treinta y seis años, hasta que murió el año pasado. Perdió su lucha de toda la vida contra la depresión, y se quitó la vida.

Mickey hizo algo muy peligroso al pedirme que viniera a contar mi historia, porque es una historia muy larga. Es una historia dentro de otras historias. Pero es una historia extraordinaria, como tu historia extraordinaria. Yo nunca he conocido a un ser humano que no tenga una historia extraordinaria dentro de sí. Nuestras historias son sólo las cosas divertidas, conmovedoras y trágicas que nos suceden mientras hacemos este asunto de vivir.

Verdaderamente, mi historia no es más importante que tu historia.

Las cosas más aburridas de las historias de la gente suelen ser sus currículums y sus títulos. Podrías haber leído mi biografía, pero entonces no habrías sabido nada de mí. No habrías sabido lo que hay en mi corazón y me hace levantarme por la mañana. Mi vida está llena de historias de niños y niñas—mis hijos, los hijos de otras personas— y preocuparme por sus vidas es más que mi trabajo. Los niños y niñas son mi causa.

Una gran parte de mi historia es mi sindicato, mi Asociación Nacional de Educación. Mi amada NEA. Mi NEA es la mejor oportunidad que tengo para luchar por algo mejor para los estudiantes, para los niños y niñas que he amado, para todos los niños y niñas, todos nuestros niños y niñas, para todos nuestros hijos e hijas. La educación es el camino. Es ese camino lo que los llevará a sus propias vidas extraordinarias.

Para mí y para mis colegas, más de tres millones de educadores en este país que trabajan en los Estados Unidos, desde preescolar a la universidad, es una misión que vivimos. No es una misión en nuestro sitio web. Es una misión que está escrita en nuestros corazones, como está escrito en mi poema favorito: “Dame a tus hijos hambrientos, a tus hijos enfermos, a los que no tienen hogar, a tus hijos maltratados. Dame a tus hijos que necesitan amor tan intensamente como necesitan aprendizajes. Dame a tus hijos que tienen talentos, dones y habilidades. Y dame a los que no tienen ninguno. Dámelos a todos, en cualquier forma que vengan, sea cual sea su color, sea cual sea el idioma que hablen, donde sea que encuentren a Dios, dámelos a todos. Porque esta es la escuela pública. Te daremos a los médicos, a los científicos y a los carpinteros. Te daremos a los abogados, a los ministros y a los profesores del mañana. Te daremos a las madres y a los padres, a los pensadores y a los constructores, a los artistas y a los soñadores. Te daremos el sueño americano. Te daremos el futuro”.

Y ese futuro es que cada bendito niño y niña tendrán una historia increíble que contar cada día de sus vidas.

José Hernández

Astronauta NASA

1 de marzo de 2010.

Criado en una familia de migrantes de trabajadores agrícolas, José Hernández creció realizando la agotadora travesía desde México hasta el Valle Central de California, con su familia, recogiendo fresas y betabel; y hasta el norte de California, donde recogían pepinos, cerezas y duraznos. Mientras sus padres, él y cuatro hermanos se mudaban de pueblo en pueblo, vivían en una choza de dos dormitorios; enviaban a los niños a las escuelas locales durante la semana y hacían que los niños se unieran a ellos en el trabajo en los campos los fines de semana.

A pesar de haber cursado únicamente hasta el tercer grado, sus padres entendieron la importancia de la escuela, y exigieron a José y sus hermanos que trabajaran tan duro en el aula como lo hacían en los campos. Hernández considera a su padre un gran motivador, y recuerda un día cuando él y sus cuatro hermanos estaban especialmente cansados de trabajar. Su padre preguntó cómo se sentían y dijo: “Bien, recuerden cómo se sienten porque este es su futuro si no van a la escuela”.

Hernández tenía unos ocho años cuando vio por primera vez, en el blanco y negro granulado de su televisión, a los astronautas caminar sobre la Luna. Esta imagen de los astronautas flotando en cámara lenta, mientras caminaban sobre la luna, inspiró al niño que sostenía la antena para obtener la mejor recepción posible. Fue entonces cuando nació el sueño. Le dijo a su padre y a su madre que eso era lo que quería hacer, ¡ser astronauta!

Hernández fue aceptado en la clase de la NASA para candidatos a astronauta en 2004. En 2009, a bordo del Transbordador Espacial Discovery, su sueño se convirtió en realidad.

Hay líderes, en todos los aspectos de nuestras vidas, que básicamente nos ayudan en el camino; porque este viaje de convertirse en astronauta e ir al espacio no fue un viaje de un hombre, sino un viaje de una familia, un viaje de profesores, un viaje de profesionales que me ayudaron en el camino para lograr un sueño. Mucha gente siempre pregunta: “Y bien, ¿cómo te convertiste en astronauta? ¿Cuál fue el proceso y cómo sucedió? ¿Cómo pasó, mexicano del barrio? Creciste en Stockton, California. Quiero decir, ¿cómo pasaste de allí a convertirte en astronauta?”

Como la mayoría de ustedes saben, vengo de una típica familia migrante de trabajadores agrícolas, de La Piedad, Michoacán. La gente pregunta: “Entonces, ¿cómo es una típica familia migrante de trabajadores agrícolas?” Bueno, déjame pintarte el paisaje. Muchos de ustedes van a ser capaces de identificarse con mi historia porque muchos de ustedes tienen experiencias muy similares.

Lo que hacíamos cada año, más o menos por febrero, era que estábamos en La Piedad, Michoacán, y mi padre metía a los niños, a los cuatro, en el auto con mi mamá, y viajábamos por dos días hasta llegar al sur de California. Empezábamos a trabajar en Ontario, recogiendo fresas. Partiendo de ahí, viajábamos hacia el norte, hasta el Valle Central, hasta Salinas, trabajando la lechuga y el betabel con el azadón. Luego, pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en el norte de California, en Stockton, Modesto y Lodi, donde recogíamos pepinos, cerezas y duraznos. Más adelante, terminábamos el viaje con las uvas, durante la temporada de uva. Para entonces ya era alrededor de noviembre. En noviembre, mis padres decían: “Ya está bien. Vamos a volver a México. Es tiempo de las fiestas navideñas; temporada navideña, así que no vale la pena ponerlos en la escuela en México. Queremos que les pidan a sus maestros tres o cuatro

meses de tareas para llevarlo con ustedes a La Piedad”. Así que estudiábamos solos allá. Y en febrero o marzo siguiente, todo el proceso se repetiría.

Pueden ver lo difícil que fue nuestro proceso de educación al principio. Así fue todo el tiempo, hasta que tuve alrededor de doce años. Íbamos a tres o cuatro distritos escolares diferentes durante todo el año escolar, y perdíamos tres o cuatro meses de escuela. Lo que pasó fue que me era muy difícil aprender inglés porque éramos una familia que hablaba español. A pesar de que yo nací en los Estados Unidos, hablaba español en la casa, y eso sí en la escuela: español derecho. No era un español formal. Creo que lo que nos hacía diferentes de la típica familia migrante de trabajadores agrícolas fue el hecho de que mis padres, a pesar de haber cursado únicamente hasta el tercer grado, le dieron mucha importancia a la educación. Lo que los hacía diferentes fue que siempre procuraron que de lunes a viernes fuéramos a la escuela. A donde quiera que íbamos, en tres o cuatro distritos escolares diferentes, nos inscribíamos en la escuela. Pero trabajábamos en el campo sábados y domingos. Mientras que a todos los niños les encantan las vacaciones de verano, pueden imaginarse cómo les temíamos, porque eso significaba que íbamos a estar allí afuera siete días a la semana, en lugar de dos días a la semana.

Mi padre era un maestro para motivarnos. Todos los días después de trabajar en los campos, nos subíamos al auto con nuestros Levi's costosos, porque por la mañana el suelo está empapado y tienes lodo en tu Levi's; al final del día, está seco y se endurece. Te metes en el auto y todos están polvorientos y sudorosos. Todos los días antes de que mi padre arrancara el auto, nos miraba en el asiento trasero y decía: “¿Cómo se sienten?” Decíamos que estábamos cansados. Y él decía: “Recuerden cómo se sienten... porque si no van a la escuela, es lo que van a hacer toda su vida. Este es su futuro si no van a la escuela”. Fue un mensaje muy poderoso que permaneció en nosotros.

Creo que, si mi madre hubiera ido a la universidad, habría sido una gran psicóloga, porque las madres tienen la capacidad de poner la carga sobre ti, de desafiarte. Ella decía: “Ay, mijo, ustedes van a tener una mucho mejor vida que nosotros y ojalá nos pueden ayudar cuando estén grandes”. Ahí están. Haciéndote sentir culpable, ¿verdad? Pero lo importante era que ella siempre hablaba de la universidad. Cada vez que íbamos a una buena oficina limpia, ella veía al señor con corbata y decía: “Mira, así quiero verlos un ustedes, trabajando en una oficina, no en el campo con nosotros”. Ella nos sentaba en la banca y siempre hablaba de cuando iríamos a la universidad. Ella no decía “Si vas”. Ella esperaba que fuéramos. Esos fueron los mensajes poderosos que nos dieron.

La otra cosa que hicieron, que creo que era muy diferente de la típica familia migrante de trabajadores agrícolas, era que se sentaban con nosotros todos los días en casa, mientras hacíamos nuestra tarea en la cocina. Ella nos daba algo para comer y decía: “No se levanten hasta que terminen la tarea”— Y durante el primero, segundo y tercer grado, eso funcionó bien, porque podían ayudarnos con la tarea. Pero para el quinto, sexto, séptimo, ya ni papá ni mamá que la entendieran. Aun así, eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta si terminábamos la tarea. Supongo que mi punto aquí es que, como padres, porque soy padre de cinco hijos, necesitamos pasar tiempo con nuestros hijos durante el proceso de la tarea. No se trata sólo de decirles a los niños: “Oye, mijo, termina tu tarea y déjame ver mi novela”. No es suficiente para que los padres puedan salir con los amigos y tomar unas cervezas. El asunto completo es que tienes que comprometerte, tienen que ser una familia, y tienen que estar juntos.

Muchas veces, ponemos la carga en el sistema de escuelas públicas, pero, ¿sabes qué?, comienza con la familia. Si la familia ha comenzado el proceso, entonces podemos señalar al sistema escolar: “Bien, ¿por qué mi hijo no está haciendo esto?” Una vez que respondas si tú

estás haciendo todo en casa para asegurarte de que tu hijo o hija tengan éxito, entonces creo que podemos responsabilizar al sistema de escuelas públicas. Pero empieza en casa.

La otra cosa que sucedió durante mi educación, mientras andábamos de arriba para abajo en California, en lo que yo llamo el “circuito de California”, fue una visita de mi maestra de segundo grado. Fue asombroso. Era noviembre y era tiempo de volver a México. Fui con mi maestra de segundo grado, muy joven, chinita alta y hermosa, recién salida de la universidad, y le dije: “Vamos a ir a México. ¿Me puede dar tarea para tres o cuatro meses?” Ella había pasado por eso con mis otros tres hermanos, ya que yo era el más joven. La vi rodar los ojos y decirme: “¿Sabes qué, José? Diles a tus padres que voy a ir a tu casa esta noche. Voy a visitar tu casa”. Le dije: “Está bien”. Por supuesto, fui corriendo a casa ese día para decírselo a mis padres, tratando de darles el mayor tiempo posible. Vivíamos a una milla, una milla y media, de la escuela. En ese entonces se podía caminar a la escuela por una milla y media. Ahora, nos arrestan si hacemos que nuestro hijo camine una milla hasta la escuela, ¿verdad? Pero en ese entonces íbamos siguiendo las huellas de llanta y todo, mientras corríamos a casa desde la escuela. Cuando llegué a casa, recibí dos reacciones diferentes de mis padres. Lo primero que dijo mi papá fue: ¿Qué hiciste, muchacho? ¿En qué tipo de problema te metiste ahora?” Le dije: “No, viene porque le dije que nos mudamos a México”. La otra reacción fue completamente opuesta. Mi madre dijo: “Va a venir la maestra, vamos a limpiar la casa y a hacer tortillas de harina. Para darle de comer a la maestra”. Ya sabes cómo son las madres, especialmente las madres mexicanas. Quieren ser lo más hospitalarias posible y preparan la cena y todo para el huésped.

Así que vino la maestra y habló con mis padres con su español limitado; y mis padres respondieron con su inglés limitado, pero recibieron el mensaje juntos en un idioma que mis padres podían entender. Recuerdo lo que ella dijo: “Han de plantar raíces en un lugar, porque

tienen hijos que son muy inteligentes y les gusta la escuela. Denles una chanza para estudiar”. Como crédito a mis padres, tomaron ese consejo y empezaron a hacer de Stockton nuestro hogar. Eso sí, permanecer en un solo lugar es difícil para un trabajador migrante agrícola, porque el trabajo agrícola no está disponible durante todo el año en un lugar en particular. Recuerdo a mi pobre papá, que salía en la niebla, en pleno invierno cuando hacía frío y heladas, y se iba a trabajar podando cerezos, duraznos y todo eso, solo para llegar a fin de mes. No fue una vida fácil después de eso, pero fue un sacrificio que hizo y uno del que nos dábamos cuenta que estaba haciendo.

Desafortunadamente, tengo que confesar que soy lo suficientemente viejo como para recordar el final del programa Apolo. Yo tenía unos siete u ocho años cuando el programa Apolo estaba en marcha. Todo el mundo durante ese tiempo vio a los astronautas en la televisión mientras caminaban sobre la Luna. Nosotros no éramos diferentes. Nuestra única diferencia es que teníamos un televisor viejo con altavoces integrados, con cuatro patas, ya sabes, imagen blanca y negra y muy difusa. A veces aparecía esa barra horizontal y tenías que ir a golpear el televisor para que desapareciera.

La televisión por satélites no existía en ese tiempo, y nosotros no podíamos costear el cable, así que teníamos antenas de orejas de conejo. Cada vez que pasaba algo que era muy importante, —en primer lugar: no teníamos control remoto; así que, adivinen quién era el control remoto: el más pequeño de la familia, aquí su servidor, para cambiar el canal y subir el volumen, y todo eso. Yo hacía todo eso. Y luego, por supuesto, cuando algo importante sucedía, mi padre pedía: “Muchacho, ajusta la antena para verlo mejor” para obtener una mejor recepción— Entonces, ¿qué pasaba cuando agarrabas la antena? Te aterrizas muy bien, ¿verdad? Soy ingeniero eléctrico; sé que te aterrizas muy bien. Y entonces, ¿qué me decía mi padre?

“Arriba. Arriba. Ahí, quédate. Ahora quédate ahí”. Así que, yo trataba de mirar la imagen mientras ajustaba el televisor también, para asegurarme de echar un vistazo a los astronautas. Ahora bromeo con mis hermanos, digo: “¿Ya ven? Fue a través de la ósmosis que las señales pasaron por mi cerebro, y así es como me convertí en astronauta. Los astronautas pasaron a través de mí”. Por eso me convertí en astronauta.

Pero real y verdaderamente fue ahí cuando nació el sueño. Tenía unos ocho años cuando vi por primera vez a los astronautas caminando sobre la Luna. Las imágenes que vi... los oías hablar y oías ese pitido; solo una sexta parte de la gravedad, así que era como que flotaban, en cámara lenta, y luego yo salía corriendo a ver la luna llena. Entraba corriendo y veía a los astronautas caminando sobre la Luna. Hice lo mismo una y otra vez. Estoy seguro de que cualquiera que tuvo ocho y nueve años en ese momento estaban fascinados y querían ser astronautas también. Lo que pasó conmigo fue que me enganché a eso y dije: “Sabes, voy a ser astronauta”. Compartí ese sueño con mis padres, y para darles el crédito, me permitieron soñar. Esa es la otra cosa que no hacemos. No permitimos que nuestros hijos sueñen. A veces ponemos nuestras propias barreras delante de ellos y no permitimos que nuestros hijos sueñen. Mis padres fueron muy comprensivos y dijeron: “Verás, hijo, sólo tienes que estudiar duro y lo puedes lograr”. Sin embargo, estoy seguro de que en su interior pensaban: “Pobrecito. Él no tiene ninguna oportunidad, pero no rompamos su burbuja”. Fui lo suficientemente ingenuo como para pensar que podía ser seleccionado. No era un sueño imposible, y seguí trabajando para ello. Seguí diciendo eso es lo que voy a hacer.

Aquí hay otra cosa: el poder de los mentores, incluso si no conoces a los mentores y solo son modelos para seguir. Estaba en el último año de la escuela secundaria preparándome para graduarme. Sabía que iba a la Universidad del Pacífico (California, Estados Unidos) para

especializarme en ingeniería porque el inglés no era mi fuerte; eran las matemáticas. Debido a mi incapacidad de aprender inglés en los primeros años, migré a las matemáticas, y dos más dos son cuatro en cualquier idioma. Sabía que me iba a especializar en ingeniería. Entonces escuché algunas noticias asombrosas: el Dr. Franklin Chang Díaz fue seleccionado como astronauta. El nombre Chang no me pareció. Chang, ¿qué onda? Pero luego oí “Díaz”. Dije: “Vaya. Eso suena como Hernández: Díaz. Me pregunto si es latino”. Empecé a leer su biografía y noté que fue el primer astronauta latinoamericano en ser seleccionado por la NASA. Tenía un doctorado y venía de humildes comienzos, como yo. Pero vino de Costa Rica. Entonces estaba celoso. Pero, envidia de la buena, un buen tipo de celos. Dije: “Si este vato pudo, ¿por qué yo no?” Si él fue capaz de hacerlo, ¿por qué yo no podría? O sea, parecía un *homie*, como yo. Fue ahí que me prometí a mí mismo que haría todo lo que estuviera en mi poder para ser seleccionado como astronauta. Si eso significaba ir a la escuela de posgrado y obtener títulos avanzados, eso es lo que iba a hacer. Por supuesto, ahí es donde tuve la bendición de conocer a mi buen amigo, Tony Cárdenas.

Fui y terminé la escuela de posgrado y empecé a trabajar en el Lawrence Livermore National Laboratory (Laboratorio Nacional Lawrence Livermore). Trabajé en tres grandes proyectos allí. Trabajé en el proyecto Star Wars, el desarrollo del láser de rayos X, lo que significaba que los equipos electrónicos se desplegarían en el espacio. Eso me permitió aprender mecánica orbital. Después trabajé en un proyecto de mamografía, desarrollando el primer proyecto de mamografía digital de campo completo para la detección temprana del cáncer de mama. Esto abrió un nuevo campo de estudio en el desarrollo de algoritmos de detección de cáncer para imágenes en el procesamiento digital y por imágenes. Trabajamos con una empresa

en Denver, Colorado, Fischer Imaging, y les ayudamos a desarrollar el primer sistema de campo completo de mamografía digital.

Mi tercer trabajo completó el círculo. Trabajé con los rusos. Pasé dos años en Washington en el Departamento de Energía trabajando en la no proliferación nuclear, donde básicamente ayudamos a los rusos a deshacerse del material nuclear. En ese proceso, pude aprender un poco de ruso.

La razón por la que hice eso fue que, durante todo ese tiempo, yo estaba presentando solicitudes a la NASA para entrar en el programa de astronautas. Cada año me preguntaba: “José, ¿qué has hecho diferente para hacerte más atractivo para la NASA, para que te conviertas en astronauta?” Si no podía responder a esa pregunta, me decía: “Estás aflojando, amigo. Tienes que hacer algo diferente. Tienes que mejorarte a sí mismo”. Por eso no fue un accidente que empezara a trabajar en el proyecto de Star Wars, porque eso estaba relacionado con el espacio, y el área médica. Cuanto más sepas sobre tu cuerpo y medicina, mejor para la NASA, porque hay mucho autocuidado, autogestión, automedicación en el espacio, cuando no tienes un médico.

Luego, trabajé en el proyecto de no proliferación nuclear porque fue durante ese tiempo que los Estados Unidos y Rusia habían firmado un acuerdo para desarrollar una estación espacial internacional. Sumé dos más dos de inmediato. Cuando este proyecto se me presentó para trabajar con los rusos y aprender el idioma y la cultura, inmediatamente me embarqué en él porque dije: “Esto es lo que me hará más atractivo para la NASA”. Presenté mi solicitud durante seis años seguidos, y siempre recibía una carta formal que decía: “Oye, no nos llames. Nosotros te llamaremos”. Fue hasta el sexto año cuando me entrevistaron. La forma en que funciona el proceso es que más de cuatro mil personas aplicaron al programa de la NASA para astronautas. De esos cuatro mil, seleccionaron a trescientos. Revisaron sus referencias. De esos trescientos,

seleccionaron a cien afortunados para ser entrevistados durante una semana entera en la NASA. Estas cien personas se sometieron a una serie de exámenes psicológicos y físicos en los que te pinchan y te empujan por y para todas partes, los hombres mayores de cuarenta años saben de lo que estoy hablando. Después, te entrevista un comité. Finalmente, todo el mundo se va a casa y espera para escuchar los resultados. Me volví un poco arrogante porque estaba en los últimos cuarenta. Por supuesto, después recibí la noticia de que no me seleccionaron.

Pasaron los siguientes dos años para la siguiente selección, y me entrevistaron de nuevo. Año ocho, y sucedió lo mismo: llegué a los cuarenta finalistas, y ni mangos, no conseguí nada. Estaba terminando mi rotación de dos años aquí, preparándose para volver a California, al laboratorio Lawrence Livermore, cuando recibí la noticia de que no me seleccionaron en el octavo año. En cambio, recibí la invitación de ir a trabajar para la NASA como funcionario civil. Pero la invitación vino con algunas advertencias. Ellos dijeron: “Bueno, tienes que volver. Tienes que venir a trabajar para nosotros como ingeniero. No hay garantías de que te entrevistaremos otra vez. Solo queremos echarte un mejor vistazo; así que, estamos dejando claro que ni siquiera vamos a garantizar que te vamos a entrevistar. Por cierto, tienes que aceptar una reducción de sueldo, y tienes que mudarte a Houston”.

Bueno, se pueden imaginar lo bien que me fue con mi esposa en ese tema. “Oye, cariño, no vamos a tener California y su buen clima. Vamos al caliente y húmedo Houston. Por cierto, no puedes gastar más dinero. Tienes que apretarte el cinturón”. Pero siendo honestos, de hecho, ella fue la que me animó, porque yo siempre procuré a la familia primero. Tenía trece años en el laboratorio Lawrence Livermore, y una buena carrera con una buena trayectoria, que fue lo que me trajo al Departamento de Energía, así que podía regresar y supervisar un programa. Tuve que renunciar a todo eso.

Mi esposa me dijo algo que no he olvidado: “Siempre vas a tener el gusanito”. Siempre vas a tener ese pequeño gusanito dentro de ti que siempre te preguntará, royéndote: “¿Y si...? ¿Y si no aceptaras ese trabajo? ¿Qué pasaría?” Era obvio que, si no aceptaba ese trabajo, no me considerarían en el futuro. Eso se me quedó. Ella me dijo: “No te descalifiques tú mismo. Deja que ellos te descalifiquen. No tomes la decisión de no ir. Vamos. Haremos que nos alcance para cubrir los gastos cada mes. Vamos a estar bien en Houston. Si no te gusta, entonces nos regresamos a California”.

Tomé ese riesgo en el octavo año. En el año 2000, trasladamos a la familia a Houston en el entendimiento de que iba a haber una selección en 2002. Bueno, cancelaron esa selección y no hubo otra selección hasta 2004. Lo que comenzó como un experimento de dos años, fue un experimento de cuatro años. Pasé cuatro buenos años allí, y terminé siendo el jefe de la rama de Materiales y Procesos. De hecho, nosotros fuimos los que trabajamos en el accidente del transbordador espacial Columbia; debido a que hacíamos trabajo forense y pruebas no destructivas, mi equipo fue fundamental en la reconstrucción del accidente y para encontrar la causa raíz. Eso me dio visibilidad a nivel gerencial, y cuando surgieron las nuevas selecciones en 2004, fui seleccionado. Pasaron doce años desde que empecé a presentar la solicitud para entrar al programa y tres entrevistas, antes de que finalmente me seleccionaran como astronauta de la NASA, en 2004.

Obviamente, cuando te seleccionan por primera vez como astronauta, no eres elegible para asignación de vuelo, porque acabas de llegar de afuera. Eres un “candidato a astronauta” y tienes que entrenar durante dos años. No fue hasta 2006 que nos graduamos y nos convertimos en lo que llamamos un astronauta con tarjetas, elegibles para asignación de vuelo. En 2008 obtuve mi primera asignación, STS-128, para volar a bordo del Discovery; la fecha para el vuelo

fue el año pasado. Entrenamos durante unos catorce meses, siendo una tripulación de siete personas, y ejecutamos la misión número ciento veintiocho de los transbordadores espaciales; el nuestro fue el Discovery, que era la misión número treinta y dos, y voló del 28 de agosto al 11 de septiembre. Durante esos catorce días, estuvimos en el espacio y recorrimos la Tierra doscientas diecisiete veces, aproximadamente a 17 500 millas por hora, y viajamos un total de 5.7 millones de millas. Hay dos cosas que siempre digo al respecto: 1) Me gustaría que hubiera un programa de viajero frecuente para eso, y 2) para las damas, tengo muchas millas recorridas, pero no se preocupen por eso.

La experiencia de subir al espacio es... Simplemente no se puede poner en palabras. Es uno de los sentimientos más asombrosos del mundo. Permítanme sentarles las bases para el lanzamiento. Te vistes con tu traje presurizado naranja calabaza, te atas al asiento, y entonces, hay cerca de tres horas agradables y tranquilas, donde incluso puedes tomar pequeñas siestas, antes de la cuenta regresiva para el lanzamiento. Estás ahí, y tienes tiempo para hacer las paces con tu Creador, si lo deseas; y empezar a reflexionar. Uno de los mejores sentimientos que tuve mientras estaba sentado allí, fue mirar a mis compañeros y pensar: “Cuando yo tenía la edad de mi hijo, quince, yo estaba afuera recolectando pepinos durante el verano. Hoy estoy aquí, representando a los Estados Unidos como astronauta. ¿Qué tan genial es eso?” Verdaderamente este es un gran país donde puedes hacer realidad tus sueños.

A medida que la cuenta regresiva llega a cero, pasas del silencio total a todo rodando y traqueteando. Mucho ruido. Soy el ingeniero de vuelo, y voy sentado justo detrás de los dos pilotos. Tengo el mejor asiento de la casa, pero también soy el más ocupado durante esos ocho minutos y medio de la fase más dinámica de vuelo: despegar y empujarnos al espacio. Siento el empuje y me persigno, dibujo la cruz sobre mí. Soy un hombre religioso, y por ese milisegundo

me siento asustado; verdaderamente me siento asustado por ese milisegundo. Me digo a mí mismo: “¿En qué me metí?” Pero después de eso, ya hemos despegado, y vemos la plataforma de lanzamiento a un lado, y la torre, y nuestro entrenamiento toma el control. Es asombroso. Empiezo a atender todos los instrumentos y a asegurarme de que estoy alcanzando todos los momentos importantes requeridos, convirtiendo los ocho minutos y medio en vuelo dinámico. Para mí, es la mejor atracción de Disneylandia en la historia. Llegamos al espacio en esos ocho minutos y medio, y, de repente, estamos flotando, las cosas están flotando; todo se calma, y ahora nos desplazamos a 17500 millas por hora alrededor de la Tierra, lo cual es verdaderamente extraordinario, verdaderamente extraordinario.

Nos unimos a la Estación Espacial Internacional. Nos llevó un día acercarnos a ella y completar el acoplamiento. Realizamos tres objetivos principales: intercambiamos a una de nuestras tripulantes, Nicole Stott, una ingeniera, por Tom Kopra, que había estado allí por cuatro meses. Realizamos tres caminatas espaciales. También transferimos siete toneladas de equipo y material, incluyendo equipo de ejercicios para la tripulación que iba a permanecer en la Estación Espacial Internacional.

Durante el tiempo que estuvimos acoplados, éramos siete personas del transbordador espacial y seis de la estación espacial; un total de trece astronautas allá arriba, en un espacio similar al de una casa de cinco recámaras. Trece de nosotros representando a cinco países diferentes. Yo digo seis países, si incluyo a México (siempre incluyo un boleto de entrada para México). Llevamos a cabo nuestra misión durante esos catorce días; desacoplamos el transbordador; regresamos a casa y tuvimos un aterrizaje impecable. Terminamos aterrizando en la Base de la Fuerza Aérea Edwards. Hubiéramos preferido aterrizar en Florida, en el Centro Espacial Kennedy, pero el clima no lo permitió, así que lo hicimos allá. Tres horas más tarde,

llevé a toda la tripulación a un restaurante llamado Domingo's. Disfrutaron comida mexicana con una cerveza. La vida era buena.

Mucha gente me pregunta: “Bueno, ¿qué vas a hacer ahora, José? ¿Cómo puedes superar eso?” Bueno, voy a mudarme aquí, a Houston, para una asignación, de seis meses a un año, en la sede de la NASA, en el desarrollo de la Oficina de Asuntos Legislativos. Trabajaré con nuestros legisladores para difundir las buenas noticias de lo que hace la NASA, con respecto a nuestra misión y objetivos.

Como saben, el presidente Obama cambió los objetivos de la misión de la NASA hace poco. De hecho, estamos muy emocionados con eso. Mucha gente piensa que el presupuesto se redujo. Por el contrario, creo que el presupuesto se incrementó. La Estación Espacial Internacional, que estaba programada para cerrar en 2015, permanecerá hasta 2020. Vamos a llevar a cabo mucha más investigación científica. Lo que sí cambió fue el programa Constellation (Constelación): una estructura similar a la Apolo, con una cápsula, que nos iba a llevar a la Estación Espacial Internacional y, desde allí, a la Luna. Íbamos a establecer una base con un puesto de avanzada, en un proyecto a largo plazo, para aprender a vivir en la Luna durante largas temporadas, con la esperanza de desarrollar la tecnología que eventualmente nos permitiría ir a Marte. Eso fue desechado. En cambio, lo que está haciendo el presidente es distribuir los recursos de ese programa entre empresas privadas, para que podamos estimular la tecnología y que se comercialice. Estas empresas pueden desarrollar sus propios vehículos, y tendríamos acceso a vehículos. La esperanza es que las cosas se moverán mucho más rápido y su desarrollo será más barato. Así, que estamos muy emocionados con ello.

Por último, me gustaría decir que me tomo mi papel de mentor muy en serio. Me gustaría ser el mentor que Franklin Chang Díaz fue para mí. Para cerrar la historia con Franklin Chang

Díaz: cuando me entrevistaron por tercera vez en 2004, él estaba en el comité y tuve la oportunidad de conocerlo. Durante la entrevista, le conté la historia de cómo me inspiró. Ciertamente, me tomo muy en serio mi papel de mentor; hablo con los chicos y chicas y los animo a permanecer en la escuela. Tengo una fundación llamada José Hernández Reaching for the Stars (José Hernández Alcanza las Estrellas). Lo que tratamos de hacer con esa fundación es muy simple: tratamos de aumentar el número de niños y niñas interesados en la ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM, por sus siglas en inglés). Nos corresponde aumentar esos números, porque, si vamos a ser el número uno y quedarnos en la posición número uno, desde una perspectiva técnica, necesitamos aumentar el número de niños y niñas que se están dirigiendo hacia la ciencia y la ingeniería; especialmente a los hispanos y otras minorías. Si vamos a seguir siendo competitivos en este mundo, tenemos que involucrar a todos los segmentos de la sociedad para obtener una buena educación. Eso incluye a nuestros chicos y chicas latinos. Tenemos que involucrarlos. Específicamente, tenemos que involucrarlos en las áreas STEM. Tenemos que involucrarlos en la ciencia, porque eso es lo que hace grande a nuestro país. Eso es lo que nos permite ir a la Luna y volver; eso es lo que nos permitirá ir a Marte. Tenemos que seguir motivando a nuestros hijos a seguir adelante y obtener una buena educación.

Básicamente, hay una receta simple para el éxito. En primer lugar, debes tener una base fuerte, que comienza en hogar. Debes tener un sueño. Tienes que alentar a tus hijos e hijas a soñar, y luego a convertir ese sueño en un plan. Después, proporcionarles una buena educación. Agrega perseverancia, ganas y corazón. Pones todos esos ingredientes juntos y: “el límite no es el cielo, lo son las estrellas”.

Maria Hinojosa

Productora, Escritora y Periodista

6 de noviembre de 2007.

Maria Hinojosa es reportera, y una galardonada presentadora de noticias, que cubre las historias no contadas de los Estados Unidos y destaca los temas críticos de hoy. En 2010, Hinojosa creó la Futuro Media Group, una organización independiente y sin fines de lucro, que produce periodismo multimedia para explorar y dar una voz crítica a la diversidad de la experiencia estadounidense. Como presentadora y productora ejecutiva del programa *Latino USA*, distribuido por la National Public Radio (Radio Pública Nacional. NPR, por sus siglas en inglés) y que fue galardonado con el Premio Peabody; y presentadora y productora ejecutiva del programa *America by the Numbers with Maria Hinojosa* de la Public Broadcasting Service (Servicio de Radiotelevisión Pública. PBS, sus siglas en inglés), ambos producidos por Futuro Media. Hinojosa ha informado a millones de personas sobre el cambiante panorama cultural y político en los Estados Unidos y en el extranjero.

La historia de Hinojosa abarca 28 años como periodista galardonada; incluye reportajes para las cadenas PBS, CBS, WNBC, CNN, NPR y CBS Radio, y su trabajo como presentadora del programa de entrevistas *Maria Hinojosa: One-on-One*, ganador del Premio Emmy. Es autora de dos libros y ha sido galardonada docenas de veces, incluyendo cuatro Premios Emmy, el Premio John Chancellor, el Premio Studs Terkel, el Premio Robert F. Kennedy y el Premio Edward R. Murrow.

La historia de vida de Hinojosa, así como la experiencia de sus padres al venir a los Estados Unidos, han servido para inspirar su misión como periodista: “tú debes adueñarte del poder de tu propia voz”.

Como periodistas, tenemos una responsabilidad. Por eso voy a compartir algunas historias de lo que he visto en primera línea. La primera historia que voy a contar es sobre cruzar la frontera por primera vez. Mi padre es médico; médico de investigación en otorrinolaringología. Estaba en México. Yo fui la cuarta hija; inesperada. A mi padre le habían prometido un trabajo en un hospital que estaba siendo construido por el gobierno mexicano. Iba a ser un hospital de investigación. Pero hubo un cambio de gobierno y el hospital nunca se construyó. Mi padre era, básicamente, un hombre que necesitaba trabajo. La Universidad de Chicago sabía de mi padre y, por lo tanto, le pidieron que por favor viniera a trabajar a la Universidad de Chicago. Mi padre dejó México seis meses después.

Tiempo después, mi mamá subió a un avión de la Ciudad de México con destino a Dallas, porque no había vuelos directos a Chicago en ese momento. La sola idea de mi madre subiéndose a un avión con cuatro hijos menores de siete años y sin hablar un inglés perfecto... Al principio de la década de 1960, yo tenía aproximadamente un año y medio de edad y una especie de irritación en la piel. Cuando llegamos a la caseta de inmigración en el aeropuerto de Dallas, un funcionario de inmigración de gran tamaño, le dijo a mi madre: “Bueno, ¿sabe qué? Los demás pueden irse, pero esta pequeña bebé tiene que entrar en cuarentena”. Mi madre le dijo: “No entiendo lo que ha dicho. ¿Podría repetirlo?”. Él le respondió: “Todos están bien, pero la pequeña bebé tiene que entrar en cuarentena”. Mi madre, que tiene una altura de cinco pies y no más, en ese momento, de alguna manera, encontró la fuerza para adueñarse de su propia voz como madre y nueva inmigrante en este país, y le dijo: “Bueno, eso no va a suceder. Mi hija no se quedará aquí. Ella viene conmigo, y todos tomaremos nuestro vuelo a Chicago juntos”. El funcionario se opuso, y dijo: “No, no, no. Usted no entiende. Es una cuarentena”. Mi madre le dijo: “Usted no entiende quién es mi esposo. Mi esposo es el Dr. Raúl Hinojosa de la

Universidad de Chicago; y vamos a tener que llamar al presidente de la Universidad de Chicago, y bla, bla, bla”. De alguna manera, me dejaron entrar.

Me encanta esa historia. Me enseña una de las esencias de mi trabajo, y de lo que trato de decirle a los jóvenes: aduéñate de tu propia voz, y aprende a adueñarte del poder de tu voz. También atribuyo mi comprensión de lo que es la democracia estadounidense, una vez más, a mi madre. No es que ella leyera todos los libros sobre cómo es una democracia, pero estábamos en la zona sur de Chicago, en la década de 1960. Me estaban criando allí como inmigrante mexicana. Había un entendimiento orgánico de que el Movimiento por los Derechos Civiles existía e involucraba predominantemente a nuestros vecinos afroamericanos. Mi madre entendió profundamente que esto era parte de lo que ella era, como una nueva estadounidense.

Cuando estaba en tercer grado, mi mamá escribió una carta a nuestros maestros, que decía: “Mis hijos no asistirán a la escuela hoy porque vamos a ir a escuchar a Martin Luther King”. Había otras madres en el aula, en la escuela, que habían hecho lo mismo; se generó algo de controversia. Cuando recuerdo ese momento de estar en un mitin en la calle, en Chicago, viendo a Martin Luther King, Jr., ese momento me dijo a mí cómo es la democracia; la esencia de cómo es la democracia. Algo que mi madre y mi padre nunca vieron mientras crecían en México; donde nunca votabas porque no había participación democrática. Mi madre entendió que esa era la esencia de ser ciudadano. Aunque, en ese momento, la única persona que era ciudadano estadounidense era mi padre.

Me mudé a Nueva York para convertirme en actriz y bailarina. Pero algo sucedió cuando fui a mi primera audición profesional. Tenía dieciocho o diecinueve años. No había mucho teatro latino en marcha. Hice una audición para una película, y fue una gran audición; pero el director me miró y me dijo: “Gran audición. Pero sabes, no estoy seguro. No eres lo suficientemente alta.

No eres lo suficientemente bajita. No eres lo suficientemente blanca. No eres lo suficientemente oscura. No eres lo suficientemente callejera. No eres lo suficientemente sofisticada. No eres lo suficientemente latina. No eres lo suficientemente estadounidense. Simplemente no sé cómo percibirte”. Algo en mí murió en ese momento. Le di el poder de quitarme el sueño de convertirme en actriz. Aunque Broadway sigue allí... Podría pasar... Nunca se sabe.

Me mudé a Nueva York en 1979 desde Chicago, que era una ciudad relativamente mexicana. Íbamos al barrio mexicano todos los fines de semana. Toda mi vida estuve cruzando fronteras; ya fuera desde Hyde Park, la comunidad donde crecí, al barrio mexicano; o desde Chicago a México cada año en automóvil; nosotros seis en una vagoneta. Es verdad. Debido a que yo había estado cruzando de norte a sur, supe inmediatamente que las cosas en este país iban a cambiar profundamente cuando vi mexicanos en el sur estadounidense. Fue un gran, gran momento para este país, y un gran cambio en algo que, por supuesto, ha tenido muchas, muchas repercusiones. Cuando llegué a Nueva York, en 1979, no había muchos mexicanos. Había como tres, y yo era uno de ellos. Tuve que empacar mis tortillas en cajas de Chicago, y congelarlas durante seis meses. Traía mi salsa y la congelaba, y también la almacenaba en la estantería. Algo más sucedió que, estoy segura, puede sonar polémico, pero para mí era muy liberador. Yo crecí teniendo muchos problemas alrededor de mi identidad, y definitivamente pasé por un momento en que me odié a mí misma; el hecho de no encajar nunca; nunca sentirme lo suficientemente americana, o lo suficientemente latina. Para cuando llegué a Nueva York, había llegado a un punto donde verdaderamente amaba quién era yo, como joven inmigrante mexicana que creció en Chicago. En Nueva York, me dije a mí misma: “Aquí no hay mexicanos, ¿qué voy a hacer?”. Fue un momento de aprendizaje; porque me enseñó la capacidad de también soltar nuestro

nacionalismo. Si bien el nacionalismo puede ser algo profundamente empoderador, también puede separarnos.

En Nueva York, abracé el panlatinoamericanismo. Comprendí que ya no era únicamente de México; yo era parte de un continente. Me hice amiga de gente de Puerto Rico, Colombia, Argentina, Cuba y Chile. No estar atada a un solo país, sino entender que era parte del universo, fue una experiencia asombrosamente liberadora. Al vivir en una ciudad como Nueva York, creo yo, me convertí en ciudadana del mundo.

Nunca pensé que podría ser periodista. Aunque fui a la Universidad Barnard (Nueva York, Estados Unidos) estudié Estudios Latinoamericanos, Economía Política y Estudios de la Mujer, no había nadie como yo, excepto Geraldo Rivera, que estuviera haciendo un buen trabajo en ese entonces. Ciertamente no había nadie como yo en la televisión pública o la radio.

Me involucré por primera vez con la radio en la estación WKZR, la estación de radio de la Universidad de Columbia. Luego, ante la insistencia de alguien de Barnard, presenté mi solicitud para una pasantía en NPR. Pero yo aún dudaba que podría hacerlo. En fin, me contrataron para la pasantía en NPR. Yo era la primera latina en la sede de NPR, en Washington, D.C. Aunque me encantaba producir para Scott Simon, inmediatamente comprendí que yo quería estar al aire. Quería contar mis propias historias. Me embarqué en un proyecto para hacer que esto sucediera. Me mudé a San Diego (California), y luego a Tijuana (México), pero en realidad trabajaba en la cadena KPBS en San Diego; cruzaba la frontera todos los días.

Eventualmente regresé a Nueva York, y me contrató NPR. En mis primeros dos años como reportera, pasaba mucho tiempo en el barrio del Bronx. En todos los lugares en los que he estado, siempre me han llamado jefa de la Oficina del Bronx porque me importa profundamente

el Bronx, porque ha sido muy difamado. Hacía historias acerca de jóvenes, crimen y violencia. Hice una historia sobre un tipo de heroína muy dañina. Se llamaba: “Buenos muchachos y Tango y Cash”. Era heroína muy potente. La gente moría. La gente moría en todas las áreas alrededor de la ciudad de Nueva York, no sólo en el Bronx. La gente moría en Westchester, en los suburbios de Long Island, Nueva Jersey, Connecticut. Al reportar esa historia, comprendí que la zona sur del Bronx había sido elegida un punto de mercado para la venta de drogas porque se puede entrar y salir fácilmente.

De cualquier forma, el punto de esto es que hice estas historias sobre la zona sur del Bronx y terminé visitando las oficinas de NPR, en Washington, unos días después. Una reconocida personalidad de NPR, que permanecerá sin nombre, se me acercó y me dijo: “Dios mío, Maria, esas historias que hiciste sobre la zona sur del Bronx fueron tan conmovedoras. Pero tengo que hacerte una pregunta. ¿No estabas aterrorizada de estar en esos vecindarios?” Le dije: “No. He vivido en esos barrios en el pasado”. La situación interesante era que a ella nunca se le había ocurrido preguntarme si estaba aterrorizada el primer día que puse un pie en la sede de la Radio Pública Nacional, en Washington, donde en realidad sí estaba aterrorizada.

Cuento esta historia porque siempre me gusta recordar que no todos vemos el mundo a través de la misma perspectiva. No significa que una perspectiva sea correcta y la otra esté equivocada; pero esa es la esencia de lo que son los Estados Unidos: una diversidad de perspectivas y experiencias. Es por eso por lo que nosotros, en los medios de comunicación, tenemos una grande tarea en hacer que nuestras salas de redacción sean diversas, porque representamos a todos en este país.

Utilizo momentos de enseñanza con mis hijos cada día que puedo. Esa es la manera de incorporar lecciones en la vida de uno. Uno de los momentos de enseñanza se deriva del hecho

de que me convertí en panlatinoamericanista y me casé con un hombre de República Dominicana. Espero que la gente respete esto, pero una cosa que hago es hablar de algunos de nuestros problemas internos: racismo, sexismo, homofobia, antisemitismo. Creo que nosotros como latinos debemos ser autocríticos en estos temas.

Cuando Germán era mi prometido, lo llevé a una boda en México. Germán es moreno y usa una coleta en el pelo y un arete. Es un artista, vegetariano, etc., etc. Mi familia hizo comentarios como: “Ni siquiera hablan español”. Incluso dentro de mi propia familia había prejuicios. Le dije a mi familia que Germán había crecido con Juan Luis Guerra, y diseñado la portada del álbum más reciente de Guerra. Entonces fue como: “¿Juan Luis? Te amamos, Germán”. Es chistoso que deba contar esta historia, porque Juan Luis va a recibir un Premio Grammy esta noche. Germán, de hecho, verdaderamente era viejo amigo de Juan Luis.

Germán y yo estamos criando dos hijos en Harlem. Tengo sentimientos muy fuertes con respecto a mi relación con la comunidad afroamericana. Yo creo que es responsabilidad de todos aquí actuar en respuesta a esta crisis, porque aparte del tema de la inmigración, que, por supuesto, es enorme, el tema de las relaciones entre los afroamericanos y los latinos, creo, es fundamental para lo que va a suceder en el futuro de este país.

En cuanto a mis momentos de odio a mí misma, yo era Maria de Lourdes Hinojosa-Ojeda, pero quien verdaderamente quería ser, cuando estaba creciendo, era Randy Kalish, Susie Golfer o Lisa Tim. Pero no, yo era Maria de Lourdes Hinojosa-Ojeda. Odiaba mi nombre. Ahora, por supuesto, me encanta, a pesar de que recibo correspondencia de odio. La gente escribe para decirme: “¿Por qué dices así tu nombre? ¿No puedes americanizarlo?”. Este ejemplo es, probablemente, uno de los puntos altos de correspondencia de odio que recibo. Es parte de los tiempos en los que vivimos.

¿Qué hacemos con nuestros hijos? Bueno, tomas una tradición que tal vez no te gustaba, tal vez tenías un problema con ella tal vez querías estar lejos, y a medida que envejeces, cambias de parecer: “Sabes, me encanta esto”. Mi hijo es Raúl Ariel Jesús de Todos los Santos Pérez-Hinojosa. Mi hija es María Yurema Guadalupe de los Indios Pérez-Hinojosa. Se los voy a preguntar antes de irnos. Pero, con mis hijos, es la vida real. Así que, cuando el paisano toca a la puerta para entregar la comida china, hay un reconocimiento: “¿Qué pasó, paisano? ¿De dónde eres? Entra”. Por lo general, el paisano reacciona: “Vaya, alguien me está reconociendo. Alguien me está hablando”. Sí, yo hago eso. Cuando veo a una mujer que se encuentra en la calle 72 y Columbus, con unos aretes hermosos, que sé que son de Oaxaca, y estoy con mis hijos, empiezo a hablar con ella. Le digo: “Señora, ...¿De verdad? ¿Y cuántos idiomas habla?” “Oh, hablo español, zapoteco, mixteco...” Le digo a mis hijos: “Mira esto. Aquí hay alguien que está hablando idiomas que tienen cientos y cientos de años de antigüedad, que existieron antes de que existiera el inglés. Ella está parada justo aquí”. Les digo: “Su responsabilidad de permanecer bilingües es porque ustedes tienen la responsabilidad de ayudar a aquellos que son cuatrilingües en otros idiomas, pero que no hablan inglés. Aprender español es algo de lo que deben sentirse orgullosos, pero también saben que es algo que pueden usar para ayudar a quienes son menos afortunados que ustedes”.

Por último, permítanme hablar de lo que siento acerca de dónde estamos parados hoy, en los Estados Unidos. Cuando estaba escribiendo mi discurso, me dije: “Podría no pasar todo este tiempo hablando de mí”. Creo firmemente que el momento histórico en que vivimos es crucial. En el pasado, ya he sentido la urgencia por contar historias; pero hay una urgencia que siento ahora que es como un fuego que me está haciendo avanzar.

Algo me pasó hace un año y medio, cuando estaba en Indiana cubriendo una historia sobre el papel que estaba jugando la inmigración en las elecciones de mitad de mandato. Ahora, estás pensando “Inmigración, gran historia, y elecciones intermedias. Ella debe haber ido a un lugar en el suroeste; tal vez algún lugar en el sur. Indiana, semillero de inmigración. ¿Indiana? No, sé que eso no puede estar correcto.” Hay un 4 % de población latina en el estado de Indiana, pero la inmigración era el tema sobre el que se estaban postulando republicanos y demócratas; los demócratas aún más ruidosamente que los republicanos.

Nos habían advertido que un área de Indianápolis, llamada Little Mexico (Pequeño México), era peligrosa. Sin embargo, descubrimos en nuestra investigación que la tasa de criminalidad era inexistente. Allí entrevistamos a una mujer, una madrina, que llegó indocumentada hace 35 años a Chicago, que ayudaba a nuevos inmigrantes. Ella y su hermana se hicieron ciudadanas estadounidenses. Su hermana es republicana, y ella es demócrata. Fascinante. Cuando nos íbamos, salió corriendo a mostrarme algo que había olvidado mencionarme: era un pedazo de papel que todos los dueños de tiendas en Little Mexico habían encontrado pegado en sus ventanas. Era un folleto escrito a mano con marcador, que decía: “Se buscan: Ciudadanos Americanos Armados para cazar extranjeros ilegales que el gobierno no va a atrapar”. En Indianápolis. Es horroroso. El hecho de que informemos sobre noticias de violencia racial, que ya es horroroso, pero no parecemos tomar en serio estas amenazas, es un problema. Creo que lo que está operando en este momento es la cultura del miedo. Es el miedo al Otro.

De hecho, si Samuel Huntington de Harvard hubiera logrado que se hiciera a su manera, yo soy la persona más temida aquí porque mantuve contacto con mis raíces mexicanas, porque primero soy mexicana. Samuel Huntington es un ataque contra mexicanos. Soy mexicana. Me mantuve en contacto con mis raíces. Soy bilingüe. Viajo de ida y vuelta. Me mantengo

culturalmente consciente de mi propia experiencia. Todo ello, según Samuel Huntington, van a destruir los Estados Unidos. Destruirlos.

En la cadena CNN entrevisté a Samuel Huntington. Le pregunté: “Profesor Huntington, ¿tiene muchos amigos inmigrantes latinos? ¿Pasa tiempo con muchos de ellos? ¿Habla con ellos?” Él acababa de escribir un libro entero sobre inmigrantes latinos, así que yo quería saber cómo obtuvo su información. Él dijo: “Bueno, en realidad no. No paso tiempo con muchos latinos”. Entonces, le dije: “En todos mis años cubriendo la inmigración, ni una sola vez un inmigrante me ha dicho: «¿Aprender inglés? ¿Quién quiere aprender inglés? Odio el inglés. Yo quiero que todo el mundo hable español»”. He oído a la gente decir: “Quiero aprender inglés, pero...” Bien, si ustedes han visto lo difícil que es aprender un nuevo idioma cuando trabajas seis días a la semana, doce horas al día, y entonces el domingo es el único día que tienes que recuperarte, es difícil. Le dije: “Sabe, nunca he oído a ningún inmigrante decir: «Oh, sí, crucé esa frontera para reconquistar mi tierra, ya sabes, la Reconquista»“. Porque he estado en la frontera. He entrevistado a cientos de inmigrantes, y nadie me ha dicho nunca: “Oh, sí, estoy aquí por la Reconquista”.

No entiendo cómo podemos tener un país donde el Otro sea tan temido.

Cuando pienso en lo que está pasando ahora, esto no es únicamente un movimiento antiextranjeros ilegales; este es un movimiento antiinmigrante y es un movimiento antilatino que debe enfrentarse de frente. Porque, al mismo tiempo que los medios de comunicación toman decisiones para inclinarse por lo divisivo, irónicamente, eso nos da otras opciones. ¿Sabían quién es el personaje infantil con mayor audiencia en la historia de la televisión? *Dora, La Exploradora*. Diez mil millones de dólares. Probablemente eso fue ayer, así que hoy es, probablemente, once mil millones en *Dora, La Exploradora*, un personaje de una latina bilingüe.

¡Qué miedo! ¿Verdad? Mucho que temerle a *Dora, La Exploradora*. ¿Cuál es el programa de televisión más popular, lo siento, me encanta, el nuevo programa de televisión más popular que hay? *Yo soy Betty, La Fea*. *Yo soy Betty, La Fea* abrió la puerta y ellos están entrando a través de ella. Fascinante.

No sé cuántos de ustedes vieron el episodio en el que hablaron los dos actores cubanos. Claro que ni un mexicano entendió lo que estaban diciendo, porque hablaban español cubano, lo cual me parece todavía más fabuloso porque significa que se están esforzando verdaderamente. Te lo juro. *Yo Soy Betty, La Fea* es genial con los niños. Pero la operación de cambio de sexo; tener esa conversación con mi hija de nueve años, un poco difícil. Un poco difícil.

Me burlo, pero no puedo ignorar el hecho de que estamos viviendo en unos Estados Unidos donde la gente tiene miedo de una llamada a la puerta sin una orden judicial; donde pueden venir y arrestarte, y deportarte en un periodo de veinticuatro horas. Dejas atrás a hijos e hijas que nacieron en los Estados Unidos. Esto no es sólo antiinmigrante y antilatino; esto va en contra de los más básicos derechos civiles y humanos; una situación que ha sido creada en este momento. Al mismo tiempo, cuando estaba entrevistando a Paul Cuadros, un periodista que vive en Siler City, en Carolina del Norte, dijo: “Todo el mundo habla de la invasión”. Había reclutadores del sur que iban a México a buscar mano de obra barata. No fue una invasión sorpresa masiva. Hubo una coordinación. Tienes razón, Paul. Yo fui la primera reportera en entrar en la Smithfield Foods Corporation, la planta de procesamiento de carne de cerdo más grande del mundo, donde trabajan muchos latinos indocumentados, y donde matan a treinta mil cerdos al día. Uno cada ocho segundos. Ellos quieren a esos trabajadores allí, porque son baratos.

No puedo como periodista sentarme, doblar las manos, y no contar estas historias. Esa es la urgencia que siento. Quiero saber qué tienen que decir los candidatos presidenciales, que

defienden los valores familiares acerca de separar familias, separar niños y niñas, niños y niñas que nacieron en los Estados Unidos, separarlos de sus padres. Planeo preguntar eso. Cuando entrevisté a Hillary Clinton después de que hizo el debate en español, le pregunté: “Como abogada, ¿cree que existe tal cosa como un ser humano ilegal? Si no lo cree, ¿estará preparada para no usar ese término en su campaña?”. Ella respondió algo medio confuso, pero luego, por supuesto, surgió durante el debate.

Los voy a dejar con dos pensamientos. Yo dejé de usar el término inmigrante ilegal o extranjero ilegal, pero no porque conocí a algún profesor latino radical. Vino de alguien que lucía completamente distinto a mí, y que tenía una experiencia completamente distinta a la mía: Elie Wiesel, sobreviviente del Holocausto y ganador del Premio Nobel de la Paz. Él dijo: “No existe tal cosa como un ser humano ilegal. Pueden haber cometido un crimen, pero, una vez que los etiquetas como ilegales, así fue exactamente como comenzó el Holocausto”.

Los voy a dejar con esta historia final que cuento casi en todos mis discursos porque es edificante. Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, que fue la historia más difícil de informar para mí, y que me cambió como madre y como periodista, supe inmediatamente, en cuestión de horas, que había inmigrantes indocumentados entre las víctimas en las Torres Gemelas. En el transcurso de dos días, tuve la historia de Julia Hernández cuyo esposo, Antonio Meléndez, había muerto allí. Él trabajaba en el restaurante Windows on the World. Hicimos una historia en el Bronx dos días después del 11-S, y todos llorábamos. Es muy raro que un equipo de CNN tenga al camarógrafo, al hombre de sonido, yo misma, a mi productor, a toda la familia, todos nosotros llorando. Pusimos la historia en el aire y obtuvimos respuesta. A Julia le enviaron cartas y tarjetas y fue muy edificante saber que sí, el resto del país se identificó con nosotros como neoyorquinos. Un par de meses más tarde, en diciembre de 2001, sonó el teléfono de mi

oficina. En el otro extremo de la línea había un hombre que dijo: “Hola. ¿Es esta Maria *Hi-nojowsa*?” Le dije: “Hinojosa. Sí”. “Hola, Sra. *Hi-nojowsa*. Mi nombre es A. J. Dinkins y soy peluquero originario de Carolina del Sur, pero vivo ahora en Augusta, Maine. Yo vivo aquí. Soy peluquero, y mi pareja, Rudy, es granjero. Acabamos de recaudar varios miles de dólares en nuestra iglesia para la familia de Julia Hernández. Quisiera ir a entregar este dinero y estos regalos a la señora Hernández, pero, Sra. Maria”, dijo, “nunca he estado en Nueva York y nunca he estado en el Bronx. ¿Podría encontrarse conmigo en el aeropuerto, y llevarme a ver a Julia Hernández?”. Yo dije: “A. J. Dinkins, estaré allí, pero voy con un equipo de cámaras porque voy a hacer esta historia”. Hicimos la historia de A. J.; peluquero gay, con el pelo teñido de rojo para Navidad. Y nos fuimos al Bronx. A. J. no había conocido a ningún mexicano antes, y Julia nunca había conocido a un hombre gay blanco para el que no trabajara. Allí estábamos en el Bronx, mi amado Bronx, y fue un festival de amor. Quiero decir, ¿quién habría pensado que esta gente, que no tenía nada en común, encontraría este amor? Y lo hicieron. Fue hermoso. Cuando A. J. se iba, dijo: “Oh, Dios mío, quiero invitar a toda la familia Hernández a venir a mi granja en Augusta”. Dije: “Eso es algo maravilloso, y veremos si sucede”.

Seis meses más tarde, sonó el teléfono, y era A. J.: “Hola Maria, ¿puedes traer a tu esposo e hijos a Augusta, Maine? Porque acabo de invitar a Julia Hernández, los cuatro niños más un primo, a pasar una semana en mi granja en Augusta”. Yo dije: “A. J., no voy a llevar a mi esposo e hijos, pero estaré allí con una cámara porque voy a contar tu historia”.

Nunca había estado en Maine en el verano, pero sé por qué les gusta a los Bush. Es hermoso. Impresionante. En 2002, todavía era bastante homogéneo: blanco. Creo que eso ha cambiado en los últimos años. No sé si pueden imaginarse; ahí estábamos, este grupo tan variado: Julia, cuatro niños mexicanos y el primo; A. J., que se había teñido el pelo rubio; Rudy,

el granjero de seis pies y cuatro pulgadas de altura, en su overol; yo, mi camarógrafo, un hippy con coleta en el pelo; y mi técnico de sonido afroamericano. Todo el mundo nos miraba en Augusta, Maine. “¿Quiénes son estas personas, y por qué están tan felices?” Porque para lo único que estábamos allí era para ayudar a estos niños mexicoamericanos, los cuatro ciudadanos estadounidenses, a olvidarse del hecho de que su padre había resultado muerto hacía un año. Cuando me adentro en mis momentos de tristeza, lo cual sucede a menudo, mi esposo me dice: “Sabes, hay gente que quiere contar estas historias, pero tú siempre contarás estas historias de tristeza”. Tal vez sea verdad, pero me conmueve porque quiero encontrar la humanidad en todas ellas.

Tengo esta foto mía con A. J. y Julia Hernández, y un hermoso y prístino lago en Maine detrás de nosotros. Lo que simboliza, para mí, es que hay personas que están preparadas para salir de su zona de confort para extender una mano al Otro, al que es tan temido. Son personas que están dispuestas a cruzar fronteras dentro de su propio país, dentro de su propia patria, dentro de sus propias comunidades. Julia cruzando la frontera, para llevar a su familia a la casa de una pareja gay durante una semana. A. J. dispuesto a abrir su casa a una familia básicamente de extraños, y a nosotros para contar la historia.

Tenemos la responsabilidad de no callarnos más y trabajar en estas cuestiones, de no tener miedo a repudiar. Este es un momento decisivo en la historia. Todos nosotros aquí, no sólo los que estamos en los medios de comunicación, todos nosotros, todos ustedes son líderes y deben, yo lo creo así, participar en este diálogo.

Dolores Huerta

Activista Defensora de Derechos Civiles. Fundación Dolores Huerta.

18 de noviembre de 2008.

Nacida el 10 de abril de 1930, Dolores Huerta ha pasado su vida siendo una feroz defensora de los trabajadores agrícolas latinos, la inmigración y los derechos de las mujeres. Líder laboral y activista por los derechos civiles que trabajó con César Chávez para fundar la National Farmworkers Association (Asociación Nacional de Trabajadores Agrícolas. NFA por sus siglas en inglés), que más tarde se convirtió en la Unión de Campesinos. Huerta trabajó incansablemente para mejorar las condiciones sociales y económicas de los trabajadores agrícolas. En 1965, ella, junto con César Chávez, ayudó a organizar un boicot nacional a los abusivos productores de uva, lo que dio lugar a que la industria de la uva de mesa de California firmara un acuerdo de negociación colectiva de tres años con la Unión de Campesinos en 1970.

Huerta no únicamente ayudó a miles de trabajadores e influyó directamente las políticas para mejorar las condiciones de los latinos en Estados Unidos, sino que ha continuado siendo mentora e inspiración para muchos de nuestros líderes de hoy, que se guían por la frase que Huerta acuñó: “¡Sí se puede!”.

Mi padre era voluntario en el sindicato de trabajadores mineros en Nuevo México. Se llamaba Juan Fernández. Era un ávido sindicalista que, poco después de ser elegido para la asamblea estatal de Nuevo México, fue expulsado porque golpeó a un compañero de asamblea, José Montoya, de Nuevo México, porque José Montoya había hecho un comentario despectivo sobre los trabajadores mineros. Mi padre se encargó de sacarlo en ese mismo momento.

Mi padre era verdaderamente un fuerte sindicalista, pero, desafortunadamente, mi padre no me crio. Mi madre dejó a mi padre, se divorció de él porque mi padre era demasiado macho. Mi madre dijo: “No voy a aguantar eso”. Nos llevó a California, donde me crié en un pueblo llamado Stockton.

Mi madre era empresaria. Era una emprendedora, una pequeña empresaria, una persona muy, muy inteligente; muy, muy adelantada a su tiempo. Ella era bastante feminista e involucrada en la comunidad.

Tuve la suerte de tener este tipo de modelos a seguir, en mi madre y mi padre, en términos de mi crianza. En Stockton, tuve la oportunidad de unirme a una organización, que entonces comenzaba, llamada Community Service Organization (Organización de Servicio Comunitario. CSO, por sus siglas en inglés), esta es la organización de la que salimos tanto César Chávez como yo. Y cuando pensamos en las organizaciones de la comunidad latina... Las primeras organizaciones latinas fueron las honoríficas, las sociedades de ayuda mutua, donde la gente se reunía y compartían sus recursos. Por ejemplo, si alguien moría, ellos pagaban los gastos funerarios. También celebraban el quince de septiembre, la fiesta de la Independencia de México, Cinco de Mayo, etcétera. También tuvimos a los grupos de veteranos, algunos de los más antiguos, por supuesto, están con nosotros aquí hoy: la League of United Latin American Citizens (Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos) y el American GI Forum (Foro

Estadounidense de Veteranos). Estos eran los veteranos. Regresaron de la Segunda Guerra Mundial, y todavía están aquí, hoy trabajando en nombre de nuestra comunidad.

La organización que se convirtió en la primera organización en involucrar a miles de latinos fue la CSO. La persona que dirigía esa organización, yo lo llamo el Padrino del Movimiento Latino, era Fred Ross, Sr. Era tan buen organizador que nadie sabía quién era, ¿verdad? Así de grande era. Algún día todos nosotros sabremos más de su historia. Él fue quien nos involucró a César Chávez y a mí, en la organización, así como a Cruz Reynoso, quien se convirtió en juez de la Corte Suprema de California; Herman Gallegos y muchos, muchos otros. Lo que hace un organizador es entrar en una comunidad para encontrar el liderazgo allí, y hacer que se involucre. Ese hombre, Fred Ross, fue responsable de mucho de lo que hicimos.

Algunos de los temas por los que luchamos en la CSO son realmente éxitos que todavía nos afectan hoy en día. Nos deshicimos de los requisitos de ciudadanía, porque antes, a menos que fueras ciudadano estadounidense, no podías obtener ningún tipo de ayuda pública. Ese fue uno de los primeros temas que tomamos y ganamos. Pudimos obtener licencias de conducir en español. Antes, no podías obtener una licencia de conducir a menos que hablaras inglés. Conseguimos las papeletas electorales en español. Estas son cosas que todavía tenemos hoy en día, y las damos por sentadas. Obtuvimos el seguro de discapacidad para trabajadores agrícolas. Ahora tenemos derecho a registrar a la gente de puerta en puerta, ante no podíamos hacer eso. Tenías que ir a la corte del condado y prestar juramento. Todos estos fueron logros realmente innovadores que salieron de la CSO. Y luego, por supuesto, César y yo dejamos esa organización para formar el Farm Workers Union (Sindicato de Trabajadores Agrícolas).

Pero, curiosamente, lo que se da se recibe, y a veces se nos vuelve a otorgar. Uno de los grandes temas por el que también luchamos en ese entonces fue deshacernos del Programa

Bracero. Este era un programa de trabajadores extranjeros llamado Ley Pública 78 que trajo a cientos de miles de personas de México a los Estados Unidos, y los trataban muy mal. Yo recuerdo que les decían: “Aquí no hay 4 de julio, no hay 16 de septiembre”. “Viniste aquí a trabajar, y esperamos que trabajes, y que no esperes vacaciones”. Y a estas personas las trataban muy, muy mal. Pero justamente después de que logramos detener ese programa, nuestro gobierno, los Estados Unidos de América, legalizó a más de 500,000 exbraceros sin ninguna legislación. No se aprobó ninguna ley. Simplemente sucedió.

César y yo nos involucramos en eso. Arreglábamos los documentos para que todas estas personas pudieran venir a los Estados Unidos; pero entonces el gobierno dijo: “Bueno, no pueden traer a sus esposas y sus familias”. Así que, volé a Washington, me reuní con el subsecretario de Estado y cambiamos esa regulación. No solamente podrían entrar los exbraceros, sino que también podrían traer a sus esposas e hijos. Eso fue algo realmente fantástico. Sucedió en 1964, y por supuesto que lo usamos para ayudarnos a organizar el Sindicato de Trabajadores Agrícolas.

Mira lo que está pasando hoy. En California, mientras el resto de nosotros luchamos por la legalización, ahora tienen trabajadores invitados en California. Tienen más de mil trabajadores extranjeros en Salinas; tienen trabajadores extranjeros en Sacramento; tienen trabajadores extranjeros en Calexico y trabajadores extranjeros en Yuma, Arizona. Esto se añade a los cientos de miles de deportaciones que han llevado a cabo, donde han dividido familias, estas terribles condiciones angustiantes por las que tantas familias han pasado, llevándose a los padres y dejando a los hijos atrás. Estamos haciendo organización comunitaria con mi Dolores Huerta Foundation (Fundación Dolores Huerta). Tuvimos un joven que se suicidó porque deportaron a su madre. Estas son atrocidades que nuestro gobierno está cometiendo. Es como si el mensaje

fuera: “Aquí, queremos tu trabajo, ¿de acuerdo? Queremos tus contribuciones a nuestra propia economía. Pero no queremos que estés aquí. No queremos que vivas aquí. No queremos que seas residente. No queremos que seas ciudadano”.

A pesar de que hemos estado celebrando nuestros grandes logros en estas elecciones, podemos ver que, institucionalmente, todavía tenemos un largo camino por recorrer. Sí, el 1 de mayo de 2006, millones de personas marcharon a favor de la legalización contra el Proyecto de Ley Sensenbrenner. Teníamos millones que marchaban, pero sabíamos que no podíamos lograr aprobar un proyecto de ley en el Congreso. Las deportaciones ocurrieron justo después de lo que estaba pasando. A pesar de que demostramos que nos importa, que participamos en la democracia, todavía nos queda un largo camino por recorrer. Eso es algo en lo que realmente tenemos que reflexionar.

Sabemos que la Proposición 187 en California, la cual trataba de quitar la ciudadanía a las personas cuyos padres no eran ciudadanos —eso era parte de la 187, y estaba en el Proyecto de Ley Sensenbrenner—, realmente ayudó a California a unirse. Tuvimos esta pequeña revolución en California, donde pudimos conseguir que Antonio Villaraigosa fuera elegido alcalde de Los Ángeles. Tenemos casi cuarenta latinos en nuestra legislatura estatal de California. El Proyecto de Ley Sensenbrenner hizo lo mismo a nivel nacional; hizo que los latinos nos uniéramos. Nos dio esta causa común por la que tenemos que trabajar para obtener otro proyecto de ley de legalización. Pero para hacer eso, vamos a tener que hacer mucho trabajo. No basta con salir y marchar de nuevo, como lo hicimos el 1 de mayo de 2006, que, por cierto, deberíamos pensar en ella, porque esa marcha fue el mayor número de personas en la calle, en un tema, en la historia de los Estados Unidos de América. Así de trascendental fue eso.

He estado recibiendo muchas preguntas, mientras viajo por todo el país. La gente dice: “Oh, vaya. Ahora que hemos elegido a Obama, vamos a obtener la legalización”. Espera un minuto, ¿de acuerdo? Sabemos que Obama va a hacer cosas grandes y maravillosas, pero no tiene esa varita mágica. Sabemos que la única manera en que vamos a obtener la legalización es si todos trabajamos muy, muy duro. Tenemos que empezar a centrarnos especialmente en esas personas del Congreso que necesitamos educar, y todos esos senadores que necesitamos educar para que, al menos, podamos poner el proyecto de ley en su escritorio. Ni siquiera creo que debamos pedirle a Obama que haga nada sobre la legalización hasta que hagamos el trabajo que tenemos que hacer en nuestras comunidades. Vimos este fenómeno en estas últimas elecciones, en que los jóvenes abandonaron sus hogares en California y se fueron a Pensilvania, y se fueron a Colorado, y se fueron a Carolina del Norte. Bueno, tenemos que hacer algo así. Tenemos que hacer algo así. Tenemos que hacer que los jóvenes y nosotros los ancianos hagamos lo mismo, y vayamos a algunos de estos lugares del Congreso, porque tenemos que educar al público. Tenemos que hacerles entender que lo que estamos pidiendo para la gente que está aquí, los indocumentados que están aquí, no es nada diferente de lo que siempre ha sido en nuestro país. Porque cada persona que está en este país, su gente vino de algún lugar; su gente fue legalizada en algún momento. Esta siempre ha sido la política de los Estados Unidos de América. No estamos pidiendo nada diferente de lo que siempre se ha hecho.

De hecho, si nos remontamos a la década de 1920, en ese momento había más inmigrantes en los Estados Unidos, que ciudadanos. Había muchos inmigrantes que tenían derecho a votar. Tenían derecho a votar en este país, a pesar de que no eran ciudadanos estadounidenses. A veces olvidamos esa historia.

Otra cosa que en la que tenemos que educar al pueblo estadounidense es de dónde viene esta histeria antiinmigrante. Viene de las mismas organizaciones supremacistas blancas que apoyaban el sistema de leyes Jim Crow y la segregación; las que impedían a los afroamericanos votar en el sur. Eso es lo que son esas personas. Si nos fijamos en el árbol genealógico de la Federation for American Immigration Reform (Federación para la Reforma Estadounidense de Inmigración. FAIR, por sus siglas en inglés), verás que eso es lo que son estas personas. Han tenido mucho éxito porque han estado en todo país y han promovido todas estas leyes para detener cualquier tipo de justicia para los inmigrantes.

Tenemos que hacer lo mismo. Tenemos que salir y educar al público estadounidense. Hacerles ver a estos indocumentados que están aquí, qué están haciendo. Están cuidando de nuestros hijos, cuidando de nuestros ancianos, nuestros discapacitados, cocinando nuestra comida, cosechando nuestra comida. La comida que acabamos de comer en este momento vino de algunas manos de trabajadores indocumentados, en algún lugar. Están limpiando nuestros edificios, y construyendo nuestros edificios. Están contribuyendo a la economía con sus impuestos, su seguridad social. Nunca verán ese dinero que han aportado. Tenemos que educarlos sobre quiénes son estas personas para que puedan entender que no son criminales, que son trabajadores. Tenemos que conseguir esa solidaridad. Tenemos que hacerles saber quiénes son los oponentes.

A medida que continuamos haciendo nuestro trabajo en inmigración, también tenemos que mirar los otros temas que van a estar afectando a nuestra comunidad. Algunas de esas cuestiones son las mismas para el resto del público estadounidense: temas de salud, sistema nacional salud y educación. En lugar de que nuestro dinero vaya a las cárceles, vamos a poner parte de ese dinero en la educación. En el Valle de San Joaquín de California sólo han construido

una universidad desde 1965, la Universidad de California, Merced. Han construido diecisiete prisiones. ¡Estos son nuestros impuestos!

También tenemos que hablar de algunos de los temas que afectan a otras personas, como las organizaciones de mujeres. Soy feminista. Aunque tengo once hijos, soy fuertemente partidaria del derecho a decidir. Me gusta decirle a la gente que cuando pensamos en quién está atacando a los inmigrantes, son las mismas personas que están atacando a las feministas. Son las mismas personas que están atacando a nuestras comunidades gays y lesbianas

Les voy a decir, a todos ustedes que son líderes: este es un tema que tenemos que defender. Tenemos que tomar la iniciativa en este tema. Tenemos que salir y decir que estamos a favor de los derechos humanos. Eso incluye los derechos humanos de las personas homosexuales. Tenemos que levantarnos. Se tiene que poder contar con nosotros en estos temas.

Para ayudarnos a ser capaces de hacer eso, comparte estas palabras con la gente con la que estás discutiendo. Esto es lo que le digo a la gente: el derecho de una mujer a elegir cuántos hijos quiere tener, es su derecho a la privacidad, su derecho constitucional. Con quién quieres vivir, de quién quieres enamorarte y, sí, tener el derecho a casarte, es tu derecho constitucional y tu derecho a la privacidad, y nadie debe interferir con ese derecho. Podemos citar al gran presidente mexicano Benito Juárez, quien fue el primer presidente indígena de las Américas: “El respeto al derecho ajeno es la paz”. Respetar los derechos de los demás es paz.

En California, culpan a la comunidad afroamericana y culpan a la comunidad latina porque mucha gente no votó. Sabemos que los sacerdotes y los ministros estaban diciendo que votaran en contra de esta Ley de Matrimonio Igualitario. Pero no nos culpes demasiado, porque el problema es que la campaña podría haber hecho mucho más. Yo estaba en California, y

podrían haber hecho mucho más. Esta lucha no va a terminar pronto, va a continuar. Tenemos que estar ahí como líderes latinos en el frente de esta lucha, porque es una lucha por los derechos humanos. ¿Podemos salir y hacer el trabajo que hay que hacer, para mostrar verdaderamente nuestra presencia como lo hicimos en las últimas elecciones, para llevar justicia a nuestro país? Somos los líderes. Tenemos que correr los riesgos y tenemos que hacer el trabajo.

¡Sí se puede!

Gloria Molina

Supervisora del Condado de Los Ángeles

4 de junio de 2008.

La pionera Gloria Molina es la primera latina en la historia en ser elegida para la Legislatura Estatal de California, el Ayuntamiento de Los Ángeles y la Junta de Supervisores del Condado de Los Ángeles. Como supervisora del condado de Los Ángeles, Gloria Molina acuñó una reputación como protectora fiscal comprometida en lograr buenas reformas gubernamentales y abordar problemas de calidad de vida, particularmente para el millón de residentes que viven en áreas no incorporadas. Pero su enfoque principal ha sido fortalecer el sistema de atención de salud pública del condado de Los Ángeles; primero, asegurando mil millones de dólares en fondos federales en el mandato del presidente Bill Clinton, en 1995, para rescatar la red de atención médica del condado; después, ayudando a desarrollar el sistema de salud de colaboración entre el sector público y privado del condado, hasta ser el más grande de los Estados Unidos.

Mientras estuvo en la Legislatura Estatal de California, Molina prestó su ímpetu político a muchos temas; pero su larga, y al final exitosa, lucha contra la construcción de una prisión estatal en el vecindario de Boyle Heights, fue lo que la convirtió en una leyenda local.

Molina creció siendo una de diez hijos e hijas, en el suburbio de Pico Rivera, en Los Ángeles, de padre mexicanoamericano y madre mexicana. Asistió a escuelas públicas en su ciudad natal, y a la Universidad Rio Hondo (California, Estados Unidos), a la Universidad del Este de Los Ángeles (California, Estados Unidos), y a la Universidad Estatal de California, Los Ángeles (California, Estados Unidos).

Mi padre solía decir: "Con un sueño, trabajo y ganas, todo se puede lograr". Con un sueño, trabajo duro y determinación, cualquier cosa se puede lograr. Ahora, uno pensaría que con tal inspiración positiva, todo había estado planeado; que yo habría sabido de niña que un día estaría aquí. Pero nada podría estar más lejos de la verdad.

Mi madre y mi padre son de Casas Grandes, Chihuahua. Soy la primera generación aquí. Aunque mi padre nació en los Estados Unidos, fue criado en México desde los tres años. Por supuesto, siempre anheló volver a este país. Soy la mayor de diez hijos e hijas. Me crié en Los Ángeles. Todos vivíamos juntos en una pequeña casa de dos recámaras. Y claro, siempre me recordaban que era mi responsabilidad dar buen ejemplo a mis hermanos y hermanas. Esa es una tradición en México y yo estaba muy orgullosa de cumplir con esa tradición. Mis padres tenían sueños para todos y cada uno de nosotros. Pero esos sueños eran bastante limitados. Mi padre aspiraba a que me graduara de la escuela secundaria y llegara a ser secretaria en alguna oficina legal. Eso lo haría sentirse muy orgulloso. Quería que todos sus hijos aprendieran inglés, y que no tuvieran acento. Eso era muy importante para él porque no quería que nos discriminaran. Por supuesto, quería que cada uno de nosotros se graduara de la escuela secundaria. Él fue trabajador de la construcción toda su vida y, como él decía, trabajó con su espalda y sus manos y no quería que siguiéramos esa tradición.

La tradición era parte integral de mi crecimiento. Ciertamente, se esperaba que mi hermano se convirtiera en abogado o profesionalista. Se esperaba que las niñas se convirtieran en maestras, secretarias y madres. Pero mis sueños eran mucho más grandes que eso. No eran políticos en absoluto. Mi intención era llegar a ser diseñadora de modas, aunque ustedes no lo crean. Después de dos clases de arte, de forma muy clara decidí —y creo que más bien las circunstancias decidieron que yo no tenía el más mínimo talento en esa área—comenzar la escuela superior; estaba interesada en el trabajo social. Es interesante que a mi madre le molestara tanto mi deseo de ir a la universidad. Al fin y al cabo, ella solo había cursado hasta el

tercer grado; sentía que, para mi futuro, graduarme de la escuela secundaria era más que suficiente. Al fin y al cabo: "yo iba a convertirme en esposa y madre". También le molestaba el hecho de que mi padre hubiese tenido un accidente industrial. Él había sido víctima de un derrumbe en una cueva, y vivíamos con su cheque por discapacidad. Otra bonita tradición mexicana es que el hijo o la hija mayor debe ser responsable del bienestar familiar, por lo que se necesitaba un cheque de pago adicional. En consecuencia, tuve que salir a trabajar. Asistía a la escuela superior, mientras trabajaba de tiempo completo como secretaria en una oficina legal.

Me involucré en todo tipo de temas en la comunidad, y una de las cosas que decidí fue ser voluntario en un centro comunitario local de la zona este. Empecé a trabajar con mujeres jóvenes, estudiantes de décimo grado que, desafortunadamente, no podían leer al nivel de décimo grado. Eso me molestó tremendamente. Fui a visitar a los maestros y maestras de la escuela secundaria y me confrontaron, diciendo: "No te preocupes por estas muchachas. A fin de cuentas, no se graduarán de la secundaria. Probablemente quedarán embarazadas primero. Nosotros no esperamos que ellas se gradúen. Así que, si yo fuera tú, no me preocuparía por ellas". Eso puso en marcha mi adrenalina, y no ha parado desde entonces.

Al mismo tiempo, en la zona este, el movimiento chicano apenas comenzaba. En la escuela superior, todos éramos miembros de la Mexican American Students Association (Asociación de Estudiantes Mexicoamericanos. MASA, por sus siglas en inglés). En ese tiempo estaba bien ser un algo-más-y-americano. Y, por supuesto, MEChA (Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán) vino poco después.

El movimiento chicano fue muy estimulante para mí. Escuchar a activistas chicanos hablar de lo que teníamos que hacer sobre las desigualdades, las injusticias; fue maravilloso. Me uní tan rápido como pude. Yo era una seguidora extraordinaria. Desafortunadamente, las mujeres

de esa organización fueron relegadas a la tarea de mimeografía y a hacer menudo para las recaudaciones de fondos. Cada vez que queríamos proponer nuestros temas —y teníamos muchos temas: capacitación para el empleo, cuidado de niños, educación superior— se nos castigaba y nos ponían en nuestro lugar. Participé en varios eventos, pero cada vez que proponíamos nuestros temas, nos acusaban de dividir el movimiento.

Bueno, en esa misma época, asistí a varias reuniones de sensibilización. Así se llamaban entonces, en la infancia de nuestro actual movimiento feminista. Escuché a todas estas mujeres blancas hablar de estos hombres machos que las discriminaban, que las relegaban a papeles subordinados. Para mí, escuchar eso, fue verdaderamente problemático porque, al crecer, mi padre estaba muy orgulloso de ser un macho. El machismo en México es una tradición de orgullo. Un macho es alguien que es un hombre responsable, respetado; alguien que asume la responsabilidad de su familia. Y es un papel muy honorable. Entonces, que ellas usaran esa palabra, era un problema para mí. Por supuesto que yo era víctima del racismo que estaba sucediendo en la comunidad, pero también era víctima del sexismo que estaba sucediendo en la comunidad.

La guerra en Vietnam y el hecho de que nuestros chicanos iban al frente de batalla (y estábamos perdiendo a muchos; muchos más que nuestra representación proporcional en este país en lo que respecta a población), rápidamente me llevaron a decidir que esto era en lo que me iba a concentrar. Me involucré en el movimiento chicano, me dedicaba a estos temas todos los días, y también trabajaba de tiempo completo. Al mismo tiempo, y con un perfil muy bajo (porque en ese momento no era una persona muy atrayente ni una líder de ningún tipo), participé en varias discusiones con otras latinas y otras chicanas de la comunidad. Ciertamente, sentíamos la discriminación. Ciertamente, sentíamos las barreras para avanzar.

Entonces empezamos a hablar sobre armar una organización, de una red donde pudiéramos convertirnos en defensoras. Me enteré de la apertura del Chicana Service Action Center (Centro de Acción de Servicio Chicana. CSAC, por sus siglas en inglés), que era dirigido por un grupo de mujeres muy, muy asertivas; entre ellas, Francisca Flores, quien fue activista del movimiento laboral en los años 40 y 50; Lilia Aceves, y varias otras mujeres que habían decidido abrir un centro de capacitación y asesoría laboral. Me alegré mucho de encontrar finalmente esta red de mujeres. Me convencieron y nos unimos a ellas. Ellas dijeron que debíamos formar un capítulo de la organización conocida como Comisión Femenil Mexicana Nacional, un grupo nacional de defensa para mujeres chicanas. Pensamos: “¡por supuesto!”. Tan rápido como pudimos, creamos un capítulo en Los Ángeles, solo para descubrir que esa organización solo existía en papel. No había tal organización. Sin embargo, nuestra primera reunión atrajo a más de doscientas chicanas. Entendimos claramente la importancia de que el diálogo que estábamos teniendo entre nosotras también estaba sucediendo en otras partes, y que las chicanas necesitaban tener una red, una organización, y alguien que abogara en su nombre.

Tomamos medidas lo más rápido posible. Empezamos a desarrollar nuestras habilidades de liderazgo hablando delante de la gente, muchas veces sin estar debidamente preparadas, pero íbamos aprendiendo en el camino. Escribíamos propuestas para desarrollar varios programas para mujeres. Escribíamos artículos sobre muchos de los temas en nuestra comunidad. Estábamos avanzando con un plan de acción muy fuerte. Desarrollamos más programas de capacitación para el empleo. Desarrollamos servicios de apoyo para Latinas y Chicanas, y sus familias. Como una mujer no puede ir a trabajar si no tiene buenos servicios de cuidado infantil, desarrollamos el primer centro de cuidado infantil bilingüe y bicultural. Hasta llegamos a demandar al condado de Los Ángeles, al cual ahora sirvo en la Junta de Supervisores, para

detener la esterilización forzada de mujeres mexicanas en el Hospital General del Condado de Los Ángeles.

Teníamos un plan muy, muy activo, y estábamos muy entusiasmadas con el trabajo que estábamos haciendo. Por supuesto, eso nos llevó a involucrarnos en el proceso político. No era lo que teníamos planeado, pero al involucrarte en muchos de esos temas, uno se vuelve parte del proceso político.

Me volví muy hábil y organicé un ejército de activistas. Éramos una mercancía muy valiosa para la mayoría de las campañas de base para los chicanos que se postulaban cargos públicos. Cada vez que uno de ellos decidía postularse, me llamaban y yo juntaba a todo un grupo de personas. Nos convertimos en una mercancía muy, muy valiosa, como dije, para cualquiera de esas campañas. Yo era asidua en estos eventos.

Con el tiempo, tuve la oportunidad de trabajar para el recién elegido asambleísta, Art Torres. Quien era asistente administrativo en ese entonces. Verdaderamente recibí complacida la oportunidad de trabajar con él en la comunidad, en muchos de los temas. Fue emocionante ser parte, no sólo de su campaña, sino eventualmente de su equipo de trabajo.

Quería aprender más sobre la organización política, así que solicité una oportunidad para trabajar en la campaña Carter-Mondale que se venía extendiendo desde la zona este de Los Ángeles. Ahí, me convertí en la "Chicana" de la campaña de California, ya saben, solo puede haber una a la vez; no puedes tener tantas. Me enviaron de arriba abajo, por todo el estado, para organizar para Carter-Mondale. Desafortunadamente, la mayoría de los chicanos no sabían quién era Jimmy Carter y, en muchos casos, ni si quiera les interesaba. Pero por suerte, aunque no ganamos el estado de California, ganamos la Casa Blanca. En ese entonces, me llamó un querido

amigo mío, Rick Hernández. Él trabajaba en la sección de la región occidental, y más tarde se convirtió en todo un personaje de la Administración de Pequeñas Empresas. Me llamó y me dijo: "¿Por qué no presentas tu solicitud a este puesto en la Casa Blanca?". Pensé "¡Vaya!, qué oportunidad tan emocionante, ir a la Casa Blanca y estar con todos estos políticos de la Casa Blanca que saben todo lo que está pasando, y saben cómo hacer que pase". Podría aprender tanto. Estaba muy emocionada. Fue muy impresionante, y tuve mucha suerte.

Bueno, en mi primer día en el trabajo recibí un sobre en mi escritorio. Tenía dos pequeñas banderas: la bandera de los Estados Unidos y la bandera de Irán. Nos invitaron a acompañar a Jimmy Carter en el césped de la Casa Blanca, y darle la bienvenida al sah de Irán. Estaba muy emocionada, mi primera vez en el césped de la Casa Blanca. Ahora, yo había participado con la Moratoria Chicana (Comité Nacional de Moratoria Chicana contra la Guerra de Vietnam) en la zona este de Los Ángeles; en las protestas escolares también en la zona este; yo había participado en protestas contra la guerra en todo Los Ángeles; y había estado involucrada en protestas feministas; pero nunca esperé que me rociarían gas pimienta en el césped de la Casa Blanca, y eso fue lo que lo que sucedió aquel día. Al parecer, muchas de las personas que estaban en contra del Sah, armaron un revuelo afuera de la Casa Blanca. Eso es lo que me pasó en mi primer día.

Esa noche, mientras salía del lugar, un oficial de la policía de la Casa Blanca me dijo: "Tenemos que acompañar a todos los iraníes a sus vehículos". Yo dije: "¿Iraní? No soy iraní. Soy mexicana". Él dijo: "Oh, ¿de México?" Y respondí: "No. Soy de la zona este de Los Ángeles". Por supuesto, me quedó muy claro que, para muchas de las personas en D.C. (Distrito de Columbia), nosotros éramos inexistentes.

En esa época, tuvimos la suerte de tener algunos miembros en el Congreso, como el congresista Ed Roybal, y a nuestro propio congresista, Robert García. Muy pocas personas de todas las que estaban allí, de verdad no podían luchar contra todas las desigualdades que muchos de nosotros sabíamos que existían en nuestra comunidad en ese momento. Yo necesitaba regresar a casa y encontrar la manera de que más latinos pudieran ser elegidos para el Congreso de los Estados Unidos. Fue interesante porque yo trabajaba en la Oficina de Personal Presidencial, y mi responsabilidad era, una vez más: "nombrar hispanos en las comisiones". No en las comisiones superiores, por cierto, sino en las otras comisiones más pequeñas. "Asegúrate de poner solo uno, ¿de acuerdo?", ese era mi papel en ese momento. Disfruté del trabajo, fue un trabajo maravilloso, pero necesitaba irme a casa. Necesitábamos ir a casa y ser parte de la organización de nuestra propia comunidad, y así asegurarnos de que tuviéramos una presencia mejor y más fuerte en el circuito, y eso era muy importante. Cuando regresé a Los Ángeles, empecé a trabajar a tiempo completo para el entonces presidente de la Asamblea del Estado de California, Willie Brown. Y luego, de nuevo, me ofrecí como voluntaria (yo era voluntaria para todo) para un grupo llamado Californios, un comité de redistribución (de distritos electorales) que operaba en Los Ángeles. Sabíamos que, debido al crecimiento de la población chicana en todo California, teníamos derecho a dos escaños adicionales en el Congreso. Estábamos muy entusiasmados. Muchas de mis amigas feministas pensaron, ¿por qué no? Un escaño para un chicano, y uno para una Chicana, si es que vamos a ser justos en todo este proceso. Nos acercamos a muchos de esos funcionarios electos chicanos que habíamos apoyado durante todo este tiempo, entramos e hicimos nuestra petición de que pensábamos que nosotras debíamos tener uno de los escaños en el Congreso. Bueno, se rieron de nosotras en toda la habitación. Lo interesante de esto es que también nos habíamos acercado a varias abogadas chicanas, porque pensábamos que serían las

más calificadas para postularse. También ellas se rieron de nosotras. Dijeron que ya era suficientemente difícil conseguir que un chicano fuera elegido, cuanto más una Chicana.

Nos fuimos, curamos nuestras heridas y, por suerte para nosotras, hubo una oportunidad que apareció en mi propio patio trasero. El asambleísta Torres decidió impugnar a uno de sus colegas del Senado, y eso desocupó un asiento en la Asamblea. Una vez más, fuimos con las abogadas chicanas, pero ellas dijeron: "Uh, no tenemos ninguna posibilidad de ganar. No vamos a postularnos para ese asiento". Al final del día, estaba muy claramente decidido de que yo sería la candidata. Yo conocía el distrito, yo había trabajado en el distrito y sabía lo suficiente sobre política. Yo decidí hacerlo. Nosotros tuvimos que seguir adelante y asumir el riesgo. No estábamos seguras de que íbamos a ganar, pero íbamos a hacer todo lo posible.

Fui muy afortunada. Pudimos recaudar dinero. Nos diseñamos un plan de acción. Teníamos una campaña en marcha. Tuve mucha suerte al ser la mayor de diez, porque cuando caminas por el distrito, ayuda mucho tener nueve hermanos y hermanas caminando contigo. Caminamos por ese distrito una vez y media. En 1982, fui la primera chicana elegida para la Legislatura Estatal de California. Estoy muy orgullosa de eso. Estoy muy orgullosa de decir que lo que mi madre me dijo muchos años antes, acerca de dar el mejor ejemplo para los demás, me sirvió bien. Desde entonces, me han seguido unas de las mujeres más talentosas y maravillosas que haya conocido. Estoy muy orgullosa de haber sido la primera. Y muchas otras siguieron, como nuestra maravillosa congresista Hilda Solís.

En 1987 decidí postularme para el Ayuntamiento. Debo mencionar, por cierto, que cuando decidí postularme por primera vez para ese puesto en la Asamblea, los políticos dijeron: "No". Porque ya tenían a su propio candidato en mente. Tuvimos que postularnos contra ellos, a pesar de que ellos creían que no podíamos ganar. ¿Me creerían si les digo que, después haber

ganado la sede legislativa estatal y decidir postularme para el ayuntamiento, volví a buscar a esos políticos? y les dije: "Miren, quiero postularme para el Ayuntamiento", y me dijeron: "Oh, no. Nosotros ya tenemos nuestro propio candidato". Una vez más, ellos no me apoyaron; entonces tuve que vencerlos de nuevo. En 1987, me convertí en la primera chicana en el Ayuntamiento de Los Ángeles, lo cual fue muy importante para nosotros. La siguiente batalla sería para la Junta de Supervisores de Los Ángeles. Cinco hombres blancos representaban al condado de Los Ángeles; una Junta muy poderosa, desde el punto de vista de lo que hace y de lo que es responsable. Cinco personas que representan a diez millones de personas (su presupuesto este año es de más de \$22,000,000,000). Tiene una enorme responsabilidad. Pero la forma en que se trazaron las líneas del distrito fue muy inteligente y, sin duda, no se trazaron para servir a las minorías, a pesar de que teníamos una población latina muy grande, y una población afroamericana muy, muy grande.

Como resultado de un caso que el Fondo Mexicoamericano de Defensa Legal y Educación (MALDEF por sus siglas en inglés) llevó a la Corte Suprema para impugnar la redistribución de distritos, se creó un escaño en el primer distrito para ser un distrito latino. Me postulé con otros diez candidatos, incluyendo, desafortunadamente, a mi antiguo jefe, Art Torres. Fui elegida como la primera chicana en la Junta de Supervisores del Condado, la posición en la que sirvo hoy. Estoy muy orgullosa de llevar a cabo ese trabajo.

Cuando el congresista Roybal estaba por retirarse, se acercó a mí y dijo: "Me gustaría que te postularas para mi escaño". Francamente, estaba muy feliz en el trabajo que estaba haciendo. En ese momento yo estaba casada y tenía una hija. Luego, tuvimos la suerte de tener a Lucille Roybal-Allard. Ella fue mi sucesora en la legislatura de California, y estaba más que lista. Ella fue capaz de servir y seguir los pasos de su padre. Lucille es una congresista maravillosa. La

estimo mucho. Ella es una de nuestras grandes líderes. Estoy muy orgullosa de que haya sido una de las latinas que se motivó para involucrarse en el proceso político. Hemos querido, desde el primer día, tener a una Chicana en el Congreso de los Estados Unidos. Para cuando Lucille llegó allí, ya había otras, pero desafortunadamente todavía no era suficiente. Tenemos que hacer mucho más trabajo, y elegir a muchas más latinas para el Congreso de los Estados Unidos.

Sin embargo, estoy eufórica por el número de mujeres que veo en posiciones de poder, en organizaciones de defensa y en posiciones corporativas o en importantes juntas de consejo. Estoy muy orgullosa de ver tantas chicanas en posiciones de poder. Es maravilloso. Me alegro de que yo simplemente soy una de los muchos que seguimos luchando y asumiendo el riesgo de llevar a cabo este tipo de funciones.

Por cierto, quiero que sepan que, a pesar de que mi madre tenía un verdadero problema con el hecho de que yo fuera a la universidad, ella estuvo ahorrando dinero la mayor parte de su vida para que mis dos hermanas menores pudieran ir a la universidad sin tener que trabajar. Mi madre estaba tan orgullosa ese día cuando ellas obtuvieron sus títulos. Estoy tan contenta de que mi madre se haya dado cuenta de la importancia de que todos fuéramos a la universidad. Yo estaba muy orgullosa de ella ese día, también.

La realidad es que tenemos mucho más por hacer. Debemos darnos cuenta de que se requieren tanto hombres como mujeres en la mesa de las políticas públicas. No puede ser una o el otro. Debemos continuar con este tipo de unión cuando se trate de temas de la política. Como todos, estoy deseando que llegue una nueva administración. Me vestí con un traje de pantalón en honor a mi candidato. Espero poder ser parte de la campaña demócrata para recuperar la Casa Blanca. Sé que quien gane la Casa Blanca tendrá que pasar por la comunidad latina para llegar allí. Con suerte, reconocerán y entenderán el increíble talento que tenemos en nuestra comunidad

y nombrarán chicanas y latinas para puestos, como secretario de Estado, jueces de la Corte Suprema, incluso vicepresidentes, haciendo nuestra comunidad mejor y más fuerte día con día. Es maravilloso ser el primero o la primera, pero no significaría nada si no fueras sucedida por muchas personas como tú.

Janet Murguía

Presidenta y directora de operaciones del Consejo Nacional de La Raza

15 de mayo de 2013.

Janet Murguía creció en Kansas City, Kansas, en una familia de nueve miembros: siete niños y niñas, y sus padres, en una pequeña casa con un solo baño. Sus padres, en términos de educación y recursos, llegaron a este país con muy poco, pero su creencia en este país y en la oportunidad que tendría para su familia les guio.

Los padres de Murguía siempre han sido una fuente de inspiración para ella. "Este es un país extraordinario si lo piensas. Dos personas con muy pocos medios de un pueblo muy pequeño de México trabajaron muy duro, se sacrificaron mucho y se dedicaron a la educación de su familia y al servicio de su comunidad. Soy testigo y, en muchos sentidos, prueba de su sueño americano". Aunque la madre de Murguía sólo tenía una educación de quinto grado, inculcó a sus hijos el valor de una buena educación. Janet Murguía asistió a la Universidad de Kansas, donde se licenció en Periodismo y Español, y más tarde se licenció en Derecho en la Facultad de Derecho.

Murguía comenzó su carrera como asesora legislativa del excongresista de Kansas, Jim Slattery. Después, trabajó en la Casa Blanca de 1994 a 2000, donde finalmente ocupó el puesto de asistente adjunta del presidente Clinton, proporcionándole asesoramiento estratégico y legislativo. También fue subdirectora de asuntos legislativos, gestionando el personal legislativo y actuando como enlace principal de la Casa Blanca con el Congreso. Posteriormente, Janet Murguía, trabajó como subdirectora de campaña y directora de difusión de la campaña presidencial de Gore/Lieberman en el año 2000. En 2001, Murguía se incorporó a la Universidad

de Kansas (UK, por sus siglas en inglés) como vicerrectora ejecutiva de relaciones universitarias, supervisando las relaciones internas y externas de la UK con el público, incluidos los asuntos gubernamentales y públicos. Desde el 1 de enero de 2005, Murguía es presidenta y directora ejecutivo del National Council of La Raza (Consejo Nacional de la Raza. NLCR, por sus siglas en inglés), la mayor organización nacional de defensa de los derechos civiles de los hispanos en Estados Unidos.

Todos los días, cuando vengo a trabajar, recorro a la historia de mis padres, a mi herencia y a mis raíces. Es lo que me sostiene. La fuente de esa fuerza para mí ha sido mi familia (ellos son mi inspiración) y mis raíces, mientras crecía en un barrio mexicano en, precisamente, Kansas City, Kansas.

Mi padre llegó a Estados Unidos a finales de los años cuarenta. Nació en Oklahoma, pero regresó a la pequeña comunidad rural de sus padres, Tangancícuaro, Michoacán, México, cuando era un niño, no tenía ni diez años. Con un inglés muy limitado, regresó para presentarse al servicio militar hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Como la mayoría de los inmigrantes, también buscaba una mejor forma de vida. Trabajó en varios empleos, un poco en una fábrica de hielo, un poco en los astilleros y, luego, finalmente, trabajó como obrero del acero. Una vez que se instaló, mandó llamar a mi madre y a mi hermana mayor y se mudaron a Kansas City, Kansas.

Mis dos padres podrían describirse como personas sencillas, humildes y modestas. Cuando mi madre y mi padre se reunieron en Estados Unidos en los años 50, el contraste entre sus vidas en México y en este país era bastante dramático. Crecer en la zona rural de Tangancícuaro en las décadas de 1920 y 1930 era como crecer en la zona rural de Estados Unidos a finales de 1800. Mi padre hablaba de montar a caballo para repartir mercancías para el tendero para el que trabajaba, mi madre lavaba ropa y platos en un arroyo cercano y planchaba la ropa con el tipo de planchas de metal que había que colocar en placas calientes. Gracias a unas muy difíciles circunstancias tanto personales como familiares, ni mi madre ni mi padre pudieron perseguir ningún tipo de educación en México. El padre de mi papá murió cuando este tenía dieciséis años y tenía una familia de doce miembros. La madre de mi mamá murió cuando esta tenía catorce años, eran una familia de seis. Habían sido madres y padres durante mucho tiempo.

¿Pero saben qué? Lo hicieron muy bien. Vivían como pioneros en aquella época, incluso después de llegar a los Estados Unidos.

Con siete hijos e hijas (mis seis hermanos y hermanas), mi madre nunca trabajó fuera de casa. Los nueve vivíamos en una casa muy pequeña que sólo tenía un baño. Creo que todos sabíamos que teníamos que hacer mucho con muy poco. Básicamente teníamos solo una habitación, al estilo de un dormitorio, donde los niños dormíamos. Recuerdo que Mary y yo poníamos nuestra ropa y zapatos en una caja, dentro de un armario, y ahí era donde todos tenían sus cosas. Era difícil cuando íbamos a la escuela en ese entonces, pero estábamos juntos y mis padres nos proveían. Recuerdo que Mary y yo íbamos a la escuela y teníamos nuestro vestido de lunes-martes y nuestro vestido de miércoles-jueves y luego nuestro vestido de viernes. No tuvimos teléfono en casa hasta que yo estaba en octavo grado. Soy la más joven. Mi madre lavó la ropa en una lavadora sin secadora hasta que yo estuve en la universidad. Nosotros supimos eso de ir a la lavandería y tener que secar nuestra ropa y doblarla y hacer todo eso. Mis padres trabajaban mucho, y a veces era difícil.

La sociedad presentaba sus propios retos también. Hubo momentos en los que mi padre fue despedido del trabajo y tuvimos que depender de algo de ayuda del gobierno. Fue muy duro ver a mi padre pasar por ese periodo, porque era un hombre muy orgulloso. Aceptaba el trabajo donde podía, y de alguna manera, lo superábamos. En Kansas City, en los años 50, cuando mis padres iban al cine, tenían que sentarse en una sección separada de la sala. Al inicio en la planta siderúrgica, mi padre y otras personas de color tenían baños separados para ellos. Así que conozco los retos a los que se ha enfrentado nuestra comunidad a lo largo de los años. Mi padre trabajaba mucho, hacía horas extras cada que podía. Mi madre trabajaba de niñera y así conseguía algo de dinero, pero nunca ganó mucho con eso. Sin embargo, a principios de la

década de 1980, cinco de sus hijos e hijas estaban en la escuela superior, todos al mismo tiempo, gracias a las becas, al estudio y al trabajo, a las oportunidades financieras y a un montón de trabajo duro. Al final, seis de los siete hijos e hijas obtuvieron títulos de educación superior. Mi hermana mayor, Martha, la que no llegó a recibir un título de educación superior, tiene discapacidad intelectual. ¿Pero saben qué? A pesar de no tener su título, creo que es la que más nos ha enseñado de toda nuestra familia. Nos enseñó mucho sobre el espíritu y el carácter humanos, porque Martha trabajó durante más de 30 años en un restaurante del centro de Kansas City, y tomaba tres autobuses para llegar a su trabajo. Así que incluso Martha, que no tenía su título, se aseguraba de contribuir a su manera.

Curiosamente, cuatro de nosotros estudiamos derecho. Mi hermano Ramón fue el primero de nuestra familia y de nuestra comunidad en asistir a la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard. Fue un gran momento de orgullo para mis padres. Hoy, Ramón es un abogado que ejerce en Kansas City y un líder cívico. Es uno de los fundadores del Greater Kansas City Hispanic Scholarship Fund (Fondo Hispano de Becas del Área Metropolitana de Kansas City), que cuenta con un financiamiento de más de un millón de dólares. Es uno de los primeros latinos en formar parte del consejo de administración de la e Kellogg Foundation (Fundación Kellogg), una de las mayores fundaciones filantrópicas del país.

Mi hermano Carlos fue el primer latino en ser juez de un tribunal estatal en Kansas; ahí sirvió durante diez años. En 1999, fue confirmado por el Senado de los Estados Unidos para ser juez federal en Kansas tras ser nominado por el presidente Bill Clinton. Carlos es el primer latino que ejerce como juez federal en el distrito de Kansas.

También está mi hermana gemela, Mary. Sí, se parece mucho a mí, así que tengan cuidado, porque no pueden distinguirnos. Yo soy un poco más guapa, pero tienen que acercarse mucho

para verlo. Dejemos eso entre nosotros, será nuestro pequeño secreto. Mary es jueza del Tribunal de Apelación del Noveno Circuito de los Estados Unidos, tras haber ejercido durante más de una década como jueza federal en el distrito de Arizona. Fue la primera latina en servir como jueza federal en Arizona. Ella y mi hermano Carlos son los primeros hermano y hermana en la historia de EE.UU. que sirven juntos en la judicatura federal. Sé que somos capaces de contribuir y hacer historia.

En cuanto a mí, en lugar de ejercer la abogacía, decidí involucrarme en el servicio gubernamental, y acabé trabajando en el ala oeste de la Casa Blanca. Mirando hacia atrás, es evidente que la educación era muy importante para mi padre y mi madre, y para cada uno de mis hermanos y hermanas. A pesar de que mi padre y mi madre carecían de una educación formal, reconocían que la educación no era solo una meta. Era un valor. Comparto la historia de mi padre y de mi madre porque creo que son los principales responsables de lo que mis hermanos, hermanas y yo hemos podido hacer; y se debe a unos principios y valores muy básicos en los que creían y que nos inculcaron: la fe en Dios, una fuerte ética del trabajo, el amor a la familia, el conocimiento de la importancia de una comunidad fuerte, mucho sacrificio y un claro aprecio por lo que tenemos y lo que se ofrece en los Estados Unidos. Vi cómo estos valores se manifestaban en muchas maneras. El ejemplo y los principios que nos dieron los vivieron delante de nosotros.

Mi madre, que solo estudió hasta quinto grado, casi siempre estaba en la cocina junto a los fogones, o con los platos en el fregadero, y aquí es donde entra mi madrina Virginia, mi madrina de bautizo. Ella era mayor y no sabía leer ni escribir en absoluto. Llevaba la carta de su hija desde México, y en aquel entonces no teníamos acceso a los teléfonos y todo lo demás, así que esa carta era su línea de vida hacia su hija. Entonces mi madre despejaba la mesa y, en su

limitada capacidad de lectura, le leía la carta a mi madrina y luego se sentaba y escribía, aunque fuera fonéticamente, una carta de regreso a la hija.

Creo que aprendí de mi madre la compasión y el servicio de la forma más sencilla. Ella siempre pensaba en que Doña Carmen, la señora viejita de la calle, tal vez necesitaba un poco de caldo porque no se sentía bien ese día. Nos mandaba a entregar el caldo a Doña Carmen, aunque Doña Carmen siempre nos regañaba por no llevar vestidos, por jugar al fútbol con mis hermanos y por cualquier otra cosa. Pero allí estábamos porque mi madre había dicho que teníamos que ir allí.

Mi padre era una de las personas más duras y resilientes que conocí. Trabajó durante 37 años en la planta siderúrgica, donde durante el caluroso verano de Kansas hacía diez veces más calor que afuera de la planta. Él cortaba el acero vistiendo su pesado equipo completo, botas de punta de acero pesadas, el casco y la chaqueta grandes. En esas heladas profundas que sólo conocen los habitantes del Medio Oeste, también trabajaba con la misma intensidad y nunca desfallecía, aunque estuviera enfermo y hubiera debido permanecer en casa.

Cuando se piensa en ello, esta es una nación extraordinaria. Dos personas, de muy escasos recursos, provenientes de un pueblo muy pequeño de México, trabajaron muy duro, se sacrificaron mucho y se dedicaron a la educación de su familia y al servicio de su comunidad. Soy testigo y, en muchos sentidos, evidencia del sueño americano de mis padres. Lo he visto hecho realidad para mi familia y para mí. Es un mérito para ellos y para este país. Querían que supiéramos que, a pesar de los retos, en este país no importa quién seas o de qué color seas, hay oportunidades si estás decidido a encontrarlas. Mi padre tenía su propia manera de expresar esto. Nos decía: "Recuerden que no son mejores que nadie, pero tampoco son menos que nadie". Nos

recordaba: "El sol sale para todos. El sol brilla para todos". Mi madre decía: "Con Dios por delante todo es posible. Con la ayuda de Dios todo es posible".

Las palabras y los valores de mi padre y de mi madre son los que me llevaron finalmente al Capitolio, a la Casa Blanca y ahora al NLCR. Quería ayudar a familias que, como la mía, necesitaban una mano amiga, un apoyo o simplemente una puerta abierta. Tuve mentores y personas que me apoyaron que me abrieron muchas puertas, porque nadie llega solo hasta donde está. Una de esas puertas me llevó a un trabajo en la Casa Blanca. Necesitaba que me abrieran esas puertas, porque no tenía el tipo de contactos que tenían muchos de mis colegas. Mi primera reunión en la Casa Blanca (nunca lo olvidaré) fue en la Oficina de Asuntos Legislativos. A mi izquierda estaba un caballero llamado Goody Marsahll y, a mi derecha, a Paul Carey. Me enteré de que Goody Marsahll era hijo del juez de la Corte Supremo, Thurgood Marsahll, Jr. Paul Carey era hijo del tres veces gobernador de Nueva York, Hugh Carey. "¿Cómo es que llegué aquí?", pensé. Durante ese tiempo las puertas siguieron abriéndose para mí.

Tuve el privilegio de poder viajar en el Air Force One varias veces a través del país y del mundo. Un momento que nunca olvidaré fue cuando tuve el privilegio de poder volar en el Marine One con el presidente Clinton, jugando a las cartas con Bruce Lindsey. Estaba sentada junto a Melanne Vermeer; volamos justo sobre el horizonte de Nueva York al atardecer, a la altura de la Estatua de la Libertad. Ese es el privilegio que se me concedió porque tuve una oportunidad, y alguien me abrió la puerta. El presidente Clinton creyó en mí lo suficiente como para darme esta oportunidad de trabajar en la Casa Blanca.

Sé que esos privilegios conllevan grandes responsabilidades. Sé que para mis padres siempre fue muy difícil entender exactamente lo que hacía. Les explicaba una y otra vez: "Trabajo en el Capitolio". Pero nunca lo entendieron, ¿verdad? Ustedes saben. "¿Eso qué es?"

Okey, qué bien". "Okey", decía mi madre: "pero ya, vente". Decía: "Ya, pon todas esas cosas en una caja y ya vente". Y yo respondía: "Bueno, estoy en la Casa Blanca". Y ella decía: "Okey, está bien, pero, ¿cuándo vas a venir?". Pero cuando pude ir a casa y mostrarle una foto del presidente, el Papa Juan Pablo II y yo, ella miró esa foto y dijo: "Está bien, tienes un buen trabajo". Eso la impresionó. Pero las madres tienen una manera asombrosa de ser a la vez tu mayor fan y la que devuelve tus pies a la tierra. Recuerdo una vez, porque solía llamarla regularmente a ciertas horas... Recuerdo que el tiempo y los días se me escaparon, y eso no estuvo bien. Pensé que ella iba a entender que yo estaba haciendo trabajando para la primera dama. Le expliqué: "Mamá, no te pude hablar porque estaba con la primera dama y no podía llamarte". Y ella escuchó. Luego dijo: "Yo soy más primera que la primera dama".

Seré sincera con ustedes. Mis padres siempre tuvieron una manera de mantenerme con los pies en la tierra. De hecho, nunca olvidaré cuando mi mamá y mi madrina Sally, otra madrina, estaban hablando en la cocina. Mary y yo estábamos fuera. Mi madrina Sally dijo: "Comadre, debes de estar muy orgullosa de tus hijas. Una es jueza y la otra trabaja en la Casa Blanca". Mi madre se sentaba y decía: "¿Sabes qué? Estaría muy contenta si supieran hacer tortillas de harina". Así que, todavía estamos trabajando para alcanzar la visión completa de éxito de mi mamá.

Pero miren, tuve el privilegio de trabajar en la Casa Blanca cuando sé que no todos los demás tuvieron esa oportunidad. Me di cuenta de que podía competir, no *a pesar de*, sino *gracias a* mi historia y a lo que aportaba. Eso se me grabó cuando tuve mi momento de mayor orgullo en la Casa Blanca. Fue cuando pude llevar a mis padres a ver al presidente en la Oficina Oval. Sé que algunos de ustedes han oído esta historia, pero quiero compartirla con ustedes de nuevo porque para mí fue un momento decisivo. Ahí estaban mis padres, su travesía les había traído a

venir a visitarme en Washington D.C. y a ver al presidente. Recuerdo que mi madre estaba muy mortificada por sus zapatos porque había tenido que caminar mucho por la ciudad ese día, y dijo que no llevaba sus zapatos buenos. Estaban muy nerviosos. Pero nunca olvidaré que, cuando entró por las puertas de la Oficina Oval, se le salieron las lágrimas. Dijo: "¿Cómo llegamos hasta aquí?". Y el presidente les dio la bienvenida. Mi padre extendió el brazo y dijo: "Señor presidente, gracias por darle a mi hija esta oportunidad". El presidente Clinton puso su mano en el hombro de mi padre y dijo: "¿Sabe qué, señor Murguía? Yo contraté a Janet. Ella los trajo a esta oficina, pero ustedes son los que la pusieron aquí".

Esa es la historia de nuestra comunidad. Esa es la historia de nuestras contribuciones, y todos y cada uno de ustedes conocen y entienden esa historia. Estoy orgullosa de estar ahora al frente del Consejo Nacional de La Raza para trabajar en colaboración con tantos otros triunfadores, y con todos y cada uno de ustedes, porque, ¿saben qué?, nuestro viaje continúa.

Hay mucho más trabajo por hacer. Sé que podemos contar con que todos nosotros trabajemos juntos para lograr que el proyecto de ley de reforma migratoria se lleve a cabo y ponerlo en la línea de meta; para que Tom Pérez esté en el gabinete como secretario del Departamento de Trabajo y así continuar haciendo tantas otras cosas.

Soledad O'Brien

Periodista, productora y presentadora de televisión. Cadena CNN.

22 de septiembre de 2009.

La periodista, productora y empresaria María de la Soledad Teresa Marquetti O'Brien sabía que, con un nombre así, estaría lidiando con asuntos de identidad durante toda su vida. Hija de un padre australiano blanco y de una madre cubana negra, O'Brien desarrolló muy pronto la capacidad de defenderse por sí misma. Las sabias palabras de su madre le han servido de faro para tomar algunas de las decisiones profesionales más difíciles: "Mi madre solía decirnos: 'La gente no te define. Dios te define'". O'Brien aprendió muy pronto que cuando te ponen obstáculos en el camino, hay que moverse alrededor de ellos, caminar alrededor de ellos, trepar por encima y sortearlos. Por eso, desde que consiguió su primer trabajo como periodista, se negó a cambiar su nombre cuando se lo pidió su cadena de televisión. Tras una larga carrera como periodista televisiva para las principales cadenas, recientemente fundó Starfish Media Group, una empresa de producción y distribución de contenidos multiplataforma para contar sus propias historias.

Cuando vienes al mundo con el nombre de María de la Soledad Teresa Marquetti O'Brien, vas a tener que lidiar con problemas de identidad toda tu vida. Mi padre es australiano y es blanco. Mi madre es cubana y es negra. Por supuesto, quién eres y de dónde vienes importa mucho cuando eres uno de seis hijos e hijas criados en un suburbio de los Estados Unidos, donde parece que nadie atina a pronunciar tu nombre, y tú no te pareces físicamente a nadie. Pero gracias a mis padres, sé quién soy y qué soy. Soy una latina multiétnica y estadounidense de primera generación, muy consciente de lo matizadas que deben ser las conversaciones sobre la identidad.

Mis padres se conocieron en 1958 en Baltimore, Maryland. Mi madre nos contaba la historia de cómo iba caminando a misa todos los días. Ella estudiaba en la Universidad Johns Hopkins, y mi padre estaba haciendo su doctorado. Ella iba caminando a la misa diaria y mi padre conducía porque tenía un coche. Cuando pasaba, y como se reconocían de misa, él bajaba la ventanilla y preguntaba: "¿Quieres que te lleve?". Mi madre decía: "No, gracias", (porque no aceptas que te lleve un hombre al que no conoces bien). Yo decía: "Dios, ¿incluso de camino a la misa diaria?" Quiero decir, si hay un sujeto confiable, es el que va diario a misa. Pero estoy divagando. Así que, día tras día, mi padre pasaba por allí, "¿Quieres que te lleve?" "No, gracias. No, gracias".

Hasta que un día, ella dijo que sí, y decidieron tener una cita esa noche. En todos los lugares a los que fueron, en Baltimore en 1958, mi padre blanco y mi madre negra, ninguno los sentaría juntos. En todos los sitios le decían a mi padre: "Tú puedes entrar, pero ella no, y por supuesto que no pueden entrar juntos". Mi madre nos contó la historia de cómo llevó a mi padre a su apartamento, después de que los rechazaran en un restaurante tras otro (ella es una asombrosa cocinera de comida cubana fantástica), y le preparó la cena. El punto de su historia

era: "Verán; si saben cocinar, niñas, pueden conseguir un hombre". No bromeo, de verdad. De la historia sacamos mucho más que eso. Quisiera decirles que yo no hago eso, pero sí hago que eso suceda. Ese es el tipo de cocinera que soy.

A finales de 1958, mis padres decidieron casarse en Baltimore, Maryland. En el estado de Maryland, el matrimonio interracial era ilegal; así que se subieron a sus autos, condujeron hasta Washington, D.C. y se casaron. Luego, volvieron a Maryland y vivieron como una pareja casada. Sus amigos les decían: "Hagan lo que hagan, no tengan hijos porque los niños de varias razas nunca encajarán en este mundo". Yo soy la número cinco de seis hijos e hijas. Mi madre era terrible escuchando eso, o es lo que nos decía. También solía decirnos: "Cuando te pongan obstáculos en el camino, muévete alrededor de ellos, camina alrededor de ellos, trepa por encima de ellos y sortéalos". Mi madre nos decía: "La gente no te define. No les corresponde a ellos definirte. Dios te define". Luego se ponía a dar una larga razón de por qué no voy lo suficiente a la iglesia... "pero la gente no te define". Por eso, es tan importante que estemos aquí porque podemos ser los modelos a seguir para aquellos que quizá no tuvieron una madre y un padre como los míos. Nos empujó a cada paso del camino para ser lo que queríamos definir.

Cuando yo crecía, estaba Gloria Rojas. Gloria Rojas era reportera en, creo, el canal NBC. Somos una verdadera familia de NBC. Veíamos a Gloria Rojas. Ella hacía la entrega más anglo de las noticias: "En el Ayuntamiento hoy, bla, bla, bla, bla, ... y hoy más tarde, esperamos escuchar al gobernador, bla, bla, bla", hasta que llegaba a su cierre. Entonces decía: "Informando en vivo y en directo, yo soy Gloria Rojas". Recuerdo que pensaba: "Vaya. Si Gloria Rojas puede estar en la televisión, María de la Soledad Teresa Marquetti O'Brien también podría estarlo". Una vez me estaban entrevistando en Wisconsin, era una joven multiétnica, blanca y japonesa. Justo antes de la pausa publicitaria, antes de que hiciéramos la entrevista, me dijo: "Sabes, en mi

emisora me llaman Soledad O'Brien joven", (ella tendría unos veinte años). Le dije: "Chica, yo soy la Soledad O'Brien joven". Recuérdeme nunca contratarla para la CNN. Pero cuando me siento generosa, cuando me siento benevolente, creo que lo que estaba diciendo era que la gente como nosotros no encaja necesariamente en la caja. Nuestro tiempo ha llegado. No les corresponde a ellos definirnos. Nos toca a nosotros definirnos.

Mi hermana, Estela, iba un par de años por delante de mí en la universidad de Harvard. Estudiaba física. Siempre me contaba cómo sus profesores y los administradores le decían: "Las minorías no tienen éxito en física, y las mujeres no tienen éxito. Deberías dejar esta carrera. No lo vas a lograr". Una vez estaba escribiendo un artículo para la revista Time sobre ello, así que la llamé y le dije: "Así que te presionan sutilmente todo el tiempo". Ella dijo: "No, no. No era sutil. Las personas me llamaban y me decían que las minorías no tienen éxito y que las mujeres no tienen éxito. Deberías dejar tu carrera". Se graduó de Harvard en Física, hizo un obtuvo su grado máster en Astrofísica y luego obtuvo su grado de doctorado. Ahora es cirujana ocular en Harlem. Supongo que las minorías a veces tienen éxito en Física. Pero se le dijo a cada paso del camino, "No puedes hacerlo. No lo harás". Le pregunté: "¿Por qué crees que lo hiciste, si todo el mundo a tu alrededor decía que no podías?" Dijo: "Porque mamá dejó claro que no le corresponde a los demás definirnos".

Mi madre había venido a este país en busca de una oportunidad, y no había ningún ser humano que fuera a detenerla. Recuerdo cuando empecé a buscar trabajos de reportera en 1993. Tuve una entrevista en Springfield, Massachusetts. Hicimos todo el recorrido dentro de la emisora. A veces, te muestran el cuarto trasero donde está el equipo; eso significa que estás dentro, que vas a conseguir el trabajo. No te enseñan el cuarto trasero si no vas a conseguir el trabajo. El director de noticias se sentó y dijo: "Tengo que decírtelo, solo tenemos una vacante, y

es para un reportero negro, y tú no eres lo suficientemente oscura. No parecerás negra en la televisión". Recuerdo que pensé literalmente: "Vaya, ¿debería ofenderme más?". Olvídate de los latinos. No había ningún trabajo para latinos. En lo que respecta a la vacante de trabajo para negros: ¿solamente había uno o yo no iba a conseguir el único trabajo que existía?

En Hartford, un par de días después, tuve una entrevista con el director de noticias. Todo iba muy bien hasta que me dijo: "Soledad es un nombre verdaderamente difícil de pronunciar". Le dije: "¿De verdad? Crecí en un barrio totalmente blanco de Long Island y nadie tenía problemas allí". Me dijo: "Sí. ¿Pensarías en cambiarte el nombre?". Le dije: "Bueno, traducido libremente, me llamo como la Virgen María, y como no quiero que me mate un rayo hoy de camino a casa por haberme cambiado el nombre, no". Pero cada vez, yo llamaba a mi madre y le decía: "No sé dónde encajo. No puedo encajar en esta caja con su forma predeterminada de lo que se supone que la gente debería ser". Y ella me decía: "Espera que llegue el momento de Soledad O'Brien. No le corresponde a la gente definirte. Tú te defines a ti misma. Habrá un lugar que te quiera a ti, y tú podrás hacer el trabajo que quieras hacer". Tenía razón. Pasé mi carrera en las noticias locales, y luego me fui a la cadena. Últimamente he estado trabajando en documentales. He tenido la oportunidad de hacer reportajes sobre personas a las que no se les da suficiente cobertura y sobre gente a la que se da una cobertura unidimensional, demonizada a veces, pintada con una brocha muy ancha, o como quieras llamarlo. Ha sido un verdadero placer. Ha sido un verdadero privilegio contar historias sobre personas de las que tenemos tanto que aprender, que tienen historias increíbles, que tienen un millón de historias, para quienes cuatro horas van a ser una gota de agua dentro de un mar de cincuenta millones de personas que tienen historias realmente interesantes. ¿Y saben qué? No son las únicas diez historias que todo el

mundo cubre. Son los otros cuarenta y nueve millones de historias que nadie hace. Qué gran oportunidad. Necesito diez horas por lo menos.

Tengo cuatro hijos e hijas pequeños. Es en parte por ellos por lo que estoy tan feliz de poder dedicar mi tiempo a hacer historias sobre la comunidad, nuestra comunidad. También me ha dado la oportunidad de explorar la identidad (nuestra identidad como comunidad, mi identidad personal) y lo mucho que importa esa identidad de una manera matizada y significativa. Nuestro documental, *Latino in America* (Latino en los Estados Unidos), y el libro que lo acompaña, es mi oportunidad de contar la historia de cómo personas de diferentes razas y diferentes orígenes y de veintiún países diferentes, pueden agruparse en esta cosa llamada Latino. ¿Cómo funciona eso? ¿Qué tenemos en común? ¿Qué significa ser latino hoy en día? En el proceso descubrí muchas cosas sobre mi madre y sobre mí misma. Mi madre, que me dijo: "Nunca me entrevistarás para tu libro", finalmente se sentó. Sí, la entrevista más dura y hostil de la historia: finalmente se sentó y me habló de su viaje de Cuba a los Estados Unidos.

"Latino", por supuesto, no es simplemente esta agrupación de personas que hablan español. No es lo mismo que ser hispano con algunas pistas de los orígenes. No se trata de ser latino de América Latina. Es una experiencia. Es lo que ocurre una vez que llegamos aquí. Y, como ustedes han dicho, hemos llegado. Hemos llegado. La familia García son una de las piezas que haremos en nuestro documental en nuestra primera noche. El nombre García es el número ocho, de los diez nombres americanos más populares en los Estados Unidos. Eso lo dice todo.

En 2007, el número de latinos nacidos en los Estados Unidos superó al de los que inmigraron al país. Este auge de los latinos es un fenómeno estadounidense. El 25 % de los niños y niñas de este país son latinos. Y estamos viviendo en todas partes, no sólo en la Calle Ocho de Miami o en la zona este de Los Ángeles, sino en Shenandoah, Pensilvania, San Luis, Misuri y

Orlando, Florida. Decir que los latinos son el futuro de este país (se oye mucho eso) no es suficiente. Somos el presente de este país. Estamos aquí.

En Orlando, Florida, entrevisté a un tipo llamado Carlos Robles, nacido en los Estados Unidos. Es estadounidense desde su concepción. Estaba tomando clases de reducción de acento porque está batallando para conseguir trabajo. No consigue trabajo porque nadie entiende su inglés. Se crio en Puerto Rico e intenta salir adelante en Florida. Con su historia exploramos la complejidad de la relación de nuestro país con los latinos. Es un ciudadano estadounidense que intenta deshacerse del acento que adquirió en suelo estadounidense. Al mismo tiempo, nuestro país tiene espacio para una mujer maravillosa, Marlene Ferro, una latina que vive en un suburbio de Miami. Vivir en Miami significa que va a organizarle a su hija una quinceañera muy cara. Va a encontrar treinta chicos para poner en su patio trasero, todos ellos estadounidenses de segunda o tercera generación que saben hablar español con fluidez y que llevan toda la vida bailando salsa. Si les preguntas a estos jóvenes: "¿Eres cubano o eres americano?", te miran confundidos. Responden: "Soy las dos cosas, ¿qué quieres decir con esa pregunta? Soy las dos cosas". En Miami, eso está bien. No está tan claro si eso está bien en lugares como Carolina del Norte, donde entrevisté a Bill y Betty García. Ellos se esfuerzan por enseñar a sus hijos que hay significado en el hecho de que su padre sea niuyorriqueño y su madre sea dominicana. ¿Qué significa eso? Bueno, sus chicos se resisten. Como cualquier muchacho de quince años, no quieren que los arrastren a la función de ballet. No quieren estudiar su historia. Como son niños de piel morena en Carolina del Norte, creen que son negros. Sus padres les dicen: "Hablemos de tu identidad. ¿Quién eres tú?". Es una lucha que tienen muchas familias que buscan su identidad. No hablan español. No pueden comunicarse con sus primos cuando vuelven a Nueva York. Los padres luchan y los hijos también.

Entrevisté a uno de los hijos y le dije: "A tu madre le ofende que no aceptes su cultura. Ella trata de cocinar para ti. Ella trata de bailar contigo. Tú la rechazas". Él respondió: "Lo entiendes al revés. Me avergüenza no poder hacerlo. No es que me avergüence de ella. Me avergüenzo de mí". Eso cambió todo. Luego, por supuesto, hay una historia que conocemos, la de Luis Ramírez, que vivía en Shenandoah, Pensilvania, cuando fue reducido a ese estereotipo de inmigrante ilegal que cruza la frontera. Fue golpeado hasta la muerte por un grupo de adolescentes que fueron condenados al final por agresión simple. No por asesinato. No por homicidio. Fueron condenados por agresión simple. Su historia es claramente la historia de lo vulnerable que es tanta gente.

Ustedes vieron a Eva Longoria. Ella es estadounidense de novena generación. Su gente estaba aquí antes que el Mayflower. Los sacaron a golpes. Y, sin embargo, en el mismo momento en que ella existe, Luis Ramírez también existe. Ella, claro, es la estrella de *Esposas Desesperadas*. Cuando le pregunté qué significaba ser latina, se quedó literalmente perpleja de la misma manera. Dijo: "Soy estadounidense. Soy una estadounidense con un corazón mexicano". Ella celebra su herencia y no se deja reducir a un estereotipo sobre su herencia. Eso es, creo, lo que todos queremos, lo que cualquiera quiere. Esta identidad latina es algo muy complejo y desafiante. Se trata tanto de cómo nos vemos a nosotros mismos como de cómo nos ven los demás. Se trata tanto de las oportunidades que aceptamos como de las que rechazamos. La complejidad es más evidente en los lugares donde hay grandes concentraciones de latinos.

He estado en Miami muchas veces. Este año he engordado 10 libras en Miami. La comida en los aeropuertos de Miami. Quiero decir, es ridículo. No puedes dejar de maravillarte con el Miami que los latinos han construido. Es increíble. Es asombroso cuando piensas en este pueblito adormilado, regido por el sistema de las leyes Jim Crow, y lo comparas con lo que se ha

convertido hoy. Es increíble. El bilingüismo y el espíritu empresarial han convertido a Miami en este centro de "bajillones" de dólares de comercio con América Latina.

Entrevistamos al senador Mel Martínez en nuestro documental. Él llegó a Miami, como todos saben, como niño refugiado de Cuba. Llegó al Centro Boys Town, le dieron una visa y un lugar para vivir. Recibió una excelente educación, apoyo y amor en cada paso del camino. Él será el primero en decirles que eso le permitió ascender a y llegar a ocupar uno de los puestos más poderosos que se pueden tener hoy en esta nación. Al mismo tiempo que lo entrevistaba a él, estaba entrevistando a una joven, a la que llamaré Martha ya que no podemos decir su nombre, que también había llegado a Miami. Había sido capturada por la Patrulla Fronteriza, y estaba viviendo en un centro de detención (que es para lo que se utiliza ahora Boys Town: albergar a menores no acompañados que llegan a través de la frontera); sigue siendo Boys Town, pero unos años después. Martha estaba esperando la adjudicación de los cargos de inmigración y había sido puesta en libertad recientemente y canalizada al sistema de cuidado tutelar y acogida. ¿Qué pasó con ella y qué pudo haber pasado si no consiguiera ayuda y una visa? ¿Se convertiría en una Senadora Martínez en el futuro? No lo sabemos.

Mis viajes también me han llevado varias veces a Los Ángeles, donde también se come muy bien. Como saben, Los Ángeles experimentó el mayor crecimiento numérico de latinos el año pasado. Los Ángeles, por supuesto, es un lugar donde creo que, como latinos, sientes que ya llegaste. Todo el mundo habla español. Los latinos están absolutamente en todas las posiciones de poder. Y no hay tantas preguntas, creo, sobre qué estás haciendo aquí. Ciertamente, si se compara con un lugar como Charlotte, Carolina del Norte, nosotros dominamos la escena política y cultural. Y es allí donde me encuentro con una joven llamada Cindy García. Ella asiste a la Secundaria Fremont en la zona este de Los Ángeles. El sistema escolar de Los Ángeles no

construyó escuelas durante treinta y nueve años, mientras que, al mismo tiempo, la población se disparaba. De los 680 000 alumnos de las escuelas de Los Ángeles, 200 000 asisten a clase en aulas portátiles. Después de un cierto número de décadas, sinceramente, ya no deberían llamarse aulas portátiles. Son sólo aulas. Es un espejo de lo que enfrentan los latinos en todo el país. Los latinos son los estudiantes más necesitados del país. Son los más pobres, los que tienen más probabilidades de asistir a las aulas más sobrepobladas. Un estudio realizado por el National Council of La Raza (Consejo Nacional de La Raza. NCLR, por sus siglas en inglés) determinó que los latinos no se están beneficiando de los programas Head Start y de los centros preescolares para infantes provenientes de bajos ingresos. Esta joven a la que seguimos, Cindy García, quiere desesperadamente graduarse de la secundaria. Es consciente de que, si no se gradúa y pasa al siguiente nivel, no se beneficiará de la economía estadounidense. La mitad de los niños en edad escolar del país en 2050 serán latinos. Cindy García es la metáfora de un montón de latinos.

Si Cindy y todos estos otros estudiantes no reciben educación, las consecuencias serán trágicas no sólo para ellos, sino para el resto de nosotros como nación. Perdemos; no sólo ellos. Todos perdemos. Los problemas a los que se enfrenta Cindy son en gran medida problemas latinos y, al mismo tiempo, son problemas creados aquí, en nuestros queridos Estados Unidos. Hablan mucho de por qué la identidad es importante. Cindy se dedica mucho a su familia. Falta a la escuela para ayudar a su madre a cuidar de sus hermanos y hermanas. Falta a la escuela para traducir a su madre los requerimientos de los trabajadores sociales, de los funcionarios, de cualquiera con quien su madre tenga que tratar. Cindy necesita la escuela, pero no va.

Literalmente, no tiene suficientes horas al día para estudiar, y a su escuela la llaman la fábrica del abandono escolar. El 71 % de los alumnos de la escuela de Cindy García abandonan

los estudios. Quiero decir, piensen en esa cifra asombrosa. El 71 % de estos estudiantes abandona los estudios. Ser latina para Cindy García es una bendición y una maldición. Trabaja tan duro que verla trabajar te deja sin aliento. En cualquier otra circunstancia, esta chica sería una estrella. Pero necesita apoyo. Tiene muchas ganas de triunfar y hay muchos obstáculos en su camino.

Su historia es probablemente la que más se me queda grabada. Se las cuento hoy porque realmente no hay certeza de que Cindy se gradúe. Cada semana que pasa, pensamos, ¿Lo logrará Cindy? Oh, ella lo va a lograr. No, no lo hará. Oh, lo va a lograr. Oh, ella no va a hacerlo. No hay certeza. Y si no se gradúa, tenemos que entender que es nuestra pérdida como comunidad. Nosotros definimos quiénes somos. Nosotros podemos cambiar una comunidad y cambiarla para mejor, enriquecer la sociedad, abrazar la educación y construir una conciencia compasiva de nuestra comunidad.

Quiero que Cindy García tenga lo que yo tuve, que fue lo que mis padres me dieron cuando vinieron, exactamente aquello por lo que vinieron a este país: un lugar donde conseguir buenas oportunidades, educación, apoyo, autoestima, una creencia fundamental de que lo que sea que quieras hacer, puedes hacerlo. Cuando mi madre me decía eso, yo no ponía los ojos en blanco. Le creía de verdad. Decía: "Sí, puedo hacerlo". Tenemos que reconocer que la historia de Cindy nos pertenece a todos y que tenemos que comprometernos a que todas las Cindy García de esta nación tengan éxito. A medida que nuestra demografía cambia, hay muchas Cindy García potenciales. Los problemas de Cindy García tienen que ser nuestros problemas, y tenemos que buscar afrontarlos como nuestros. Tenemos que hacer que nuestros éxitos sean también sus éxitos. Eso es ser latino en Estados Unidos: tener éxito, cumplir el sueño y la promesa por la que

vinimos aquí, y luego ver a nuestro alrededor y tomar a todos los demás y hacer que suceda para ellos para ellos también.

Federico Peña

Alcalde de la ciudad de Denver, Colorado.

26 de agosto de 2008

Federico Peña es asesor principal en la oficina de la Vestar Capital Partners en Denver, Colorado, empresa de capital privado a la que se incorporó en 1998. Anteriormente fue secretario de energía y secretario de transporte de los Estados Unidos, en la administración Clinton. Antes de formar parte del gabinete, Peña venció a William H. McNichols Jr., que llevaba catorce años en el cargo, para convertirse en el primer alcalde hispano de Denver de 1983 a 1991. Nacido en Laredo, Texas, Peña obtuvo el grado de licenciatura por la Universidad de Texas en Austin en 1968, y en 1972 se licenció en Derecho por la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Actualmente forma parte de consejos de administración en varias empresas y es un administrador de la Universidad de Denver.

Las raíces de Peña se remontan 240 años atrás. El fundador de Laredo, Texas, el coronel Tomás Sánchez, era su hexabuelo. Peña atribuye el énfasis de sus padres en la educación y el orgullo de su herencia como las razones por las que ha tenido éxito. Cree que lo que ha podido lograr en su vida proviene de "esa autoestima, esa confianza, ese sentimiento de que estás parado sobre una roca porque has estado aquí durante mucho, mucho tiempo".

Creo que mi historia es muy similar a la de todos los presentes en esta sala. Nosotros, a nuestra manera, nos hemos enfrentado a obstáculos, vengamos de donde vengamos y hagamos lo que hagamos. De alguna manera, hemos perseverado y superado esos obstáculos. A veces nos han derribado, pero siempre nos hemos levantado. Por eso muchos de ustedes están hoy aquí. Hay millones de latinos y latinas en todo nuestro país que han hecho lo que ustedes han hecho y lo que yo he hecho, en el sentido de que han ido mucho más allá de lo que sus padres habían logrado y de lo que alguna vez pensaron que se podía lograr. Gracias a ello, nuestra nación es grande.

Nuestra nación será más grande en el futuro porque, como sabemos, esta nación siempre ha sido una nación de inmigrantes. Con la nueva oleada de inmigrantes cuyos hijos e hijas ganan medallas de oro en las Olimpiadas, cuyos hijos e hijas son los mejores de sus generaciones de secundaria, pero cuyas familias son amenazadas con la deportación, somos, sin embargo, un solo país. Somos los Estados Unidos. El jueves, volveré a estar con los inmigrantes que van a marchar en la zona norte de la ciudad, como hice hace tres años, cuando ochenta mil de ellos vinieron aquí a Denver y marcharon hasta el capitolio del estado. Yo nací en el sur de Texas. Mi madre y mi padre tuvieron seis hijos e hijas. Yo era el tercero de estos hijos. Mi hermano, Oscar, era dos años mayor que yo. Nuestro hermano mayor, Gustavo, era dos años mayor que él. Mi madre tuvo trillizos en 1948, quince meses después de que yo naciera. Según cuenta la historia, nadie tenía ni idea, sobre todo el médico. Por favor, no me citen, ya que podría recibir algunas cartas de los médicos de la ciudad de Brownsville, Texas. Según cuenta la historia, mi padre estaba en la sala de espera y el médico salió y dijo: "Sr. Peña, felicidades". Luego volvió cinco minutos después y dijo: "Sr. Peña, felicidades de nuevo". Y ya saben la última frase, verdad, "Sr. Peña, felicidades

de nuevo". Así que mi padre y mi madre tuvieron seis hijos e hijas en el transcurso de siete años y medio.

Lo que quiero decir es que, como tantas madres y padres, su principal compromiso fue con nosotros, sus hijos. Lo sacrificaron todo por nosotros. Desde el primer día, siempre se entendió y se esperó que sobresaliéramos en la escuela y que todos fuéramos a la universidad, cosa que todos hemos hecho.

Por desgracia, tres de nosotros nos convertimos en abogados. Fue por nuestros padres quienes entendieron sus raíces, que se remontan a 240 años atrás en Laredo; el fundador de Laredo, Texas, el coronel Tomás Sánchez, era mi hexabuelo. En el linaje de mi madre, él tenía antepasados que lucharon durante la Guerra Civil, uno de los cuales, Santos Benavides, solía ir a caballo desde Laredo hasta Austin, Texas, como miembro de la primera legislatura territorial. Como Santos sólo podía hablar español, necesitaba un traductor, lo que ofendió a algunas personas de la legislatura de entonces. En cierto modo, algunas cosas no han cambiado.

Esa es la historia de cómo me criaron. Me criaron con la idea de que siempre debía estar orgulloso de mi herencia, mi familia y mis raíces. Todo lo que he podido lograr en mi vida, ha sido gracias a esa autoestima, esa confianza, ese sentimiento de que estás parado sobre una roca porque has estado aquí durante mucho, mucho tiempo. Muchos de ustedes han estado aquí por mucho tiempo, particularmente aquellos de Nuevo México que han ayudado a guiarme en mi vida.

Después de graduarme de la escuela secundaria, me mudé a Austin, Texas, la cual sentía como un país extranjero situado a trescientos millas de Brownsville, Texas, y entré en la Universidad de Texas. Tenía 35 000 estudiantes, una población estudiantil mayor que la de mi

ciudad natal. Cuando puse un pie en ese campus, me di cuenta de que menos del 1 % de todo el cuerpo estudiantil era de minorías, incluyendo afroamericanos, latinos, nativos americanos y asiáticos americanos. Menos del uno por ciento del campus era de minorías. Recuerdo haber caminado por el campus de un extremo a otro y no haber podido saludar a nadie porque no conocía a nadie. Pero iba a estar ahí cuatro años y, de alguna manera, perseveré.

Cuando solicité el ingreso en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas, hice el examen de admisión estándar de la facultad de Derecho. Para los que son abogados, hacemos el LSAT (Examen de Admisión a la Facultad de Derecho, por sus siglas en inglés). Soy una persona terrible para hacer exámenes y lo hice mal, muy mal. No les voy a decir qué tan mal. No quiero desanimar a ninguno de los jóvenes aquí presentes. Pero quería ir a la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas, así que presenté mi solicitud. Recuerdo que el decano adjunto -Dios bendiga su corazón, ya no está con nosotros- me dijo: "Federico, no puedes ser admitido. Tu puntuación es demasiado baja. Basándonos en el análisis estadístico, predecimos que no puedes tener éxito en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Si por fortuna, con algo de suerte eres capaz de graduarte, no aprobarás el examen de abogacía. Por lo tanto, estás ocupando una plaza en la escuela que debería ir a otra persona, que, basándonos en sus resultados de los exámenes, sabemos que tendrá éxito absoluto y llegará a ser un gran y brillante abogado". No acepté el "No". No era la primera vez que no aceptaba un "no". Seguí importunándolo. Cada dos o tres semanas volvía a verle: "Vamos, Decano. Tiene que dejarme entrar. Nunca ha habido un abogado en toda mi familia, y quiero ser el primero". Me dijo: "No. Tu puntuación es demasiado baja". Seguí insistiendo en mi caso y, finalmente, unas semanas antes de que empezaran las clases, cuando creo que quedaban cinco plazas para otras personas,

me dijo: "Bueno, has sido tan persistente y parece que quieres ser abogado... Por fin te dejaremos entrar en la facultad de derecho".

Viajemos en el tiempo. Ironía de ironías, años después me invitaron a regresar para dar el discurso de graduación en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Me nombraron miembro honorario de la Orden de la Cofia, y ahora soy un exalumno distinguido de todo el sistema de la Universidad de Texas. Tengo la sensación de que muchos de ustedes en esta sala pueden identificarse con esa historia.

Me mudé a Denver, Colorado, después de graduarme de la escuela de derecho. Ya había aprobado el examen de abogacía en Texas, al igual que hice después en Denver. Mi hermano, Alfredo, iba a estudiar derecho en Denver. Creo que no conocía a nadie más. Había planeado mudarme a California para continuar mi trabajo de derechos civiles afiliado a la organización California Rural Legal Aid (Asistencia Legal para Trabajadores Rurales de California. CRLA, por sus siglas en inglés). Habría sido interesante que eso sucediera, pero me quedé en Denver y trabajé para el Fondo Mexicoamericano de Defensa Legal y Educación (MALDEF, por sus siglas en inglés).

Tomé la decisión de no convertirme en un abogado corporativo, sino en un abogado de derechos civiles porque creía que era lo correcto. Lo llevaba en el corazón. Participé en el primer caso contra la segregación escolar que involucraba a latinos, afroamericanos y blancos, en los Estados Unidos: *Keyes contra el Sistema de Escuelas Públicas de Denver*. Ese caso llegó hasta la Corte Suprema y volvió, regresó a la Corte Suprema, y volvió. Mi responsabilidad era representar a los estudiantes y profesores latinos que no estaban representados originalmente en ese caso, y pudimos hacerlo.

Fue una época interesante porque fue cuando alguien llamado Corky Gonzales estaba en esta ciudad, y marchaba por todas partes. Creó mucho entusiasmo en esta ciudad y muchos desafíos. Cuando eres un abogado de derechos civiles que hace el tipo de trabajo que yo hacía en esa época tumultuosa, mi trabajo era bastante desafiante. Pero de alguna manera, perseveré. Y agradecemos a Corky sus contribuciones.

Cuando decidí presentarme a la legislatura estatal, alguien me dijo que no podía hacerlo porque no era de Denver. Cuando me mudé a mi distrito, había un caballero que había sido un activista de la comunidad durante veinticinco años y se había postulado también. Yo fui el inesperado ganador. Estuve cinco meses y medio recorriendo las calles de puerta en puerta y fui elegido para mi primer mandato. Al final de mi segundo año en la legislatura, me eligieron líder de la minoría, algo muy inusual para un legislador novato de treinta y dos años. La elección fue tan tumultuosa que la persona a la que vencí para ese puesto, que fue un gran demócrata durante muchos años, dejó el partido y se hizo republicano. Pero hicimos lo que pudimos en la legislatura estatal como partido minoritario.

Dejé la legislatura y unos amigos vinieron a decirme: "¿Por qué no te postulas a alcalde de Denver?". Mi respuesta: "¿Por qué debería hacerlo? Hay un titular que lleva catorce años en el puesto. Tiene mucho dinero en su baúl. Tiene un 99 % de reconocimiento de su nombre. Yo tengo un 1 % de reconocimiento de mi nombre. Mi nombre es Federico. Mi apellido es Peña, ¿por qué...?". La gente me animó a postularme y me postulé. Había muchos detractores. La gente decía: "Denver no está preparado para un alcalde hispano. Eres de Texas. Eres demasiado bajito. No eres muy conocido y no tienes dinero". Pero en esa época yo sentí en esa ciudad, lo que siento hoy en este país: una corriente de descontento, la sensación de miles de personas en esta ciudad que querían contribuir, que querían participar y sentían que no se les daba una

oportunidad. Yo era uno de ellos. Dije que íbamos a agrupar una coalición de afroamericanos, latinos, asiáticos, ecologistas, trabajadores y vecinos, y homosexuales que nunca habían participado en unas elecciones a la alcaldía en esta ciudad. Reunimos a todo el mundo. Mi tema era "Imagina una gran ciudad".

La noche antes de las elecciones primarias, recibí una llamada de un periodista, al que no voy a identificar. Me dijo: "Estoy obligado a llamarte porque estoy llamando a todos los candidatos que se presentan a la alcaldía. ¿Cómo crees que te irá mañana en las primarias?". Había siete personas que se habían postulado a la alcaldía. Dije: "Sabes, tengo un extraño presentimiento. Creo que vamos a quedar primeros". No hubo risas, pero sí un silencio en el teléfono durante unos diez segundos. Él dijo: "Pero te tenemos en quinto lugar". Así que, al día siguiente, mientras nevaba en pleno mes de mayo en Denver, tuvimos una participación de votantes récord en la historia de Denver para cualquier carrera a la alcaldía. Quedé en primer lugar.

Al día siguiente, después de las elecciones, ese reportero volvió a mi oficina de campaña. Sacó su pequeño cuaderno de notas. Para aquellos que son reporteros, ya conocen esos pequeños cuadernos que tienen. Lo cerró y lo puso en la bolsa trasera de sus pantalones. Se cruzó de brazos y dijo: "Y bien, dime qué ha pasado con mi ciudad". Tuve que explicarle lo que le había pasado a nuestra ciudad. Y así, como se dice, el resto es historia.

Pasamos por una época difícil para reconstruir esta ciudad. Pero, sobre todo, quiero hacerme eco de los comentarios que otros han dicho. Cuando decidí presentarme finalmente a la alcaldía de Denver, también me fijé en otra persona. Su nombre es Henry Cisneros, y fue alcalde de San Antonio, Texas, antes de que yo fuera alcalde de Denver. Vino aquí un día para hablar a una multitud y, por supuesto, Henry es un orador extraordinario y dotado. Le escuché y pensé:

Quizá haya alguna manera de que pueda postularme. Todos nosotros, a nuestra manera, nos hemos inspirado en otros.

Cuando fui a Washington, hubo gente que dijo que alguien con un apellido como Peña no serían nombradas para el Departamento de Transporte, porque es una especie de nombramiento no tradicional, o como sea que la gente se refiera a ello. Pero nos sentimos muy orgullosos del trabajo que realizamos allí. Me sentí muy orgulloso de haber servido a dos departamentos (el Departamento de Transporte y más tarde el Departamento de Energía) y volví a casa e inicié una empresa. Ahora soy un empresario.

Cuando hablo con los jóvenes y me preguntan: "¿En qué debo pensar? Quiero ser astronauta. Quiero ser médico. Pero no estoy seguro de poder hacerlo". Yo les digo tres cosas:

Número uno, cree en ti. Cree en ti mismo, en lo que hay en tu corazón. Si realmente crees que puedes convertirte en astronauta y si lo deseas lo suficiente, hazlo. No le digo: "Es demasiado difícil. Eres demasiado bajito. Eres de otro planeta". Hazlo.

Lo segundo que les digo es que crean en su origen. Tienes una historia orgullosa, una tradición orgullosa. Es profunda. Es rica. Te dará fuerza. Recuérdala y síguela.

Y la tercera cosa que les digo a los jóvenes es que no olviden buscar la guía del de arriba, porque en su viaje habrá algunas subidas y algunas bajadas. Habrá algunos altos y algunos bajos. Y siempre necesitas tener en ti esa fuerza guiándote para mantenerte enfocado hacia adelante.

Hemos recorrido un largo camino. Cada uno de ustedes, a su manera, ha pasado por sus luchas y ha logrado mucho para estar aquí hoy. Todos estamos agradecidos por la orientación que recibimos de nuestras familias, o de nuestros parientes, o de alguien que nos inspiró, que nos animó y que confió en nosotros. Nuestra responsabilidad con el extraordinario poder político que

tenemos ahora en este país (gente como Antonio Villaraigosa y otros que se dan cuenta de esto cuando viven en una ciudad como Los Ángeles) está empezando. Está surgiendo.

Ya sabemos que el censo ha adelantado el momento, antes de 2050, en el que la mitad de nuestro país es minoría y nosotros seremos casi el 35 % de la población de los Estados Unidos. Con ese potencial, con esa oportunidad viene la responsabilidad. Todos nosotros tenemos la responsabilidad de asegurarnos de que, a medida que nuestras comunidades crecen, a medida que contribuimos a nuestro país, encontremos la manera de hacer lo que podamos para eliminar la extraordinaria tasa de abandono escolar en nuestros sistemas escolares. No podemos avanzar con el 50 % de nuestros niños y niñas abandonando la escuela. No hará ninguna diferencia que seamos la población más numerosa, si estamos abandonando la escuela. No hará ninguna diferencia que seamos la mayor población, si nuestros chicos y chicas están en nuestras cárceles. No hará ninguna diferencia si nuestros hijos e hijas no tienen buenos trabajos.

Somos los Estados Unidos. Nuestra responsabilidad, nuestra obligación, no es simplemente celebrar lo que hacemos en esta ciudad esta semana, no es solamente reconocer los grandes logros que tanta gente ha hecho durante muchas, muchas décadas en nuestro país para que nosotros pudiéramos estar aquí hoy. Nuestra responsabilidad es mirar al futuro y decir que tenemos que hacer lo que sea necesario ahora para asegurarnos de que todos estos jóvenes lo hagan mejor que nosotros y hagan avanzar a este país; para que puedan convertirse en los próximos presidentes y presidentas, en los próximos directores y directoras generales, en los próximos presidentes y presidentas de consejos de administración, en los próximos astronautas, científicos y científicas, y en los ganadores y ganadoras del Premio Nobel. En el año 2050, todos nosotros podremos decir (si todavía estamos por aquí) que nos sentimos orgullosos de lo que

hicimos en el año 2008, porque nos aseguramos de que nuestra comunidad siguiera siendo grande en este país. Esa es nuestra responsabilidad. Esa es nuestra obligación.

María Elena Salinas

Presentadora de noticias. Univision.

10 de septiembre de 2015.

María Elena Salinas, una de las periodistas más reconocidas e influyentes de Estados Unidos, se describe a sí misma como una periodista defensora cuya misión es empoderar a los latinos. A pesar de todos sus logros, muchos latinos siguen desvinculados de la corriente de vida general de los Estados Unidos. Salinas comenzó su carrera periodística como reportera, presentadora y conductora de asuntos públicos en el canal de televisión KMEX-34 en 1981. Sus detallados reportajes sobre el impacto de las noticias diarias en la creciente comunidad hispana del sur de California le granjearon rápidamente la credibilidad que la llevaría a ser la presentadora del programa nacional de noticias en español, *Noticiero Univisión*, en 1987.

Su reputación como periodista seria, objetiva y de gran confianza, le ha granjeado el respeto universal y le ha permitido conseguir entrevistas de alto nivel con destacadas figuras mundiales, desde jefes de Estado latinoamericanos hasta todos los presidentes de Estados Unidos desde Jimmy Carter. En 2004, Salinas fue moderadora del primer debate nacional bilingüe de candidatos presidenciales demócratas sobre temas hispanos. Tres años más tarde, copresentó los primeros foros de candidatos presidenciales demócratas y republicanos en español en la cadena Univisión.

Salinas ha sido la portavoz de *Ya es hora* durante muchos años, motivando a los latinos a solicitar la ciudadanía estadounidense, a registrarse para votar y a salir a votar. Salinas ha dedicado toda su carrera a informar y empoderar a nuestra comunidad y ahora está más decidida que nunca a abogar por la comunidad latina.

Hay dos tipos de retos a los que me he enfrentado: uno como mujer en el campo de las noticias y otro como periodista latina. Como mujer, el mayor reto es lidiar con el machismo, el sexismo y la doble moral, como quieras llamarlo, pero existe en nuestra industria al igual que en nuestra cultura, por desgracia. Si es cierto que las mujeres tienen que trabajar el doble para conseguir la mitad del reconocimiento que los hombres, las mujeres que trabajan en los medios de comunicación en español tienen que trabajar el triple para conseguir un tercio del reconocimiento que los hombres. Pero la buena noticia es que podemos porque tenemos esa capacidad que Dios nos ha dado como mujeres de hacer varias cosas a la vez: lo aprendimos en casa. Al menos yo sé que lo aprendí en casa.

Mi padre era un hombre brillante. Era un hombre maravilloso, cariñoso y atento, pero era de la vieja escuela. Creía que el lugar de la mujer estaba en el hogar. Hay que entender que nació en 1909; así que era el signo de su tiempo. Creía que era importante educar a sus hijas para que algún día fueran buenas esposas. Sí, nos enseñó moral y nos enseñó valores, cosas que eran muy, muy importantes para él. Por otro lado, estaba mi madre, mi madre que trabajaba y trabajaba y trabajaba. Era una mujer muy trabajadora, una costurera. Trabajaba muchas horas detrás de la máquina de coser y de la mesa de corte, y era la mejor madre que alguien podría desear tener. Éramos muy pobres en aquella época, pero, de alguna manera, nunca sentimos que nos faltara nada en nuestras vidas. Llevábamos una vida feliz.

Cuando traigo a mis hijas a Los Ángeles y las llevo al lugar donde solía vivir (está justo enfrente del Sports Arena, en la calle Figueroa), me siento como en casa. No me importa si me quedo atascado en la 405. No me importa si hay smog o tráfico. Simplemente me siento bien. Me siento como en casa. Cuando veo la calle Figueroa, me digo: "Dios mío, ahí es donde crecí". Esa

casa que llamábamos "La Casa de las Cucarachas" era nuestro departamento. Cuando me despertaba en medio de la noche en mi armario (porque mi habitación era un vestidor) iba a la cocina y ¡Boom! cucarachas por todos lados. Bueno, ahora, "La Casa de las Cucarachas" es un estacionamiento. Pero, aun así, cuando paso por allí, tengo esos recuerdos. Realmente le agradezco a mi madre que nunca nos permitiera darnos cuenta de que éramos pobres, de que nos faltaba algo, de que había algo que nos faltaba en nuestras vidas. Simplemente fuimos muy felices y tuvimos un muy buen ejemplo en ellos. Crecer en un hogar con un padre intelectual y una madre trabajadora me preparó para lo que hago, para la carrera de periodismo. De ella heredé una fuerte ética de trabajo y, de mi padre, una conciencia social.

Siempre he dicho que las mujeres pueden hacer todo lo que los hombres pueden hacer, y lo hacemos mejor porque lo hacemos con tacones. De verdad. Me refiero a que, ¿te imaginas a Jorge Ramos siendo echado de la rueda de prensa de Trump con tacones de aguja? No sé si lo llevaría con mucha gracia. Jorge es quien tiene la pelea con Trump, y yo soy la que recibe la correspondencia de odio. Me dicen: "Vuelve a tu país. Vuelve a México". Aquí estoy, en Los Ángeles, la ciudad donde nací, en la comunidad donde me crié, en un país que amo y al que le debo lealtad. Es increíble que todavía tenga que demostrar que soy estadounidense. Soy estadounidense. Soy una mexicoamericana. Con guion o sin él, soy estadounidense. Soy tan estadounidense como el pastel de manzana, aunque me coma el pastel de manzana después de un buen plato de chilaquiles, que es mi desayuno favorito. En fin, eso me lleva al reto que he enfrentado como periodista latina.

Hace treinta y cuatro años, empecé a trabajar en el Canal 34. Treinta y cuatro, el número mágico. Es un buen número. Las cosas eran muy diferentes entonces de lo que son ahora. Algunas lo son, otras no. KMEX era una emisora pequeña, considerada por muchos una emisora

de bajo presupuesto y baja calidad que nadie veía salvo los inmigrantes recién llegados. Como reportera novata cubrí la política, y hay algunas personas en esta sala que recuerdan eso y a quienes entrevisté durante ese tiempo. Cuando cubría la política, recuerdo que salía y trataba de conseguir entrevistas. El tipo de respuesta que recibía, especialmente de los candidatos a cargos nacionales, era: "¿Eres del Canal treinta y qué?". No sabían que existíamos. El panorama se me aclaró cuando me di cuenta de que no sabían que existíamos porque no participábamos en el proceso político.

Como muchos de ustedes saben, a principios de los años 80 en Los Ángeles, aunque éramos el 25 % de la población, no teníamos representación política. Ni en el ayuntamiento, ni en la junta de supervisores, ni en la junta de educación. Así que cuando se abrió un puesto en el ayuntamiento, de repente, existía la posibilidad de que un latino fuera elegido, y había un latino postulándose. Así que salí e hice entrevistas en la calle, en la zona de Boyle Heights, según recuerdo. Entrevisté a dieciséis personas y de esas dieciséis personas, quince no votaron. No sabían que había elecciones. No participaban, por la razón que fuera. No estaban registrados. No eran legales. Por la razón que fuera, pero no votaban. De hecho, y le dije a mi director de noticias, Pete Moraga, que en paz descansa, que no podía hacer el reportaje porque nadie estaba participando en las elecciones. ¿Cómo iba a hacer un reportaje sobre por quién iban a votar si ellos no iban a votar? Me explicó que mi historia estaba delante de mí. No tenemos representación política porque no estamos participando, porque muchos latinos siguen desvinculados de la corriente de vida general de los Estados Unidos. No sólo me dio una buena lección periodística, sino que marcó mi carrera. Marcó el tono de lo que sabía que sería mi misión: el empoderamiento político de los latinos para el progreso de mi comunidad. Desde ese momento supe que mis reportajes tenían que ir más allá de las noticias diarias. Mis reportajes

debían incluir informar a los latinos de sus derechos, pero también de sus responsabilidades en lo que para muchos era su nuevo país adoptivo.

En aquella época había unos catorce millones de latinos en Estados Unidos. Si avanzamos tres décadas, ahora somos cincuenta y cinco millones de latinos. Los Ángeles es casi la mitad latina, alrededor del 50 % latina. Tenemos mucha representación política a todos los niveles. KMEX es ahora la emisora número uno del país, independientemente del idioma. Ya no soy la reportera novata que intenta explicar a los políticos por qué los medios de comunicación en español son relevantes. Sí, hemos avanzado mucho. Los medios de comunicación en español hemos crecido de la mano de la comunidad latina. Se acabaron las emisoras de baja calidad y bajo presupuesto que nadie ve. Competimos con los medios convencionales en calidad y en cantidad de espectadores. Nuestras audiencias se han vuelto más sofisticadas y más exigentes. No queremos guardarlo todo para nosotros. Queremos compartirlo con aquellos que no tienen la suerte de hablar o entender el español.

Hay mucha gente que ha trabajado mucho durante mucho tiempo para defender los derechos de los latinos; para elevar nuestra imagen; para destacar nuestras muchas contribuciones para que se nos reconozca como parte integral de la sociedad. Y ha funcionado. Fíjense en cuántos de ustedes están aquí representando a grandes corporaciones; cuántos de ustedes están aquí como funcionarios elegidos o designados; cuántos de ustedes dirigen una empresa o lideran una fundación. Ahora, las tasas de abandono escolar entre los estudiantes latinos se han reducido drásticamente, y cada vez más latinos van a la universidad, gracias al trabajo de muchos de ustedes.

También se ha sentido nuestra influencia en la política. Ahora veo, y he visto en las dos últimas décadas, que casi todas las campañas importantes incluyen personal que trabaja con la

comunidad latina para llegar a ella o para lidiar ("lidiar", qué palabra tan interesante) con los medios de comunicación en español. No digo que ahora nos quieran o que tengamos un romance con las campañas y con los políticos, pero nos prestan atención porque saben que no pueden ganar unas elecciones sin los latinos. Saben que la mejor manera de llegar a los latinos es teniendo respeto por ellos y teniendo respeto por su idioma.

Hay mucho que celebrar y mucho de lo que estar orgullosos. Por desgracia, no todo son buenas noticias. Hemos informado estos días de lo desproporcionado del número de latinos que son arrestados y acaban siendo víctimas de la brutalidad policial. Decenas de miles de familias han sido separadas por la deportación. Miles de niños centroamericanos han sido separados de sus familias y han sido encarcelados, detenidos en la frontera. Lamentablemente hay algo que, aún con todo nuestro esfuerzo, no hemos podido superar o cambiar: es el racismo.

Saben, no tenemos que preocuparnos por ese tipo que sale a decir que los inmigrantes son criminales, traficantes de drogas y violadores. Al final él va a desaparecer. Estoy convencida. Apuesto por ello. Pongo mi dinero a ello. Pero tenemos que preocuparnos por los millones de personas que lo creen, que lo apoyan y que están de acuerdo con él y que lo mantienen en sus niveles actuales en las encuestas. No está ahí con números falsos. Está ahí porque hay personas reales que creen en lo que dice y que tienen esos sentimientos reprimidos y piensan que ahora está bien verbalizarlos y mostrarlos. Esa es la gente de la que tenemos que preocuparnos.

El clima político para los latinos ha sufrido definitivamente un retroceso. Este es un nuevo reto para ustedes, como líderes comunitarios, y también para mí, como periodista, y para muchos de mis colegas de los medios de comunicación en español. Ustedes, por supuesto, tienen que seguir predicando con el ejemplo, y yo, como periodista, tengo que seguir denunciando la injusticia y la opresión cuando las veo, llamando a los prejuicios y a la discriminación por su

nombre, cuestionando la autoridad y condenando los abusos. No puedo ser solamente espectadora, y no lo seré. Necesito contar las historias de éxito de personas como ustedes en esta sala, y también necesito contar las historias de aquellos que son víctimas y son rechazados por la sociedad.

Este ha sido un buen año para mí desde el punto de vista periodístico. He tenido la suerte de ganar tres Premios: un Premio Gracie, un Premio Walter Cronkite y un Premio Peabody. Y ahora estoy nominada para un Premio Emmy. Gracias. Y todo es por un programa que hice el año pasado, sobre la crisis de los niños y niñas en la frontera, *Entre el Abandono y el Rechazo, Between Abandonment and Rejection*. Por cierto, es un nombre que no le gustó a uno de mis jefes. Me dijo: "No, es demasiado largo. No, es demasiado enredado. No, la gente no lo entenderá". Pues bien, cuando volví de mi viaje a Centroamérica, supe que ese era el único título posible, porque cuando hablas de estos niños y niñas, entiendes que están entre el abandono y el rechazo. Abandonados por la sociedad, por su gobierno, a veces por sus familias, y rechazados en un país que no está dispuesto a acogerlos y abrirles la puerta a la tierra de las oportunidades. Pero no cuento esta historia para presumir de mi logro, sino por el importante significado de estos Premios. Los Peabody se conceden a las historias que importan. Hay diecisiete jueces, y todos tienen que estar de acuerdo; tiene que ser unánime. Todos estuvieron de acuerdo en que la mía, junto con las otras historias premiadas, eran importantes.

En cuanto al Premio Walter Cronkite, esto es lo que se dijo de mi historia: "Fue un reportaje equilibrado y revelador, no desde los políticos, sino desde el punto de vista de las familias en sus países de origen. Y puso a los espectadores cara a cara con las mujeres, niños y niñas directamente afectados. Este es un tipo de historia que a menudo se deja de lado en el debate sobre la inmigración". Eso fue lo que el Comité Walter Cronkite dijo sobre mi historia.

Mientras los principales medios de comunicación se centraban en la batalla política en la frontera con este tema, en la que los políticos se acusaban mutuamente de causar la crisis y los niños y niñas eran deportados o puestos en centros de detención, mi equipo y yo fuimos a Guatemala, Honduras y El Salvador y mostramos las condiciones de violencia, pobreza, guerras de drogas y barrios infestados de bandas que expulsaron a estos niños y niñas de sus países. Era una crisis humanitaria que necesitaba un rostro humano; no era un debate político solamente.

Últimamente se habla mucho del periodismo defensor. Sé que se nos acusa de ser defensores. Dicen que no somos periodistas, que somos defensores, como si fuera un insulto. Ya sabes, como cuando te dicen: "Eres liberal. Eres liberal", y tú dices: "¿Eh? ¿Y qué? ¿Estás tratando de insultarme?" Bien. Entonces, cuando dicen: "Usted está practicando el periodismo de defensa", yo no me siento insultada por eso. No me siento insultada porque, ¿no fue eso lo que dijeron de Rubén Salazar cuando informó sobre la injusticia hacia la comunidad mexicanoamericana, primero en El Paso y luego en Los Ángeles hace muchos años? Qué honor estar en la misma categoría que Rubén Salazar.

Yo creo que informar sobre las pruebas y tribulaciones de los inmigrantes no es hacer apología. Es contribuir a un debate sano sobre los temas que de otra manera sonarían como un monólogo con todo el mundo acusando a los latinos de todos los males de este país. Ahora, he estado leyendo mucho sobre Rubén Salazar para tener algo de perspectiva, especialmente sobre lo que está pasando ahora. Encontré una entrevista que Bob Navarro le hizo a Rubén Salazar. Cuando Ruben dejó su trabajo en Los Angeles Times (dejó su trabajo como reportero y se fue a trabajar al Canal 34 de KMEX) no podían entender por qué había hecho eso, por qué dejaría un trabajo tan respetable para ir a trabajar a una estación que, como dije antes, nadie veía, de baja calidad, de bajo presupuesto.

Esto es lo que preguntó, este es el intercambio. Lo que Bob Navarro le decía durante esa entrevista era que Salazar se estaba convirtiendo en un defensor porque eso es lo que hacía la televisión en español: defensa. Tres meses antes de que Rubén Salazar fuera asesinado, Bob Navarro le preguntó: "Pero, ¿es abogacía el nombre del juego? ¿Se puede trabajar como reportero funcional del día a día en el puesto de la abogacía?" Y esta fue la respuesta de Rubén: "Sólo estoy defendiendo a la comunidad mexicoamericana, al igual que los medios de comunicación, en general, están defendiendo nuestra economía, nuestro país, nuestra forma de vida. Así que sólo defendiendo a una comunidad que, por cierto, la comunidad general ha ignorado totalmente. Así que alguien tiene que defenderla porque es fácil para los grupos de poder decir: "¿No somos todos iguales? ¿No somos todos americanos? Bueno, obviamente, no lo somos. Si no, no estaríamos en el proceso revolucionario en el que nos encontramos".

¿Pueden creer que eso fue hace cuarenta y cinco años? Hace cuarenta y cinco años y aquí estamos, en este país, teniendo la misma conversación. Bueno, algunas cosas han cambiado y otras no. No somos la misma comunidad latina que éramos en los años 60 y 70, o incluso en los 80, cuando empecé mi carrera como reportera. Hoy sí tenemos voz y voto, y por eso ahora sí haremos la diferencia.

Saben, hay un lado positivo en todo esto y en este clima de ataques a los inmigrantes. Ha unido a la comunidad de una manera que no había visto en muchos, muchos, muchos años. Los latinos por fin se están dando cuenta de que tienen que tomar las riendas de su destino. Más que nunca veo a los latinos motivados para salir a votar. He sido portavoz de Ya Es Hora durante muchos, muchos años, motivando a los latinos para que salgan y soliciten la ciudadanía estadounidense, y si califican para registrarse para votar, que salgan y voten. Como dije, ha sido mi misión. He dedicado toda mi carrera a informar y empoderar a nuestra comunidad, y me

siento privilegiada de haber tenido esa oportunidad. Pero mi misión no ha terminado. Ahora tenemos que empezar de nuevo. Pero está bien. No tengo miedo de volver a empezar. No tengo miedo al trabajo. Mi madre me enseñó a trabajar. Ella me dio una buena ética de trabajo. Estoy lista para seguir asumiendo el reto.

Hilda L. Solis

Secretaria del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos.

20 de noviembre de 2009.

La secretaria Hilda L. Solis fue confirmada como secretaria del Departamento Trabajo el 24 de febrero de 2009, convirtiéndose en la primera latina en formar parte del gabinete de un presidente estadounidense. Antes de ser confirmada como Secretaria de Trabajo, la secretaria Solis representó al trigésimo segundo distrito del Congreso, en California, cargo que ocupó de 2001 a 2009. En el Congreso, las prioridades de Solis incluían la ampliación del acceso a una atención sanitaria asequible, la protección del medio ambiente y la mejora de la vida de las familias trabajadoras. Líder reconocida en materia de empleos de energía limpia, fue autora de la Ley de Empleos Verdes, que proporcionó fondos para la formación de empleos "verdes" para veteranos, trabajadores desplazados, jóvenes en riesgo y personas de familias por debajo del 200 % del umbral federal de pobreza.

Solis experimentó lo que muchas latinas de primera generación experimentan en este país: vivir con un pie en dos culturas. Por un lado, existía la expectativa de que una chica que terminaba la escuela secundaria debía casarse y no ir a la universidad. Si tenía suerte, podía estudiar para ser secretaria, pero tenía que vivir en la casa mientras estudiaba y no mudarse a una residencia. afortunadamente para Solis, sintió la vocación de seguir una educación y la utilizó para inspirar no sólo a sus hermanos y hermanas, sino para ayudar a muchas comunidades desfavorecidas a buscar oportunidades educativas y laborales.

Estoy orgullosa de ser latina. Sí, es muy evidente; lo llevo puesto. Pero también vengo de un pueblo pequeño, de orígenes humildes, de una pequeña comunidad conocida como La Puente.

En español, eso significa "el puente". Tal vez en cierto modo sea muy importante hablar de eso porque La Puente me permitió realizar grandes avances. Me trajo a un lugar como Washington, D.C. Yo era alguien que probablemente al crecer no pensaba que volvería a Washington, D.C.

Trabajé aquí en la administración Carter hace más de veinte años. Era una becaria que trabajaba en mi programa de maestría a través de la Universidad del Sur de California y tuve la oportunidad de trabajar en una oficina que entonces estaba representada por Esteban Torres, el asistente especial representante del presidente Carter. Entré como escritora. Ese fue el primer gran cambio en mi vida: salir de una comunidad de pueblo pequeño como La Puente, donde quizá menos de cinco personas habrían ido a la universidad.

Algunas de las personas de esas comunidades, que todavía representamos, no tienen esa oportunidad. Algunos de nuestros jóvenes pueden haber experimentado esto. Pero a menudo hay gente que no nos ve en estos papeles, no cree que podamos conseguirlo, que podamos tener éxito y llegar a ser algo más que secretarias o empleadas de oficina. En mi escuela secundaria, muchos de los estudiantes fueron "rastreados", como decimos, para persuadirlos a inscribirse a programas vocacionales, al ejército. Si eras una mujer joven, bueno, si te casabas tenías suerte, o pasabas a ser secretaria o empleada del gobierno. Eso es lo que la mayoría del personal de la consejería escolar predijo para esta población, que en ese momento era aproximadamente un 85 % de latinos. Como yo no sabía más sobre el tema, porque no tenía a nadie más -ningún otro hermano o hermana en mi casa que fuera a la universidad-, creí lo que me decían esos consejeros, hasta que me encontré con alguien que me dijo: "Hilda, tú puedes ser algo más que eso. Y ya que te preocupas tanto por tu comunidad, ¿por qué no piensas en canalizar esa energía de forma positiva obteniendo una educación y volviendo y ayudando a librar a tu comunidad de estas injusticias que ves, con las que creciste?".

Pensé: "Vaya, es un gran llamado poder intentar hacer algo así". Era enorme y muy intimidante para una joven latina cuyos padres tradicionalmente decían: "No puedes salir de casa. No puedes ir a la universidad y vivir en esos dormitorios. Y si lo haces, tenemos que ir a comprobarlo. Tenemos que asegurarnos de que nos dices la verdad". Tuve que convencerlos con respecto a toda la cultura de la educación. Me costó mucho tiempo, pero me alegro de haber pasado por esa experiencia, porque después de ir a la universidad, gracias a Dios, la mayoría de mis cinco hermanos y hermanas menores decidieron hacer lo mismo.

Me alegra informar que sí importa que alguien en la familia o en nuestra cultura hable de oportunidades educativas. Sí importa que alguien hable de mentorías, de crear redes y de traer otros recursos, y que hable de cómo podemos mejorar nuestras comunidades. La forma en que lo hacemos es canalizando esa información a nuestros hermanos y hermanas y poniéndolos en contacto con otras redes. Me complace decir que en mi familia tengo una hermana que tiene un doctorado en Salud Pública por la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA, por sus siglas en inglés), y tengo dos hermanas menores que son diez años menores que yo, que se graduaron de la UCLA: una es ingeniera petroquímica y la otra es ingeniera en informática de comunicaciones.

No es ningún secreto que he luchado durante la mayor parte de mi vida pública para intentar corregir algunos de los errores que personalmente veía en nuestra sociedad. Cuando fui elegida en 1992, tenía un grupo de amigos con los que había trabajado en la enseñanza superior. Había trabajado con ellos para tratar de ayudar a estudiantes indocumentados a tener acceso y colocación en las universidades y escuelas superiores de California. Llevé el primer proyecto de ley a la Asamblea durante esa época en la que había muy pocos latinos, y el presidente de la

Cámara en ese momento era Willie Brown. Me miró y me dijo: "Tienes que estar loca, chica. ¿Crees que vas a conseguir un proyecto de ley ahora mismo?".

Esto fue antes de 1994, antes de la Proposición 187 en California. Yo sabía muy poco, era ingenua y pensaba: "Oh no, tenemos que sacar este tema. Hay muchos estudiantes que merecen ser admitidos en la universidad. Son nuestros mejores y más brillantes". Bueno, he aquí que hice tres intentos; los tres intentos fracasaron. Ni siquiera pude conseguir dieciséis votos de nuestro grupo demócrata. Eso me enseñó una dura lección en ese momento.

Pero la lucha continuó. El asambleísta Marco Firebaugh y yo trabajamos mucho tiempo en ese proyecto de ley para que se aprobara en la legislatura de California. Sólo estoy recordando lo mucho que tardamos a veces en progresar y cómo sembramos el progreso, cómo todos los que estamos aquí tenemos la responsabilidad de arriesgarnos y de recordar quiénes nos trajeron a la mesa. Fueron personas que ayudaron a mejorar nuestra suerte en la vida permitiéndonos tener estos cargos en los que somos legítimamente tomados en serio por las corporaciones estadounidenses y por nuestro gobierno. Y lo haces a través de la educación.

Han pasado muchas cosas en los últimos veinte años desde que trabajé aquí como estudiante, y hay muchos retos. Llego en un momento en el que la gente me pregunta: "Hilda, ¿por qué aceptas este puesto de secretaria de trabajo cuando estamos en la peor recesión que ha visto este país en treinta años?". Me digo a mí misma: "Sabes, no lo acepté bajo la premisa de que estábamos en problemas. Sabía que estábamos en problemas. Estuve ocho años en la Cámara de Representantes, y muchas de las iniciativas que puedo presentar ahora ya no están bloqueadas. Conseguimos financiación para programas juveniles. Conseguimos financiación para el cumplimiento de la ley, para la protección laboral. Conseguimos financiación para poder poner a la gente en nuevas oportunidades de formación laboral que no han recibido en la última década.

Por último, tenemos una administración que da prioridad a los trabajadores. Para mí, esa es la prioridad subyacente que nos une a todos los latinos. No debemos olvidar a nuestra comunidad. No debemos olvidar quién nos trajo a la mesa. No debemos olvidar la lucha a la que nos enfrentamos cada día. Y eso independientemente de si se ve o no un aumento de la cifra de desempleo en nuestra población, que está muy por encima del 13 %, y para nuestros jóvenes, el 25 %. En algunas comunidades, en pueblos pequeños de Texas y Tennessee, supera el 30 y el 40 %. Y no son sólo los latinos; son los afroamericanos y los blancos pobres. La tasa de alfabetización de nuestra mano de obra sigue siendo insuficiente. Hablamos de quince millones de personas desempleadas; un buen número de ellas, quizá más de la mitad, no tienen estudios secundarios. Si empezamos a buscar en la maleza y a ver quiénes son esas personas en nuestra comunidad, muchos de ellos no han podido acceder a la educación superior o ir más allá de la secundaria.

Nuestro trabajo sigue siendo muy necesario, y nuestros esfuerzos tienen que ser aún más fuertes y contundentes. No tenemos tiempo. El tiempo corre, y así es como veo mi trabajo. Tenemos muchas cosas en nuestro plato. Además, no sólo se me encomienda ayudar a cuidar los derechos y las protecciones de los trabajadores. No sé si todo el mundo se da cuenta de ello, pero somos la segunda agencia de ejecución de aplicación de la ley más grande del gobierno federal: El Departamento de Trabajo. La gente no lo sabe. ¿Y saben por qué? Porque la administración anterior no se tomó esto en serio, y no defendió a mucha de la gente que está en esta sala y de la que no está en esta sala. Ahora, eso ha cambiado.

Tal vez suene gracioso (algunos me han apodado "el nuevo sheriff del pueblo") pero les diré que me tomo mi trabajo muy en serio. Vamos a hacer todo lo posible para avanzar en la protección de los trabajadores en el lugar de trabajo. Tenemos un programa muy ambicioso para

contratar a más de 670 investigadores, ya sea en la División de Salarios y Horas, en la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional, en la Administración de Seguridad de las Prestaciones Laborales y en todos los demás organismos que necesiten ayuda. Pero eso no significa que vayamos a llamar a su puerta, derribándola. Significa que queremos trabajar con ustedes, queremos asegurarnos de que las empresas sepan que, sí, vamos a estar ahí. Queremos asegurarnos de que todo el mundo cumple las normas. Porque cuando no se respetan las normas, se perjudica a los trabajadores estadounidenses y se perjudica especialmente a las poblaciones más vulnerables, que es nuestra población, la población latina. No tengo que decirles cuáles son las estadísticas en términos de muerte en trabajadores de la construcción: son abismales. Tenemos la mayor cantidad de muertes en Texas en la construcción con trabajadores latinos. En otras partes de nuestro país, no se denuncian las lesiones, las muertes, las enfermedades, el acoso, los despidos... Esas cosas no se han estado reportado en las proporciones reales desde hace una década. Ahora esperamos, con la ayuda de otros grupos, como los de ustedes que están aquí, que podamos trabajar para darle la vuelta a esa estadística y estar orgullosos de la mano de obra y las empresas de nuestra comunidad hispana. Podemos ser socios en ese proyecto, y espero que podamos llegar a serlo.

Durante los últimos siete meses, he visitado más de treinta y cinco ciudades; he viajado más de 35 000 millas. Cuando renuncié a mi puesto como miembro de la Cámara, pensé que podría ir a casa más seguido y tal vez reducir mis viajes. Pues bien, nada más lejos de la realidad. De hecho, cada vez viajo más y más, y voy a lugares que nunca había visto con tanta necesidad y a la vez inspiración. Porque hay mucha gente ahí fuera que está sufriendo, que está mirando a esta administración, que está mirando a unos cuantos buenos líderes que pueden hacer que algo suceda para ellos.

Me siento muy, muy orgullosa cuando voy a una cadena de montaje y veo a los trabajadores que se están reentrenando, que acaban de ser despedidos de la industria del automóvil y que ahora están en un programa de entrenamiento ofrecido por un programa de aprendizaje del sindicato, los programas de la Brotherhood of Electrical Workers (Hermandad Internacional de Trabajadores de la Electricidad). Ahora están reequipando a estas personas para que se conviertan en instaladores de paneles solares y aprendan un nuevo sistema de red eléctrica inteligente que reducirá nuestra dependencia del petróleo extranjero. Cuando veo que la gente de color participa en estos nuevos tipos de oportunidades de trabajo y que las mujeres, subrayen la palabra “mujeres”, queremos que las mujeres se incorporen a estos campos no tradicionales, es algo en lo que el Departamento de Trabajo se va esforzar por lograr.

Estoy diciendo que todos tenemos que participar, que todos tenemos que asumir la responsabilidad de ayudar a mover nuestra economía en una dirección positiva, para que podamos ver que estamos añadiendo puestos de trabajo a esta economía. Me parecen muy positivos los tipos de cambios sistemáticos que este presidente ha introducido en nuestra economía, desde el punto de vista financiero, al permitir que se concedan créditos a las pequeñas empresas, al permitir nuevos incentivos en el Departamento de Energía para revitalizar y reequipar nuestra base de fabricación, ya sea creando nuevos vehículos eléctricos, vehículos híbridos o baterías de litio, o dirigiendo nuestros esfuerzos en forma de grupo de trabajo para examinar la industria del automóvil, todo eso está bajo mi jurisdicción.

Estamos tratando de reunir un equipo que se enfocará en Realineación y Cierre de Base (conocido como BRAC en inglés), un grupo de trabajo que vaya a nuestras diferentes comunidades y comience a ver pieza por pieza cómo podemos ayudar a recomponer estas comunidades. Puede que ya no sean las regiones de la industria del automóvil. Puede que se trate

de volver a hacer algo totalmente diferente. Eso es lo que el Departamento de Trabajo quiere hacer en coordinación con todos los demás miembros del gabinete de esta administración. Me siento muy orgullosa del progreso que he visto y que estamos haciendo.

Muchas personas buenas han influido en mi vida: Bobby Kennedy, Martin Luther King, Jr., Dolores Huerta, Ted Kennedy y César Chávez. Y lo que es más importante, tengo que dar las gracias a mis padres porque son los que realmente me han ayudado a enderezarme, los que me mantienen honesta. Cuando vuelvo a casa, todavía me dicen: "Puedes pensar que eres la secretaria del gabinete, pero sigues siendo nuestra hija". Así que, créanme, eso me mantiene muy humilde.

Sólo quiero decir que es un momento de orgullo servir a esta capacidad, ser capaz de aprovechar nuestro apoyo, nuestros recursos, para devolver a la gente al trabajo. Ayer mismo tuve la oportunidad de entregar \$55 000 000, que es una pequeña cantidad de dinero, en capacitación para empleos verdes, programas dirigidos a los jóvenes, a los trabajadores desplazados. Los lugares que convocamos fueron Texas, San Antonio, Phoenix, Nueva York, la zona este de Los Ángeles. Los criterios han cambiado en cuanto a quién recibe ese dinero, porque alguien pidió un administrador, diferentes directrices y panelistas que nos ayuden a decidir a dónde va el dinero. Es no confiar en lo que se hizo hace diez años. Es cambiar todo el diseño y se trata de avanzar rápidamente. Vamos a poner en marcha otros \$220 000 000 de nuestros \$750 000 000, que se destinarán a las carreras en el ramo de los cuidados de salud. Nos anima ver que más de nuestros jóvenes se reentrenan en estos programas y en los de tecnologías de la información. Queremos que eso ocurra.

Doy las gracias al senador Bob Menéndez, a los miembros del Congreso demócratas y a los pocos republicanos valientes que votaron a favor de la Ley de Recuperación y Reinversión de

Estados Unidos, porque sin eso, no tendría la capacidad de aprobar estas subvenciones que estamos poniendo a disposición para reequipar a Estados Unidos y reequipar a la mano de obra latina.

Nydia M. Velázquez

Congresista de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos

16 de noviembre de 2010.

La congresista Nydia M. Velázquez cumple actualmente su duodécimo mandato como representante del séptimo distrito del Congreso en Nueva York. En el centésimo decimocuarto Congreso, es la miembro principal del Comité de las Pequeñas Empresas y miembro principal del Comité de Servicios Financieros.

Ha hecho historia varias veces durante su permanencia en el Congreso. En 1992, fue la primera mujer puertorriqueña elegida a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos por el séptimo distrito del Congreso en Nueva York, que abarca Brooklyn, Queens y la parte baja de la zona este de Manhattan. En febrero de 1998, fue nombrada miembro demócrata de mayor rango de la Comisión de las Pequeñas Empresas de la Cámara de Representantes, lo que la convirtió en la primera mujer hispana en ocupar el puesto de miembro de mayor rango de una comisión de la Cámara. En 2006, fue nombrada presidenta de la Comisión de las Pequeñas Empresa de la Cámara de Representantes, lo que la convirtió en la primera mujer latina en presidir una comisión del Congreso.

Nacida en Yabucoa (Puerto Rico) en 1953, Velázquez empezó a estudiar muy pronto, se saltó varios cursos y fue la primera persona de su familia en recibir educación universitaria. Tras graduarse *magna cum laude* en Ciencias Políticas en la Universidad de Puerto Rico en 1974, obtuvo un máster en la Universidad de Nueva York y enseñó Estudios Puertorriqueños en la Universidad Hunter (Nueva York, Estados Unidos).

Como luchadora por la igualdad de derechos de las minorías subrepresentadas y defensora de las oportunidades económicas para la clase trabajadora y los pobres, la congresista Velázquez combina sensibilidad y compasión en su trabajo para fomentar el desarrollo económico, proteger la salud de la comunidad y el medio ambiente, luchar contra la delincuencia y los abusos de los trabajadores y garantizar el acceso a una vivienda asequible, una educación de calidad y una atención del cuidado de salud para todas las familias de la ciudad de Nueva York.

Me encanta el trabajo que hago, mi comunidad y la gente a la que represento. Son todos esos hermosos niños y niñas los que dan sentido al trabajo que hago en Washington. Honro a mi padre y a mi madre, porque créanme, crecer en un barrio rural de Yabucoa junto a ocho hermanos y hermanas, cuando las cosas se ponían realmente difíciles, mi padre y mi madre nunca se fueron, incluso en los momentos más difíciles. A veces, cuando llorábamos por la noche porque teníamos hambre, mi madre decía: "No se preocupen". Yo decía: "Mami, quiero un refresco", y ella iba a mezclar azúcar y agua y nos lo daba con un poco de zumo de limón. Eran implacables; entendían su compromiso de darnos una vida mejor, un futuro mejor, y me inculcaron el valor de la educación. Eso me enseñó que, una vez que me vaya o haga otra cosa en la vida, ese compromiso es el mejor legado que podemos dejar a nuestras jóvenes generaciones.

Desde muy joven, vi cómo la acción política podía beneficiar la vida de las personas. Algunos de mis primeros recuerdos son hablar de política en la mesa, ir a mítines políticos con mi padre o escucharle dar un discurso en un camión de plataforma. Llegué a Nueva York a los diecinueve años para cursar un máster en la Universidad de Nueva York. Pude venir a Nueva York porque el gobierno de Puerto Rico me dio una beca completa. Sé que hay una faceta del

gobierno donde juega un rol de ayudar a los más vulnerables; y siempre, siempre lucharé por ello.

Vine a D.C. (Distrito de Columbia), aunque se suponía que no debía estar aquí. Se suponía que iba a ser un número, una desertora escolar o cualquier otra cosa, pero no lo fui. Desde que llegué a Washington, lo decidí. No sé por qué, pero supongo que porque vi a mi padre esforzarse por entender las normas y los reglamentos cuando abrió su pequeña tienda de ladrillos (una fábrica de cemento de bloques) y no pudo entenderlos. Ahí estaba yo, una niña de sexto grado, tratando de interpretar en español reglamentos que a una edad temprana no entendía. Era muy difícil para mi padre. Así que, cuando llegué aquí, supe que lo más importante que yo debía ser capaz de proveerle a la comunidad eran empleos, y todavía hoy es nuestro mayor reto. Decidí que quería formar parte del Comité de la Pequeñas Empresas. Pronto me pregunté: "¿Dónde está el dinero, Servicios Financieros? Voy a ir y voy a pedir servicios financieros". Estoy orgullosa del trabajo que he hecho como presidenta del Comité de la Pequeñas Empresa, especialmente asegurándome de que las herramientas están ahí para ayudar a los latinos y a las minorías a ampliar sus oportunidades económicas. Si es que hemos conseguido un logro, al menos puedo decir que cada vez que el gabinete de una agencia emplea a un funcionario de contratación, me llaman y me hacen saber lo que han hecho porque saben que estoy pendiente de si están cumpliendo sus objetivos de contratación para empresas pequeñas y minorías. He volado en el Air Force One con varios presidentes y he enseñado a bailar tango a un secretario de Estado. He tenido el privilegio de presidir la Comisión Hispana del Congreso (CHC) y el Instituto de la Comisión Hispana del Congreso (CHCI, por sus siglas en inglés). No está mal. No está mal para la chica del barrio de Yabucoa. Sé algunas cosas sobre comenzar con poco y usar la educación para encontrar tu camino en la vida, por eso ha sido tan importante para mí y un privilegio dirigir

el CHCI, que ayuda a los jóvenes a perseguir sus sueños. A medida que crece el papel de la comunidad hispana en Estados Unidos, el CHC y el CHCI seguirán trabajando para garantizar que los latinos reclamen su lugar en la narrativa estadounidense.

En 2013, habrá 75 millones de hispanoamericanos, es decir, el 25 % de la población. Los empresarios hispanos como grupo están creciendo tres veces más rápido que cualquier otro grupo. El poder adquisitivo de los latinos se acerca a casi \$ 1 000 000 000 000. Amigos míos, si eso no es poder, ¿qué es? Nos estamos convirtiendo en una fuerza política cada vez más sólida.

La participación electoral de los hispanos alcanzó niveles récord en 2008. Este año, durante unas elecciones que fueron muy malas para los demócratas, los votantes hispanos marcaron la diferencia al lograr que el líder de la mayoría del Senado, Reid, la senadora Boxer y el senador Bennett volvieran al Congreso y conservaran el Senado. Espero que el senador Reid esté escuchando, y todos esos potenciales candidatos presidenciales: No se puede ganar sin conseguir al menos el 40 % o el 45 % de los votantes latinos en este país.

Cuando Sonia Sotomayor se convirtió en la primera jueza latina de la Corte Suprema, las jóvenes latinas y los latinos recibieron inmediatamente una nueva fuente de inspiración. Si queremos aprovechar estos puntos fuertes, debe haber oportunidades adicionales para la próxima generación de líderes latinos. La misión del CHCI es asegurarse de que estos jóvenes puedan alcanzar sus objetivos.

En los últimos dos años, hemos estado cambiando el rostro del gobierno federal aquí en Washington. Hemos cambiado la composición de los comités en el Senado y la Cámara. Hemos cambiado el rostro de la fuerza laboral en todo Washington. Hemos duplicado el número de estudiantes a los que atendemos, hasta llegar a 1 500, el número de becarios del Congreso y el

número de estudiantes de secundaria preparados para dirigir. En 2010, el CHCI ha otorgado 150 becas, la mayor cantidad de la historia. Estamos muy orgullosos de ello.

La labor del CHC es garantizar que las voces latinas se escuchen en cuestiones políticas. Hoy en día, estamos haciendo sentir nuestra presencia en todos los temas, grandes y pequeños. Me enorgullece decir que hay un número histórico de nombramientos de latinos en la nueva administración. Esto no se ha hecho gracias al trabajo de la CHC. Se hizo en colaboración con las organizaciones comunitarias y los líderes latinos.

Luchamos con todos ustedes para asegurar que todos sean contados en el censo. El CHC trabajó para aumentar el tamaño de las becas Pell. La comisión ayudó a aprobar la legislación de la reforma de salud, incluyendo 2 550 millones de dólares para las instituciones que atienden a las minorías y 1 000 millones de dólares para las instituciones que atienden a los hispanos, y cambiamos para siempre el rostro de la Corte Supremo de los Estados Unidos.

Puede que las matemáticas políticas hayan cambiado en Washington, pero una cosa permanecerá constante: nuestro compromiso con la justicia. No dejaremos de luchar para asegurarnos de que hacemos lo que el público estadounidense nos dice que hagamos. Ellos están por encima de quienes hacen la política en Washington y de los expertos en política. Quieren reformar el sistema roto que llamamos inmigración. Tenemos que hacerlo.

Esta mañana, he tenido una reunión con la presidenta (de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos) Pelosi. Ahora, voy saliendo para reunirme con el presidente Barack Obama. Con suerte, durante la semana del 29 de noviembre, votaremos en la Cámara de Representantes por primera vez la Ley de Desarrollo, Ayuda y Educación para Menores Extranjeros (DREAM por sus singlas en inglés). Esto no va a ser fácil. Queremos un proyecto de ley independiente sin

añadir empleos ni visas H-1, porque no podemos perder nuestra influencia para lograr una reforma migratoria integral. Si adjuntamos alguno de esos elementos a la ley DREAM, diez millones de indocumentados seguirán viviendo en la sombra durante años. No les digo que esto vaya a ocurrir, que estemos ahí al 100 por ciento.